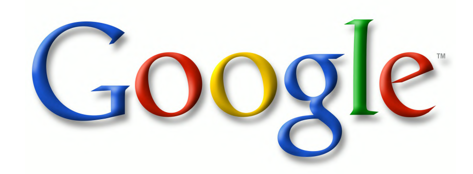
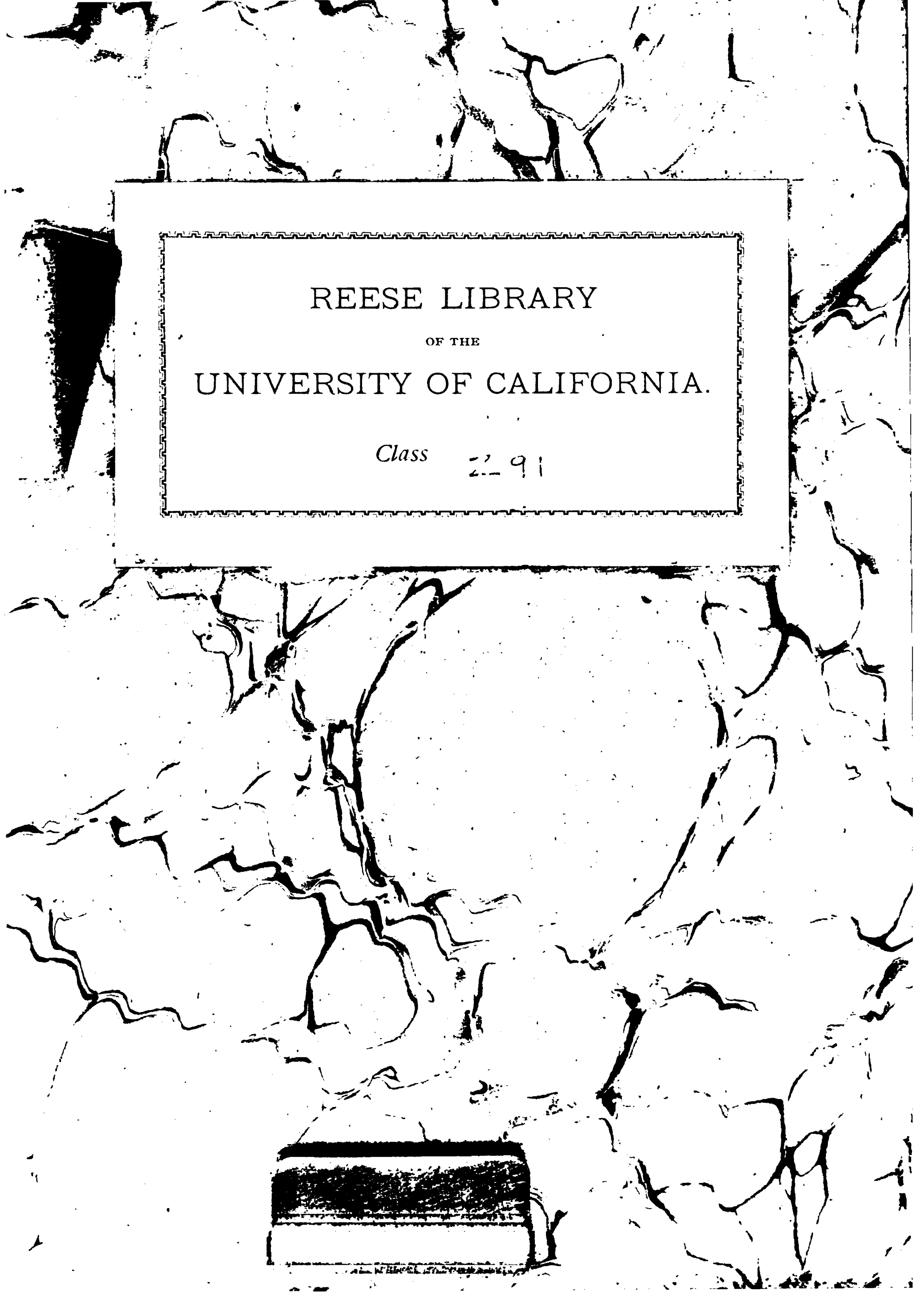



UC-NRLF
$B 315 922

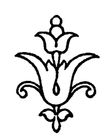

REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.
Class



BIBLIOTECA DE NOVELISTAS DEL SIGLO XX

ANTONIO ZOZAYA

LA DICTADORA



BARCELONA — 1902
IMPRENTA DE HENRICH Y C.ª — EDITORES
Calle de Córcega

.REESE

LA DICTADORA

OBRAS DEL AUTOR

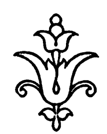
	PTAS.
LA CRISIS RELIGIOSA.	0'75
LA CONTRADICCIÓN POLÍTICA.	0'75
MISCELÁNEA LITERARIA.	1'50
INSTANTÁNEAS.	0'50
RIPIOS CLÁSICOS.	2'00
DE CARNE Y HUESO.	0'50
CRÓNICAS DEL AÑO UNO	2'00
LA DICTADORA. (BIBLIOTECA DE NOVELISTAS DEL SIGLO XX. Vol. III.)	3'00
BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA.— 69 volúmenes á 0'75.	51'75

Se hallan de venta en las principales librerías.

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS DEL SIGLO XX

ANTONIO ZOZAYA

LA DICTADORA





BARCELONA — 1902
IMPRENTA DE HENRICH Y C.ª — EDITORES
Calle de Córcega

A mi entrañable
amigo

Santiago Valentí Camp



PRÓLOGO

« Tomaremos té junto al fuego ». La invitación, más que tentadora, era irresistible. Pasar la velada junto á una mujer hermosa, que sujeta con sus dedos de nácar una taza de Sèvres, llena de aromas tibios; contemplar medio reclinado en el aterciopelado sillón, la llama que oscila y lame los troncos con besos destructores; mirar cómo se derrumban los encendidos castilletes de ascuas, desatándose en haces de chispas; agitar aquel fuego, observar sus infinitas variantes y, cuando ya parece extinguirse y torna la sensación de frío, lanzar sobre la lumbre un nuevo tronco y sobre la mujer una mirada más. Todo eso es muy bello. No he podido resistir la tentación y he acudido á la cita.

He entrado. La alfombra era blanda, como un húmedo prado de césped; la habitación lujosa, ca-

liente, llena de porcelanas *modern style*, perfumada por plantas exóticas, como el invernáculo de un nabab; su dueña esbelta, con majestades de soberana, haciendo crujir su falda de seda con esos rumores sensuales, que los franceses llaman *frou-froutantes*, como ecos de cartulina Bristol que se rasga. El piano abierto, con su dentadura fantástica, como para devorar armonías, alumbrado por bujías eléctricas de globos cristalinos, velados por pequeñas pantallas, que imitan tulipanes golcóndeos, de reflejos rosáceos y opalinos. Después el sillón: *mi sillón*, ancho como un sitial románico, pero bajito, coquetón, forrado de terciopelos y brocateles, como refugio de mujer elegante y melancólica. Me he sentido feliz. A mi derecha el velador con los humeantes cacharruelos, que muestran en relieve ventrudos mandarines y coquetas y rientes chinitas, de curvas flexibles, ojuelos en ángulo y tacones de tamaño del corazón. Sobre mi cabeza, el artesonado conventual, pero más ligero, más atrayente, con sus flores y hojarascas de roble y sus gallardos cincelados áureos; á mi izquierda, el alma de la estancia, semejante en lo fastuosa á un vivo templo y en lo grata y apacible á una perfumada y movible cuna. La mujer, el eterno femenino, riendo con su boca bien oliente, con su cabello que recuerda el casco lujurioso de la guerrera de Mallarmé, su mirada escrutadora, incisiva y sus orejas pequeñitas y blancas destilando zafiros

de nubes empapadas en luminosos mares y ópalos de nieve preñados de fuego.

El programa estaba cumplido. Pero, de pronto, he sentido el vacío de algo muy grande y muy amado y he girado la vista, como Dante, al no hallar en el Cielo á Beatriz. Y el fuego ¿en dónde estaba? ¿No habría en aquella sinagoga, algo que brillase y ardiese, algo que se derrumbase y volviese cenizas? En aquel microcosmos de juventud, de gracia y de riqueza, ¿no habría pues vida? ¿Todo estaría muerto, como en el palacio legendario de los encantos?

Mi adorable amiga ha adivinado mi estupor y, sonriendo más, ha señalado, con su dedito afilado y ebúrneo, un horrible armatoste cerrado, sin reflejos ígneos, sin aureolas encendidas. Solamente un pedazo de talco rojizo imitaba á la lumbre, como á la estrella el gusano de luz. La electricidad serpeaba allí dentro. El fuego era aquél; pero despojado de su diadema de amapolas y espigas, condensando el alma de un mundo novísimo y helado que, en fuerza de ser sabio, va dejando de ser hermoso.

— ¿Qué tal? — ha preguntado la maga. — Parece, señor filósofo, que se ha quedado usted algo yerto. ¿No es grande, no es propio de nuestro siglo esclavizar las fuerzas de la Naturaleza? ¿No es hermoso sujetar el calor y el fuego, regular sus más pequeños efectos, encenderle, graduarle y ex-

tinguirle, si es preciso, con sólo oprimir un botón de nácar?

Y, diciendo y haciendo, ha tocado un botón medio oculto entre los cortinajes y el talco ha obscurecido su rojiza mirada. El calor ha cesado. En el centro del aparato la energía ha dejado de palpitar. Me ha parecido entonces el armatoste más negro, más muerto que nunca. No he podido disimular mi agitación.

— No — he contestado. — El fuego es bello, como el mar, porque es libre. La llamarada, como la ola, es grande, porque no obedece á mandato alguno. Es la energía dueña de sí misma; es la vida con sus sorpresas, sus cambios, sus triunfos, sus desfallecimientos y sus protestas arrogantes. Pero sujetemos el mar á un ritmo y no tendrá grandeza; busquémosle una tonalidad y perderá su acento de rey. Hemos quitado al fuego su albedrío y miradle: está muerto. Ya no ruje, ya no palpita, ya no destruye; pero ya no nos dice nada; su estrofa ya no vibra, su luz ya no deleita. Ya no nos habla del pasado, ni evoca el porvenir; ya es mudo, taciturno y despreciable, porque es esclavo.

— Amigo mío — ha replicado mi interlocutora, oprimiendo de nuevo el botón y encendiendo las entrañas del aparato informe: — todo eso es muy lindo y yo no sé contestar á usted. Pero me parece que hay en ello más artificio que verdad. ¿No nos

habremos enamorado de lo exterior, de lo vano, de lo formal, de lo consagrado por la rutina? Si estuviera aquí un sabio como Echegaray, él le diría á usted que toda esa transformación y lucha de la naturaleza está ahí dentro. Que la desintegración é integración de las fuerzas se realiza, lo mismo en el dinamo y el alambre que en el trozo de roble encendido ó en el sarmiento que se retuerce bajo la gran campana del hogar rústico. Lo que hay es que nada de eso apreciamos, porque escapa á nuestra perspicacia, porque el mundo de lo pequeño se nos huye. En el seno de ese, que llama usted armatoste, porque ha roto en él el artista los moldes clásicos, hay poesía y luz y calor y evolución y vida. Sólo que no es vida de otro tiempo, porque lo pasado no vuelve. Y, ahora, tome usted el té, que se enfría.

He bebido la olorosa tisana. Un calor suave, confortador, se ha esparcido por todas mis venas.

— Es usted una mujer muy discreta, Octavia — me he atrevido á decir. —Así, voy á conceder á usted que hay belleza en las reconditeces de esa máquina. Pero ¿de qué nos sirve si no la vemos? ¡Pobre magnificencia aquella que no puede recrear nuestros ojos! ¡Desdichada belleza la que nunca podremos ver! Friné no hubiera convencido á sus jueces á haber conservado su túnica. La belleza supone su percepción. Es doble: está en la realidad y en nosotros; en el mundo y en el espíritu.

Ni hay matiz para el ciego, ni melodía para quien no sabe ó no puede escucharle. ¡Donoso consuelo, peregrina belleza la de un concierto que no se escucha y la de un lienzo que no se ve!

Mi bella enemiga ha lanzado una carcajada.

— ¡Pero si la idealidad — ha dicho — es eso! Algo que se presiente, pero que no se ve jamás. Es el Empíreo que nunca vimos, el Jehovah que jamás se mostró á nosotros; lo que hay más allá de nuestros sentidos, lo que se oculta á nuestras miradas. Lo que nos deleita con la más intensa sublimidad, es el cielo azul, que *ni es azul, ni es cielo,* es tan sólo el enigma; lo que nos absorbe en el mar es aquella línea tras de la cual el misterio se oculta, la exuberancia y magnificencia de un mundo ignoto y fantástico que imaginamos en su fondo; las costas que no abordaremos, las islas de corales que no habremos de visitar. La belleza no resiste el análisis. Adore usted una sonrosada mejilla, pero ¡por Dios! no la examine usted al microscopio, si no quiere sentir el horror que, al mirar las de la soberana gigante sentía Gulliver. Verlo todo. ¡Pero si esa es el ansia de Satán! Belleza analizada es belleza perdida. El arte es el misterio. No rasguemos sus nieblas, si queremos que permanezca en nuestra copa una gota del bálsamo que hizo á Salomón venturoso é inmortal á la reina de Saba.

Estaba encantadora: sus mejillas tomaban los

tintes de la adelfa roja, sus ojos fulguraban negros y rasgados. La he mirado y he experimentado una sensación indecible. He visto con ansia deleitosa entreabrirse su boca bermeja. Mi mano ha oprimido su mano.

* * *

Un sirviente ha entrado en aquel momento á anunciar al *señor Barón.*

He experimentado una nueva contrariedad. Es el señor Barón un ente vulgar, correcto, grave, estirado, severo en sus costumbres de noble cincuentón. No hace ni dice cosa censurable, pero parece obedecer á un resorte mecánico, como el fuego del calefaccionador. Para todo tiene una norma, una regla inflexible. Es un hombre cuya personalidad se ha disuelto en un acidulado baño de tópicos vulgares y de maneras exquisitas.

Enterado de nuestra polémica, ha querido ¡extraño suceso! defender mi causa.

— El fuego, como el hombre — ha pronunciado en tono sentencioso, — es sólo estimable cuando es libre. Suprimida la espontaneidad en el fuego carece éste de todo atractivo, como suprimida la libertad en el hombre, deja de ser responsable. Si esto fuera, ¿á dónde iríamos á parar?

Después ha permanecido pensativo, como si re-

corriese con la imaginación el inexplorado campo de las contingencias posibles.

Octavia ha sonreído con cierta amargura y luego ha dicho irónicamente:

— Me parece, señor Barón, que confía usted demasiado en el libre albedrío. Yo, bien al contrario, estimo que, en nuestras acciones, toca á la propia determinación y libertad una pequeñísima parte. La herencia, el medio, el hábito y, sobre todo, ese no sé qué, que se llama instinto, dejan á la espontaneidad muy estrecho campo; y, aun á veces, son invencibles.

— Veo que es usted darwiniana — ha dicho el Barón, sin poder ocultar su desdén; — y, á más, determinista.

— No. Creo firmemente en la eficacia de las *ideas fuerzas;* pero sólo para modificar lentamente las energías que nos solicitan, discrecionarlas y aun anularlas con el tiempo. En cuanto á que podemos hacer lo que nos parece en un momento dado, opino que es esta una bella ilusión vanidosa de... ¿de cómo lo diré? De nuestro *antropomorfismo*.

El lenguaje de Octavia no podía extrañarnos ni al Barón ni á mí. Sabíamos que es una mujer de más que extraordinario talento, unido á cultura asombrosa. Lo más notable en esta mujer excepcional es la encantadora sencillez con que, sin vanos alardes, sin énfasis ni fatuidades des-

plega un saber y una reflexión de todo punto inesperados.

— Mire usted, Barón — ha continuado, mientras yo la miraba absorto. — Si esas figuras de los jarrones pudieran hablar, dirían que estaban ahí, no por voluntad del orfevre, sino por propia y libre determinación. Si esas chinitas de las tazas de té ó esas flores de los cortinajes tuvieran conciencia, creerían muy lindamente que no habían sido el artista cerámico ni el tejedor quienes les obligaban á fingir danzas ó á entreabrir pétalos. Supondrían que todo lo hacían en uso de su libre albedrío. Se ha dicho que es esa la ilusión que debe forjarse la piedra al rodar desde las altas cumbres al fondo de los abismos, en virtud de la ley de la gravedad.

— Pero los seres vivos... — he dicho confuso. — Sobre todo, los seres humanos, obramos siempre por propio impulso, en vista de la ley moral, en el ejercicio de nuestra voluntad libre y autónoma...

Nos ha interrumpido Cesarina, un dije vivo de siete años; una niña angelical, rubia, sonrosada, de ojos enormes, que entraba á despedirse de su madre antes de ir á acostarse. Se ha dejado acariciar por el Barón; yo he estampado mis labios sobre su frente casta. Luego el querubín ha corrido hacia Octavia que la ha estrechado contra su corazón y ha cubierto de ósculos su níveo semblante.

— Vé, hija mía, vé — ha dicho con cariño. — Señores — ha continuado volviéndose á nosotros con gracioso ademán; — despidan á Cesarina que, en uso *de su voluntad libérrima* y de su independiente albedrío, va á acostarse ahora mismo.

Ambos nos hemos puesto de pie para ver pasar á aquella emperatriz sonrosada. Cesarina ha sonreído con dignidad y ha desaparecido tras de los cortinajes.

— ¡Ah! — ha dicho Octavia, enjugando sus ojos. — Vean ustedes aquí algo también que no sé si puede ser dominado nunca. El instinto de madre. Aquí sí que se quiebra el libre albedrío para obedecer á la *Dictadora.*

— ¿Qué *Dictadora?* — hemos preguntado.

— La Naturaleza. Cuanto pensamos y sentimos puede traducirse en actos y determinaciones; pero siempre que no contraría sus leyes absolutas. Y hay una ley más grande, más augusta, más inconmovible que todas, que hace que todos deseemos morir por los que llegan, perpetuar la cadena de nuestros dolores y transmitir la antorcha de la vida.

— *Quasi cursores lamparæ tradunt* — ha dicho gravemente el Barón.

— No — ha clamado con exaltación invencible. — El fuego, como el hombre, debe ser libre. No hay leyes, no hay instintos, no hay fuerzas que nos impidan hacer lo que queremos para llegar al

merecimiento ó la culpa. Sobre todas las leyes del mundo material están las del espíritu que piensa y quiere.

Octavia esta vez se ha puesto en pie. Ha llegado hasta su secreter y ha sacado de él un manuscrito abultado.

— Tome usted y lea, querido amigo — ha pronunciado con voz dulcísima. — Lea usted reposadamente. Es la historia de una mujer que se llama Octavia como yo. Después de terminada, reanudaremos nuestra polémica.

Hemos estrechado su mano nacarada, finísima, adornada de lindos hoyuelos, y hemos abandonado á Octavia.

Ved ahora el manuscrito.

PRIMERA PARTE

I

CARNAVALINA

— ¡Nila! ¡Uh, uh!

— ¡Arrea, vieja, que llora el chico!

— ¡Nila, Nila!

Era una carrera desenfrenada, loca, y aun pudiera decirse que era una cacería salvaje. La mendiga corría, corría, como poseída de un vértigo, con su cabello desgreñado y suelto, sus ropas rasgadas, de las cuales la barbarie de sus perseguidores había colgado un cordel y una esquila .Corría, como poseída, no ya del instinto supremo de conservación, sino del horror infinito á los hombres.

— ¡Corre, vieja! ¡Uh, uh!

No era una vieja; porque en sus ojos ardía el vívido fulgor de la cuarentena y sus pies desnudos corrían ágiles sobre la carretera polvorienta. Pero había en su frente arrugada, en su cabello casi blanco, en sus sienes hundidas algo de prematura senectud.

— ¡Corre, Nila, corre!

Y Nila corría, perseguida de cerca por todo un pueblo cubierto de percalinas policromas y atavíos chillones, embadurnado de bermellón y yeso. Todos sentían allí la embriaguez carnavalesca, pero embriaguez que adquiría aspectos de barbarie. El pueblo es soberano cuando la civilización le redime; entretanto es esclavo ó es déspota. Al desatarse su crueldad, por ancho que sea el horizonte, por dilatados y grandiosos que parezcan sus límites, las montañas, los bosques, los acantilados del mar son paredes de ergástula.

¿Quién ha dicho que todos los hombres son iguales? No: todos los hombres no lo son, porque unos son buenos y otros son malos, unos piadosos y otros crueles, unos sabios y otros idiotas. ¿Quién ha dicho que todos son soberanos? No lo es el niño, ni el loco, ni el criminal. No puede serlo el que carece de cultura ó virtud.

Declamad cuanto queráis, impenitentes kantianos. La mayoría es siempre brutal y sanguinaria. Ella fué la que arrojó al esclavo á las fieras; ella quien torturó á los reformadores, quien impuso el Terror, quien aclama hoy mismo á los Césares victoriosos ó á los anarquistas fanáticos.

El mayor enemigo del pueblo no es el Rey, ni el inquisidor, ni el caudillo, ni siquiera el verdugo. Es el analfabeta.

Nila rodó en el polvo. Mas al punto levantóse

como una cervata herida y emprendió nuevamente su huída con dirección al río.

— ¡Dejadla, brutos! — gritó entonces Juanillo el herrero.

La energía tiene siempre algo de generoso. Aquel hombre fornido, de atlética musculatura, era el primero en darse cuenta de la crueldad de la villana persecución. Además veía á lo lejos á su mujer sana como una cereza, rodeada de gordinflones chicuelos. ¿No correrían ellos también algún día, acosados como res montaraz, sintiendo en sus espaldas febriles los puñados de fango?

— ¿Para qué es carnaval? — chilló un hombrezuelo de fisonomía abotargada por el alcohol. — Lo es y hay que divertirse. ¡Corre, Nila! Y arrojó sobre ella una piedra con tal acierto, que, hiriendo á la loca en la cabeza, la derribó de nuevo. El pueblo prorrumpió en un tremendo alarido, pero aquel alarido no era de compasión. Su Majestad la plebe estaba satisfecha, la sangre corría. Á la ridiculez de la farsa carnavalesca, sucedía por fin la sublimidad de lo trágico.

Alzóse Nila. La acorralada mujer era invencible en su pavor. Por sus cabellos corría un hilillo de sangre roja. Volvióse y enseñó el puño descarnado y nervioso á la muchedumbre. Después tornó á correr y reanudóse el ojeo.

El villorrio quedaba ya lejos, reflejando en su torre puntiaguda y barroca el sol poniente que

doraba los cercanos y agostados trigales. Llegaban á las huertas que bordeaba el río. Á la izquierda, algo separado del camino, se alzaba un risueño edificio entre palacio y granja, circundado de un verdadero bosque de plátanos y almendros en flor. Á la derecha estaba la pendiente y abajo la vega, sobre cuyos verdores las golondrinas y los vencejos pasaban en bandadas, trazando círculos gigantescos y atronando el aire con sus chillidos.

Allí, sobre el borde mismo de la vertiente, casi con un pie en el abismo, la loca se detuvo; había encontrado en el suelo un cuchillo roto y le blandía amenazadora, con cierto inspirado ademán de sacerdotisa pagana. Su figura era esbelta y su faz dolorida como la de una andrajosa Niobe. El sol ya moribundo la alumbraba con resplandores tétricos. Vuelta hacia la infame turba, la desafiaba puesta en pie sobre una roca insegura, erguida, firme, con su cabellera suelta, tinta en plata y en sangre. Todo el mundo se detuvo por fin, como sorprendido por aquel nuevo y maravilloso espectáculo.

Entonces fué la mendiga, la loca, la mujer débil y acorralada, quien lanzó un misterioso y triste sonido gutural que nada tenía de humano.

— ¡Uh, uh!

Era el débil canto nocturno del cárabo ó autillo. Era el sonido entrecortado é isócrono del ave agorera que durante la noche hiende las sombras como un presagio. Oyéndole se sentía un hondo

estremecimiento; porque aquel canto, que tenía tanto de lamento como de funesta amenaza, no era un grito consciente, no podía salir de labios humanos, á menos que en su dueño hubiérase extinguido la luz de la razón.

Sólo diez personas, contando á Nila, habían llegado hasta allí. Entre ellas estaba el Alcalde, especie de cacique rural, de mirada de imbécil; mostrábase vestido de payaso, y su disfraz, que fué sin duda blanco, aparecía salpicado de barro y vino. Cerca se columpiaba con un movimiento y compás de balanceo Diego el albéitar, el filósofo y refranero de la aldea; después Juanillo el herrero, llevado allí más por instinto que por crueldad; luego cinco ó seis mocetones adornados de prendas femeniles y armados de escobas y sartenes. Por fin la tía Geta, monstruo híbrido de mujer y tigresa, personaje obligado en todas las escenas de barbarie ó de crueldad.

— ¡Matarla! — aulló la arpía.

— Respete usted mi autoridad — masculló el Alcalde.

¡Su autoridad! ¡Buena estaba su autoridad allí, cubierta de andrajos, pintada de albayalde, salpicada de peleón, rodeada de bárbaros sin entrañas, al borde de un abismo cenagoso, persiguiendo á una pobre indigente bañada en sangre. Él no debió darse de ello cuenta porque dijo *mi autoridad,* como pudiera decir Filipo: *soy vuestro rey.*

Aquella escena no podía ya prolongarse. El sol había traspuesto las lejanas colinas y la noche llegaba á más andar. Pero todo no debía quedar así. Los perseguidores no podían quedar burlados, detenidos por una mujer que imitaba el canto de un pájaro. Además la crueldad tiene eso: una vez incitada ha de ser satisfecha como el ogro de Andersen ó Perrault. La farsa comenzada con brochazos de saturnal tenía que acabar con pinceladas de spoliarium.

Nadie vió que por el camino avanzaba un jinete seguido de un pequeño espolique. Era una mancha negra y austera en aquel cuadro de colorín. Parecía mirar con curiosidad aquella escena, para él todavía lejana, en tanto que regía su negra y mansa cabalgadura. Era un hombre como de treinta años, afeitado completamente, de rostro enérgico y de regulares y esculturales líneas. Vestía pantalón, chaleco y americana negros, tan negro todo como sus rizados y abundantes cabellos ensortijados sobre sus sienes pálidas, como sus ojos vivos y enormes, en los cuales había algo de tristeza invencible, de irremediable dolor, como acostumbrados á ver horizontes lejanos y glorias frustradas.

Nadie se dió cuenta de la imprevista aparición. Un nuevo incidente había surgido y no era el menos interesante.

De la granja había salido un enorme mastín de pastoreo y había llegado hasta el grupo. Parecía

interrogar con sus ojazos pardos. Un aullido salvaje escapóse de la garganta de la tía Geta. Sujetó del cuello al perrazo y comenzó á acariciarle con júbilo, con estremecimientos vesánicos. Después le arrojó sobre la inmóvil figura de Nila.

— ¡Anda con ella, Tigre! — gritó.

El perro partió como una centella hacia la infortunada mendiga. Al primer empuje rodó la infeliz, no sin sepultar su cuchillo en las entrañas del animal. Éste clavó su dentadura feroz en el hombro de Nila, y la sangre de los luchadores brotó, por fin, abundante, tibia, rojiza, á raudales, como los espectadores de aquel drama anhelaban sin duda.

Era una lucha desesperada, acompañada de gritos, de rugidos, de alientos sofocados y roncos, prolongada por rabiosos esfuerzos que tenían tanto de acometimientos salvajes como de convulsivos sacudimientos de agonía.

Y entonces fué cuando el hombre vestido de negro, se acercó, tranquilo, noble, digno, con su faz dolorosa de redentor, con su negro atavío y su andar reposado.

Había descendido del caballo y le había dejado al cuidado del espolique. Era indudable que se proponía terciar en la lucha.

No hay para qué decirlo, pues que el lector lo habrá adivinado. El nuevo personaje es el protagonista de nuestra narración. En la novela, como en el drama, no hay medio de presentar al princi-

pal actor sin cierta solemnidad aparatosa que fije sobre él, desde luego, la atención del público. En la obra á que se quiere imprimir cierto carácter artístico, ni hay medio de narrar todos los hechos ni de dar á todos los personajes igual relieve. Copia servil de la realidad, caería la acción en lo trivial y lo nimio. Así ¿qué hemos de hacerle? Agamenón se presentará siempre precedido de son de trompetas, y al paso de Edipo cantará su salmodia el coro.

En la vida no ocurre lo propio. La persona que ha de tener más poderoso influjo en nuestras acciones, la que ha de decidir de nuestro porvenir y nuestra suerte, pasa al principio, ante nuestros ojos, casi inadvertida. Se desliza en el escenario de nuestra existencia como un espectador ó, á lo sumo, como un corista más. Es luego, cuando en la complejidad de la vida, se entrelaza su voluntad con la nuestra y su destino se liga al propio, cuando conocemos, demasiado tarde no pocas veces, que por ella tendremos que luchar ó que por ella deberemos morir. Así se muestra en la vida el protagonista.

Fué para el de nuestra novela la resolución cuestión de un momento. Sujetó con vigorosa mano al perro por la garganta, y una vez que le hizo soltar su presa, con un movimiento de suprema energía arrojó al animal por la pendiente haciéndole rodar hasta el río.

Incorporóse después sobre Nila que se había desmayado, cubierta de sangre, de lodo, de oprobio, de desesperación y de lágrimas, y comenzó á enjugar sus heridas con el pañuelo.

Sacó del bolsillo un estuche y, mientras los verdugos le contemplaban absortos, cortó tiras de aglutinante con las cuales fué sujetando los bordes de la herida producida por las dentelladas de Tigre.

El grupo silencioso le dejaba hacer. Por primera vez debieron aquellos hombres avergonzarse de su conducta, de su crueldad, de su misma ridícula indumentaria.

Levantóse por fin el viajero, sin que en su semblante se observara alteración alguna; adelantóse hacia los verdugos con paso sereno y, como si comprendiera que allí debía estar una autoridad que no acertaba á reprimir semejantes desmanes, preguntó con voz dulce y sonora:

— ¿Quién es aquí el Alcalde?

— Servidor de usted — contestó turbado el payaso.

Entonces el joven, concisamente, como si nada hubiera ocurrido sobre aquella ladera que inundaban las sombras, dijo con naturalidad completa:

— Soy el nuevo párroco.



II

DE OCTAVIA Á CÉSAR

«Sé que has llegado; vete.

Vete; porque sólo una funesta fatalidad ha podido traerte aquí. El tiempo, la traición, la desgracia nos han separado y no podemos jamás unirnos.

Has llegado sembrando el bien y eso me asusta. Si hubieras venido amenazador, iracundo, implacable, me hubiera aprestado á la defensa. Llegas sereno, piadoso, revestido del hábito sacerdotal y te temo.

Te temo, porque sé que me quieres aún, porque conozco tu carácter indomable, porque sé que no olvidas.

Y me temo además á mí misma, que, al saber tu llegada, he sentido en mi corazón revolverse muchas cenizas, cenizas que me queman, que siento que pueden abrasarme, con daño del hombre que me ha dado su mano, con menoscabo de tu dignidad propia, con ofensa de Dios.

Vete.

Pero vete haciéndome cumplida justicia, conociendo el motivo de mis determinaciones más íntimas, perdonándome como hombre y como sacerdote.

Y déjame renovar mis recuerdos, románticos sin duda, pero los únicos que me hacen vivir. La vida sólo es bella á título de idealidad; cuando esa idealidad se pierde, la vida no vale ni siquiera el trabajo de ser pensada.

Era allí en Villarroca, ¿te acuerdas? Tu jardín estaba junto al mío y ambos á la orilla del mar. Por las noches, cuando el viento producía en las sombras un rumor solemne, no se sabía si era la brisa quien columpiaba los nidos en los ramajes ó el mar el que cubría con sus espumas las madrigueras.

Con todo el vigor y la agilidad de tus diecisiete años, saltabas por las noches la cerca de follaje y espino y venías á jugar á mi lado, á hablarme de las estrellas que refulgían, de la luna que parecía rodar entre nubes, de proyectos que ibas á realizar, para unirte conmigo para siempre. Un día te enredaste en la cerca hiriéndote las manos y, al acorrerte, heríme yo también. Aquella sangre que mezclamos me pareció un augurio fatal. Presentí que ya no podríamos separarnos sin herirnos, como nos habíamos herido para estar juntos.

Nuestros padres alimentaban la pasión que en

nosotros ardía. Estaba decidido que seríamos el uno del otro. Una noche te pregunté lo que harías si yo te olvidara y me casara con otro hombre. Tu contestación fué decirme lacónicamente que eso jamás sería y que, si lo fuera, sabrías lo que tendrías que hacer. Pues bien, al día siguiente de casarme recordé tu contestación y quedé aterrada. Conocí que habría de encontrarme contigo algún día, y ese día se me presentaba tanto más temible, cuanto era para mí un indescifrable misterio.

Te separaste por fin de mí. Querías seguir una carrera, asegurar tu porvenir y el mío. La víspera de tu partida nos reunimos otra vez bajo los tilos. El mar fulguraba allá abajo como un espejo metálico y un olor penetrante de dondiegos y madreselvas nos hacía desvanecer. Yo me arrojé en tus brazos con el temblor supremo de la caída en el infinito. Tú besaste mi frente y me dijiste: «Levanta; quiero dejarte inmaculada, como te he de encontrar; pero sabe que solamente puedes ser mía y que no habrá lazo, ni obstáculo, ni ley alguna que baste á impedirlo.»

Partiste y un año entero estuve bajando todas las noches al jardín, á jurarme á mí misma, allí, en el teatro de nuestras venturas, que no te olvidaría, á evocar el eco de tus palabras, acompañadas tantas veces del rumor de aquel mar que arrastraba en sus ondas las hojas secas.

Pero un día mi padre me llamó á su despacho,

para hablarme reservadamente. Estaba como nunca grave y taciturno. Una catástrofe terrible le amenazaba, y yo sola podía salvarle.

Enredado en peligrosas negociaciones, había arriesgado su capital entero y ahora lo consideraba todo perdido, incluso el honor. Pero su principal acreedor era Enrique Gonzaga, el cual podía dilatar el pago, dar tiempo á mi padre para realizar todos sus bienes y salvarle en suma.

Enrique Gonzaga pedía mi mano.

No tuve tiempo de vacilar. En todo consentí con tal de salvar á mi padre; á mi padre que, dos meses después, moría de un derrame seroso, dejándome sola en el mundo con Enrique y con tu culpable recuerdo.

Dios no ha querido santificar esta unión. En seis años de matrimonio no hemos tenido hijos. Ellos hubieran sido mi consuelo; sin ellos conozco que mi desdicha es irremediable.

Enrique es bueno, cariñoso, honrado, inteligente. Tiene un corazón digno y merece ser amado. Pero yo había puesto toda mi esperanza en ser madre. Conocía que así me santificaba, que sería perdonada por ti al presentarme con un niño en los brazos. Así, todo se lo hubiera perdonado á Enrique: el desamor, la indiferencia, la infidelidad, todo, menos no hacerme madre. Entre el pasado y el porvenir hubiera yo deseado colocar á la naturaleza. De seguro te hubiera olvidado. No hay

lecho odioso ni mujer que quiera ser criminal, cuando á su lado se columpia una cuna.

Sé que mi padre te escribió á Madrid participándote mi boda. Nada contestaste y llegué á imaginar como un bien ¡yo que tanto te amaba! que me habías olvidado por fin. Enrique adquirió en este pueblo una granja y aquí he venido á pasar el verano y á esperar que él concluya ciertos negocios en Barcelona. ¡Cuál no habrá sido mi sorpresa, mi terror al saber que has llegado ayer!

Yo sé que jamás he de delinquir. Arrojada por Enrique al arroyo, golpeada, privada por él de sustento, no caería jamás en tus brazos. Mucho menos lo haré cuando me prodiga sus halagos, me adora y me respeta. Sé lo que á mí misma me debo. Sé, por fin, que me despreciarías y este desprecio me heriría en el corazón.

Segura estoy también de que tú no puedes buscarme. Te has hecho ministro de un Dios; y á ese Dios le has jurado no profanar tus manos que saben recibirle en el sacrificio, no manchar tus labios, que deben invocarle con palabras de amor, á una mujer miserable como yo.

Pero ¡ay! sé que no podremos olvidarnos, mientras estemos juntos. Cuando Enrique regrese de su trabajo ó de sus excursiones por el campo y deposite un beso en mi frente, aquel beso me quemará porque no podré recibirle ni siquiera con gratitud. Me parecerá que es de mi verdugo, del

sacrificador de mi dicha, del atormentador de mi alma. Al mirarle dormido, sentiré deseos de verter su sangre y, allá, en el fondo de mi corazón, me consideraré adúltera y criminal. No: Enrique no merece tanta maldad. Yo quiero ser fiel compañera de quien me dió su nombre, quiero ser buena esposa como hubiera querido ser buena madre.

Y tú ¡dolor me da pensarlo! Poseído de un amor maldito terrestre, no podrás elevar tus plegarias al cielo, porque no podrán ser la de un alma pura, y al alzar los ojos al tabernáculo, verás allí escrito mi nombre en letras de fuego, y al fin, después de haber perdido la dicha en este mundo, acabarás por perder también tu salvación en el otro.

No: eso no debe ser, eso no puede ser, por la sociedad, por la ley, por ti, por mí y por la fe misma.

Vete.

Y si es que esos juramentos, que á Dios has prestado, son falsos; si es que tu desesperación es tan grande que no respeta ni hogares, ni leyes, ni aras, ni sacrificios, ni cielos ni tierra, mátame de una vez, pero no me sometas al tormento de verte, de escucharte, de creer contemplar en tus manos siempre la sangre del espino.

Vete y ruega por mí.

OCTAVIA.»

III

LA PATULEA

—¡Si me vais á matar, condenados, más que recondenados!

—¡Es Pepito que me ha dado un pellizco por debajo de la mesa!

—Diga usté, madre, que ha sido él quien me ha pegado un puñetazo muy grande y luego se ha puesto á hinchar los mofletes por burla!

—¡Porque me has llamado soplafluelles!

—¡Mamá, *tero* pan!

—Y tú ¿por qué le llamas eso á Luisito!

—*¡Tero* pan!

—Porque siempre me está diciendo que no sé leer.

—Y dice verdad, que no sabes ¡tonto, más que tonto!

—¡Eso! ¡Siempre le da usted la razón á él!

—*¡Tero* pan!

— Toma pan, maldita de cocer, y á ver si te callas ó revientas! ¡Jesús, qué chiquillería, y qué vida tan arrastrada está una llevando!

— Mujer, ten un poco de paciencia.

— Sí: como tú te pasas la vida en la fragua, te figuras que es lo mismo pelear con estos bribones que machacar en el yunque.

— Bueno, pues ya sabes lo que ha dicho Séneca.

— ¿Qué ha dicho ese señor?

— Que hay que tener mucha paciencia en este mundo.

— ¿Sí? Se habrá quedado calvo el tío ese. ¡Que siempre has de estar sacando nombres raros! ¡Si tú no sabes una palabra de todo eso!

— ¡Madre, agua!

— ¡Agua va! ¡A ver si te ahogas!

— Pero ¿tampoco puede pedir el chico agua? ¡Rediez! ¿Pues no me la ha vertido encima?

— Se lo cuentas á Séneca. ¡Anda! ¡Esta sí que es buena. La bribona esa ha tirado toda la sopa en el mantel. ¡Dios mío! ¿habrá paciencia que baste? ¡Toma, toma!

— ¡Je... je...!

— Catalina, siempre acabas por darme la comida.

— ¡Claro! si tenía todo que pagarlo yo. ¡Mal hombre!

— *¡Tero pananos!*

— ¡Toma garbanzos! ¡Pícara!

— ¡Ay, ay, ay!

— ¡Uno que se cae con silla y todo! ¡Cuidado con Felipe! ¡Vaya un chichón que se ha hecho!

— ¡Ay! ¡Ay!

— Juanillo, ponle una perra en la frente.

— ¡Soplafuelles!

— ¡Madre! ¡Ya me está llamando eso Luisito!

— ¡Si no callas, te reviento!

— *¡Tero chicha!*

— ¡Ay, ay, ay, ay!

— ¡Calla, que no se te saldrá el alma! ¿En dónde está Nicanor?

— En el taller. ¡Chico, sube!

— ¿Y ése no habrá comido?

— ¿Qué ha de comer? Y si vieras la gracia que ha hecho... Me ha roto la mejor lima que tenía.

— Si no te metieras á recoger los chicos de los demás... Con cinco que tenemos, ese es el único que nos faltaba.

— Pero me ayuda.

— A romper limas.

— ¡Sopla fuelles!

— *¡Tero chicha!*

— ¡Benita, que te sacudo!

— Luis, no pegues á tu hermano! Ya se ha despertado el pequeño.

— A ver si le das una mala teta. Mira que de una mala teta se hizo el camino de Santiago.

— Sí, ven con bromitas.

— Vaya: ya hemos comido en paz y en gracia de Dios. Voy á ver si afilo los cuchillos que me ha mandado el cura nuevo.

— ¡Qué! ¿Viene á matar á alguien?

— ¡Matar él! ¡Si es un alma de Dios!

— Sí; todos son unos ángeles y luego acaban por marcharse del pueblo con todas las riquezas que hay en la iglesia.

— Pues éste te aseguro que no es así. En cuanto le vió Nicanor, dijo: Este señor es un santo.

— ¿Y Nicanor qué sabe?

— Nicanor lo sabe todo. ¡Valiente mozo está! En mi vida he visto muchacho más listo ni más estudioso. Desde ahora te digo que con el tiempo ha de ser un sabio y que no se queda en herrero.

— ¡Madre, que nos cansamos de estar aquí!

— Andad, ricos, bajad un poco á la calle. ¿Quién me va á dar un beso?

— Yo.

— ¡Y yo!

— ¡Y yo!

— ¡Y yo *tamén!*

— Límpiate, hermosa, la boquita. Así. ¡Mira, mira esté otro cómo mama! ¡Qué hermoso está!

— ¡Como que es mi vivo retrato! A ése le hago herrero!

— ¡Cabalito! ¡Herrero!

— También lo fué Sixto quinto. Es decir, no sé si fué herrero ó pastor.

— Lo mismo tiene. ¿Conque el cura es una buena persona?

— ¡Un ángel! ¿Sabes lo que ha hecho? Llevarse á su casa á Nila, y dice que sólo con ella ha de vivir.

— ¡Bonita va á estar la rectoría!

— No lo creas. Nila es muy hacendosa y muy limpia, y no hostigándola, se la ve pacífica siempre. Lo más que hace es pasar las horas muertas haciendo como que acuna á un chico y cantando entre dientes.

— ¡Como tuviera tantos como yo!

— Maestro: ya están los cuchillos.

— ¿Cuántos has roto?

— Déjale al chico, que bastante desgracia tiene con estar solo en el mundo.

— Como solo no lo estoy, porque ustedes son muy buenos para mí y algún día puede ser que yo les corresponda.

— No, eso ya lo sé, que, si como tienes catorce años tuvieras veinte, serías un hombre de provecho.

— Eso es lo que yo quiero, poder demostrar á ustedes mi cariño.

— Anda, siéntate y come.

— ¡Buena está la comida! Todo lo han gachupeado los chicos.

—¿Y qué importa? ¡Pobrecitos! Mejor me sabe así.

—Anda, corazón de oro; que eres más bueno que los ángeles.

—He ido á entregar la reja al Alcalde.

—De ella debía tirar.

—Y al pasar por la granja, he visto á doña Octavia. Me ha dicho que va á venir esta tarde á ver los chicos y el taller.

—¿Será posible? ¡Una señora tan guapa y tan fina! ¡Chicos, arriba! Tengo que aviarlos, que estarán hechos unos Judas. Tú, Juan, tenme á Julito.

—¡Ven con tu padre! ¿Pues no me quiere comer la cara? ¡Hermosote, bribón, golfo!

—No insultes al chico.

—¿Qué quiere usté, madre?

—Que subáis y os dejéis lavar y vestir por Nicanor.

—Sí, venid conmigo.

—Con Nicanor, bueno, porque no nos hace rabiar.

—Le hacéis vosotros á él y es lo mismo.

—Nicanor, llévatelos á todos por la puerta falsa del corral y no los traigas hasta que estén aviados. Tú, Juanillo, vete también y entra en el taller, que allá bajaremos.

—¡Ay, Catalina! ¿Qué será el tener hijos, que, cuanta más guerra dan, más se les quiere y no sentimos perder la vida por ellos?

— Yo no sé... pero me parece que es que hay una cosa... ¡vamos, no consigo explicarme...! una fuerza que nos obliga á pasar la vida de mano en mano, para que no se acabe y dure siempre, como Dios. Así esto de matarse y morir por los hijos; eso del amor de las madres, se me figura que viene á ser algo así... como la *querencia del cielo*.

IV

MISERICORDIAS

— Ya está todo limpito y ordenado. Ahora puede venir la señora cuando guste. ¡Ajá! Esto ya es otra cosa. Pues si me descuido, todo lo encuentra desarreglado, porque ya está allí, junto á la esquina de la plaza. Me da como vergüenza hablar con una señora tan lista y que se explica tan bien. ¡Como que la llaman en el pueblo la *Doctora!* Ya ha entrado en el zaguán.

— ¿Da usted permiso?

— Adelante. Dispense usté, señora, este desarreglo. ¡Jesús! Todo está por medio. Como no sabía que iba usted á honrar esta pobre choza... Siéntese usted aquí, que esa silla la han roto los chicos.

— ¿Tiene usted muchos?

— Cinco, señora. Cinco como cinco fieras: Pe-

pito, de diez años; Luisito, de ocho; Felipe, de cinco, que ahora mismo acaba de descalabrarse...

— ¡Pobrecillo! ¿Se ha hecho mucho daño?

— ¡Cá, no señora! Cuando se caen los chicos, se ablanda el suelo.

— Es que encuentran siempre debajo el corazón de las madres. ¿Y hay más chiquitines?

— Tengo á Benita que cuenta tres añazos y está hecha una rosa, y á éste que nació por la trilla, hará cinco meses.

— ¡Qué hermoso está!

— Y por si eran pocos, mi marido recogió á Nicanor, un guapo mozo de catorce años, á quien usted habrá visto y que le sirve ya de oficial. Los pobres nos compadecemos mucho de los huérfanos, y Juanillo se lo encontró en una carretera de Salamanca, recién nacido y envuelto en unos trapos.

— ¡Qué corazones hay tan duros!

— Como no teníamos entonces ninguno, le trajo á casa, y no sabe usted el trabajo que nos costó el criarle con una cabra que compramos. Pero el chico era fuerte como un roble y está hecho un pino de oro. No sabe usted lo que nos quiere y nos ayuda á todos. ¿Y usted, no tiene niños?

— ¡Ay, no! Y crea usted que es para mí una pena muy grande.

— Sí que debe serlo.

—No lo sabe usted bien. Cuando se ve al espejo la primera cana, cuando todas las ilusiones comienzan á desvanecerse, es cuando se encuentra el hogar más frío, las habitaciones más solitarias, el corazón más yerto. Se siente entonces que se es una excepción en el mundo, que pesa sobre la frente algo como una funesta maldición, y en las tardes interminables, en las noches largas de insomnio y de llanto, en las mañanas nebulosas en que azota los cristales la lluvia, se daría la felicidad, la salud, la vida misma, por llenar aquel corazón destrozado de afectos puros y aquellas habitaciones desiertas de charloteos.

—No llore usted. ¡Quién sabe si todavía...!

—No. Conozco que pesa sobre mí algo como la sanción de una culpa. Y lo más terrible es que estas congojas no se pueden decir sino á las madres, porque todas las gentes se mofan de un dolor que suponen que inspira el vicio, porque hay un no sé qué de degradante en la mujer infecunda que la hace para todos despreciable ó ridícula. ¿Sabe usted á lo que he venido? Á entregar á ustedes un pequeño socorro de una persona que oculta su nombre y á encargar trabajo á su marido de usted.

—¡Tanta bondad, señora!

—Pero, en realidad, á ver de cerca á todos esos niños á quienes he contemplado sólo de lejos, asidos á las faldas de usted, subidos en sus brazos,

rodeándole como á una palmera un macizo de hiedras; á recrearme en mi propia angustia ante la dicha ajena; á mirar estas habitaciones revueltas, desordenadas, en que están impresas las huellas de la vida que renace y palpita; á mirar las cartillas deshojadas, los rotos juguetes, los vestiditos colgados en la percha, tibios y perfumados, con sus tiernos dobleces, esperando las carnes de rosa que los han de animar.

— ¡Vaya, no llore usted!

— Usted se reirá de todo esto; pero yo necesitaba confiar á alguien todas mis penas y usted no sabe lo triste y lo sola que me encuentro en aquella granja, tan grande, tan desierta, mirando aquellos paseos enarenados que no ha de recorrer ningún niño, aquellas praderas solitarias que no ha de animar risa alguna, aquellos frutos caídos al pie de los árboles que esperan en vano unos dientecitos blancos y menudos. Ríase usted de mí; soy una loca. Yo misma me avergüenzo de mi locura. Pero al escucharme hace usted una verdadera obra de misericordia.

— ¡Reirme yo, señora! ¡Qué me he de reir! Pero ¡si todo eso que está usted diciendo me parece muy grande y muy noble y muy santo! Yo soy una pobre aldeana y no sé explicarme, pero... ¿quiere usted tenerme un momento el chico?

— ¡Ah, sí, gracias!

— Téngale usted, mientras voy por los otros.

Quiero que vea usted que la comprendo, que he sentido el golpe de sus pesares aquí dentro, muy dentro de mi corazón. ¡Vamos á columpiar al niño, que ya cierra sus párpados de rosa. ¡Duérmete, niño mío! ¡Ea, ea, ea!

V

DE CÓMO NO DUERME UN ASCETA

«Con dos alas se levanta el hombre de las cosas terrestres, que son simplicidad y pureza. Ninguna obra se te impedirá si de dentro estuvieres libre de todo desordenado deseo. No pienses ni busques sino el divino beneplácito, y así has de ser libre.»

Cerró el libro y, apoyando los codos en la mesa, escondió en las manos la frente.

El lecho estaba intacto, y sobre la mesa, los desordenados papeles denotaban una febril é inquieta vigilia. En las blancas paredes del cuarto, ornadas solamente con un crucifijo de roble, proyectaba su luz el sol. El canto de los pájaros, la atmósfera embalsamada y tibia anunciaban un día caluroso y espléndido. En aquella celda de cenobita, alhajada con muy escasos y modestos muebles, todo hubiera parecido riente, sin aquella figura austera, muda, inmóvil como si en ella la

vida hubiera quedado en suspenso, como esos horarios de piedra de los palacios abandonados, cuyas inmóviles agujas parecen señalar un solo momento en la eternidad.

Levantó por fin la cabeza y en los hinchados párpados brillaron dos lágrimas. ¿En qué pensaba entonces aquel hombre arrojado por la fatalidad en la soledad más absoluta? ¿En el amor? ¿En la venganza? ¿En la muerte? No, sino en el deber y en el sacrificio. Él se sentía fuerte. Sabría apurar hasta la última gota la copa amarga, subir hasta la cumbre el penoso y miserable calvario, padecer la crucifixión misma, para poder después, arrojando sobre el mundo una mirada amorosa, decir con sus cárdenos labios al doblar su cabeza dolorida: *¡Todo por fin se consumó!*

El insomnio, la angustia, el llanto, no eran, no, producidos, así al menos lo imaginaba, por pasión alguna terrena. Era el temor de no poder realizar el sacrificio, de no encontrarse digno del modelo augusto que pensaba imitar. Él había tomado su cruz y había seguido al Hijo del hombre y quería seguirle hasta el fin. Pero el dolor le despedazaba y le causaba profundo horror la idea de que su mordedura pudiera hacerle desfallecer y separarle para siempre del verdadero, del glorioso, del único camino.

Él había acariciado en algún tiempo otra idea invencible, otro propósito del cual creyó que nada

podría separarle. Buscar á aquella mujer, acercarse á ella, mirarla frente á frente, al fondo mismo de las pupilas y leer allí, en lo más hondo, el amor ó la felonía. Si lo primero, él habría sentido en su pecho el golpe que hizo encenderse el sol en el caos y con otra mirada, más honda, más ávida, más ardiente, hubiera tomado posesión de ella, en nombre de su voluntad sola y única. ¿Qué le importaban los lazos humanos? Él los hubiera roto. ¿Quién hubiera osado oponerse á su albedrío gigante? Todo obstáculo hubiera caído por sí mismo, hecho polvo, como en las islas volcánicas se desploman los edificios más inconmovibles al hervor de la lava.

Y, si en aquella mirada hubiera leído traición ó desprecio, ¡con qué embriaguez, con qué júbilo criminal la hubiera dado muerte, viendo dilatarse con horror aquellas pupilas hechas para mirarle á él solo, oprimiendo aquella nívea y tersa garganta formada para aspirar su ardoroso aliento! Entonces hubiese sentido el secreto enlace del *orcus* y el *amorcus*, del amor y la muerte. La vida es un beso macabro que comienza la madre y acaba el gusano; y ese gusano también morirá, porque el amor circula en sus anillos. La muerte es el último simbolismo del amor. Se muere por eso: porque se ama. Satanás, que no amará nunca, no puede morir.

Pero después le asaltó una idea, grande, imprevista, inaudita, digna de su inextinguible pasión.

No bastaba matar á aquella mujer ni poseerla. Con la muerte cesaba la posesión y, á más, la posesión no podía ser ni completa ni permanente. Era preciso poseerla pura, inmaculada y por la eternidad de los siglos. Para esto precisaba hacerse inmortal, escalar el empíreo, alcanzar el perdón de la culpable y allí purificada, redenta, unirse á ella en el espasmo infinito, en el amor inefable que nunca se agota. Ante aquella pasión, había de conmoverse el cielo mismo. A la dicha de un día debía suceder la del tiempo que ya no se cuenta ni mide; á la sacudida brutal de la materia, la vibración etérea del espíritu en consorcio ideal con la forma; al beso insaciable de un momento, el beso, místico y carnal á la vez, que hace conmoverse á los átomos y que allá, en las sublimidades de lo ignoto, en las entrañas de lo absoluto eterno, engendra la vida.

Y así entrevió él el cielo: como la dicha, que era para él la posesión. Apóstoles, ascetas, místicos, solitarios, no os estremezcáis en vuestras tumbas. El hombre sólo imagina lo que conoce; sólo proyecta lo que imagina; sólo sueña lo que desea. Así desde el primer patriarca, cielo es lo que nosotros queremos.

Desde entonces sólo tuvo una idea fija: ser perfecto. Y allí buscó la perfección, donde le había sido mostrada. Ya no era nada para él la tierra, ni aquella mujer misma, débil sombra de la que

esperaba alcanzar. Y se hizo sacerdote. Jamás, en las gradas del templo, se vió fervor más grande, desligamiento más total de todo lo humano. Nunca ante el ara palpitó un corazón más puro, se rindió un tan fervoroso holocausto á la Divinidad. Ante la necesidad del medio, se olvidaba aparentemente el fin mismo. La perfección, la beatitud. Esto era lo preciso. Para conseguirla, la miseria, la humillación, la castidad, la obediencia, la abnegación, el martirio, todo sin medida, sin límite, sin esperanza inmediata de recompensa.

Leed á los ascetas y encontraréis en el fondo aspiración idéntica. Siempre es un algo personal, subjetivo, que se agranda, se objetiva, se universaliza, y extiende por encima del mundo y de los seres. Nadie condene á mi protagonista sin poner la mano antes sobre su corazón.

Y he aquí que, de pronto, aquella mujer se presentaba en su camino á frustrar todas sus esperanzas, á malograr su plan gigantesco. No; él no la deseaba ya impura, mancillada por otro amor; no quería tampoco matarla para verla por siempre imposible. Postrada á sus plantas, la hubiera apartado con el pie. Él quería no más ser perfecto. Lo demás ya se le daría por añadidura.

¡Ah qué agitación, qué intensa lucha, qué tremendo é inconcebible martirio! Su resolución estaba tomada: vencería.

El sol avanzaba, avanzaba formando en la ha-

bitación un rectángulo cubierto por una leve columna de polvillo azulado. Así invadió la mesa de pino, el sillón de cuero, el estante de libros, y, por fin, el rostro de César, amoratado por la vigilia y la lucha interior.

Se incorporó; levantóse y llamó junto á la puerta con voz clara y serena.

—¡Nila!

¿Era Nila quien allí se mostraba? Limpia, aseada, con ademán tranquilo y dulce, nadie hubiera reconocido en ella á la mendiga acosada por la barbarie popular días antes, á no ser en su vaga mirada y en su expresión incoherente.

Miraba á César con una expresión de reconocimiento é inmensa gratitud y, desde el primer día, le obedecía como un perro.

—Mi sombrero y mi libro de oraciones.

—¿Sale?

En su trastorno cerebral, Petronila hablaba siempre á su amo en tercera persona, pero sin más aditamento en la frase.

—Sí, y tardaré en volver. Tengo que visitar al párroco de Fuente Honda. Así, prepara la comida para ti sola.

Nila asintió con la cabeza. Por un fenómeno observado frecuentemente y de que pueden dar fe no pocos profesores de la Salpêtrière, aquella mujer, incapaz de coordinar dos ideas seguidas y completas, desempeñaba á maravilla las faenas domés-

ticas. Su enfermedad residía en la voluntad y revestía formas de monomanía accidental.

— Cuide ¿sabe? de no ir por abajo. El camino... ¡Allí llora!

— Bien, Nila, bien. No temas. No voy solo, é invoco siempre la protección y la ayuda de Dios.

— ¿Y si canta?

— ¿Quién?

— El autillo...

— No temas. Es de día; y, en todo caso, haré la señal de la cruz.

Salió el sacerdote; santiguóse rápidamente la loca y á los pocos momentos sólo se oía en la habitación un vago murmullo, una indescifrable canturia con que Nila, sentada en el rincón más obscuro, adormía á un niño imaginario.

VI

MINERVA EN DELFOS

Se llamaba aquello *la lonja* como pudiera llamarse el *pandemonium,* el bazar ó cualquier cosa análoga. Consistía en un gran rectángulo con entrada á dos calles. Estaba dividido á lo largo en dos por un mostrador sucio y despintado, á un extremo del cual estaba la zafra del aceite y á otro la vara de medir, que pasaba buenamente por metro. Delante del inmenso armatoste quedaba un gran espacio ocupado por veladores y taburetes, sacos de legumbres, mazos de escobas, arcones de trigo, pilas de cacerolas, ferretería, quincalla, lencería y cuanto más bizarro pudiera imaginarse. En la pared había como una media docena de estampas, grabados y un gran calendario con tres inglesas gemelas que, bajo sus remangados volantes de encaje, mostraban sendas pantorrillas cubiertas con medias negras de fran-

jas azules. Al otro lado del mostrador, aparecía la más variada estantería que sospecharse puede; comenzaba á la izquierda y cercana á la zafra por botellas, latas y frascos; mediaba en cajetillas de veinticinco y papel de barba y terminaba en rollos no livianos de lanillas y de cretonas. Del techo pendían chorizos, alpargatas, jamones, cordeles, blusas, boinas, guindillas y loza ordinaria. Bajo tan fantástico dosel, aparecía risueña siempre y socarrona la redonda fisonomía del tío *Todo*. Y á fe que el apodo no podía cuadrar muy mal á quien lo era todo en Torreparda: estanquero, tabernero, abastecedor, carnicero, comisionista, tendero y mediador y árbitro en todas las cuestiones que en la lonja suscitarse pudieran.

Lo cierto es que desempeñaba su difícil papel á maravilla. Desde que llegó al pueblo y abrió su tienda que fué luego progresivamente ensanchando, no se tiene memoria de que Joaquín González, alias el *tío Todo,* disgustase jamás á bicho viviente, ni hiciese cohecho, ni menos perdonase derecho. Su lema era ver, oir... y cobrar. Al lado de los toscos veladores se despellejaba bonitamente al vecindario. No había historia, fábula, conseja ó calumnia que no tuviese allí su teatro; pero él todo lo oía como aquellas inglesas de la patita alzada del calendario de pared. Sonreía, guiñaba á lo sumo sus ojillos grises y en paz. Tocante á sacarle á él un comentario de todo aquello, ni jota.

En cuanto á su mujer, con decir que era muda, pero muda completamente, por haber sufrido á poco de casada nada menos que la extirpación de la lengua, ya puede imaginarse lo á propósito que sería para divulgar chismes. Ella ni sonreía siquiera. Aparecía siempre con un gordo mamón á cuestas, oía, despachaba, contaba el dinero y Cristo con todos. Á su marido le obedecía ciegamente. Reconocía la superioridad de su hombre que no fumaba, ni bebía, ni jugaba, ni tenía más que una idea fija: reunir un capitalito decente para liquidar el tenderete y salir con ella de estampía, dejando todos los chismes, calumnias y enredos escuchados durante un cuarto de siglo, en los estercoleros de Torreparda.

El día en que les vemos por vez primera había inusitada animación en la lonja. El Alcalde y el sacristán, que también hacía las veces de maestro y barbero, habían apostado medio cabrito al tute á Diego el albéitar y Nicasio el del canalillo, llamado así porque, teniendo sus tierras á orillas del río, y á varios metros sobre su nivel, diz que, en cierta ocasión construyó un canalillo para que subiera allí el agua. La partida estaba empeñada y á la sazón se discutía una jugada nada limpia del albéitar que había sacado de sus casillas al digno representante de la autoridad municipal.

— Tú lo que eres — dijo resoplando el Alcalde — lo sé de memoria: un tunante, Diego.

— Al respective de eso — contestó sulfurado el aludido — más grandes que yo los hay en el pueblo, y de ello puede ser que dé fe y rubrique algún regidor.

— ¿Qué quieres decir? — bramó la primera autoridad municipal, revolviendo los ojos y arrojando por ellos lumbre.

— Que no se dice pronto á la charca: «por allí corres», y que, cuando camina el zambo todo baila, porque mal ven los ojos en que hay culpas ó enojos.

La especialidad de Diego el albéitar era el modismo. Pero ¡qué modismos, refranes y sentencias! Eran nuevos completamente, extravagantes y bizarros. Al hablar, afluían á sus labios, como en el estanque al desagüe las carpas.

— ¿Cuándo has visto que yo haga maldad? — gritó el ofendido. — ¡Bribón, más que bribón!

— ¿Y usté dónde ha visto que yo lo sea? Si no hubiere codornices, no hubiera reclamos. ¿No hay sino tomarla con uno y vejarle? A bien que de la oreja á la boca jornada hay poca, y quien tire de saya ó lengua para oir paciencia tenga. ¡Vaya con el señor Damián!

— Yo estoy más alto que tú y tienes que respetarme.

— ¡Claro que está usted más alto que yo! Cuando se vuelca el escarabajo, mira la torre de arriba abajo. Pero usted dijo que no podía acudir al arrastre y tenía usted una carta del palo.

— Porque en la última baza que se roba no hay que seguirle.

— Sí hay que seguirle.

— ¡No!

— ¡Sí!

— Calma — interrumpió el maestro. — Lo mejor es someter la decisión de la contienda al tío Todo, que él sabrá fallar con arreglo á su buen juicio y conciencia sana.

— ¡Cabales! — saltó el del canalillo.

Acercóse tumultuosamente el grupo al mostrador. Todos querían hablar y exponer sus razones á la vez. El tabernero dejó que la discusión adquiriera tonos violentos sin hacer sino sonreir y relampaguear sus ojillos grises. La disputa fué luego decayendo por cansancio ó inopia. Al último, cuando los contendientes fatigados, parecían haber hallado por sí mismos una fórmula de avenencia, el Alcalde volvióse hacia el árbitro.

— ¿Qué le parece á usted, tío Todo? — le dijo.

Sonrió el oráculo, llenó de vino un jarro no liviano, rascóse la cabeza y dijo en tono sentencioso:

— Todo es una basura, mayormente.

Y dejó el jarro sobre el velador.

Ante aquella profunda sentencia, los ánimos se aplacaron como por arte maravilloso, recobraron todos sus puestos y la pitonisa risueña regresó á su trípode.

Entonces fué cuando entró la tía Geta.

— ¡Noticia, noticia! — clamó con su voz gangosa y nasal la arpía.

— ¡Buena será ella, cuando usted nos la trae! — dijo cortando la baraja el maestro.

— ¡Y tan buena! Echeme usted una perrilla de aguardiente, señor Joaquín.

Era la recién venida una mujer sucia, andrajosa, repulsiva; uno de esos tipos femeninos en que parece desmentirse el sexo. Un día apareció en Torreparda mendigando y recogiendo trapos y objetos destrozados. Socorrióla el Ayuntamiento y allí se quedó en un casuco medio ruinoso perteneciente á un señor de Madrid que le abandonó á su propia ruina. ¿Cómo siguió socorriéndola el vecindario, una vez que adquirió su reputación triste de mala lengua? Tal vez eso mismo la sirvió de salvoconducto. En todas partes la murmuración es precisa, sino que en unas se funde en caracteres y rueda sobre el papel continuo y en otras viste faldas y rueda de taberna en corral.

Escanció el hombrezuelo, apuró la copa la vieja, limpióse la boca con el pañizuelo, dió un resoplido y dijo maliciosamente:

— El cura ha tenido carta de una mujer.

— ¿Y eso qué tiene de particular? — preguntó el maestro. — ¿No puede tener madre ó hermanas ó penitentes que, desde fuera, quieran consultarle?

— Es que la carta, no ha sido el peatón el que se la ha llevado, — repuso la chismosa con acento de triunfo, — sino Nicanor el de Juan. Yo misma la he visto entregar con estos ojos que nada tienen que envidiar á los de otra mujer.

Y señalaba al hablar así sus párpados arrugados y ribeteados de rojo.

— Pues enseguida vamos á saber quién le ha escrito — gruñó el Alcalde, — porque ahora mismo estaba Nicanor en la esquina. ¡Nicanor! — gritó asomándose á la ventana.

Dos minutos escasos tardó el aprendiz en presentarse, durante los cuales la tía Geta sonrió como diciendo: — ¡Ya veréis, ya veréis qué cosas tan curiosas!

En la fisonomía del niño se leía seriedad y prudencia. En sus ojos limpios y perspicaces se adivinaba la poderosa inteligencia, la fuerza de voluntad incontrastable que le habían valido en el pueblo el apodo de *Salomoncillo*.

— ¿Llamaba usted, señor Alcalde? — dijo quitándose la gorra el muchacho.

— Sí, te llamo. ¿De quién era la carta que has entregado ayer al señor cura?

— Eso no se puede decir, señor Damián.

— ¿Y por qué no?

— Porque á mí no me han dado permiso para decirlo.

— ¿Y si yo te lo mando como Alcalde?

— Si usted me lo manda, le diré que se me ha olvidado.

— Entonces pudiera ser que pagaras la desobediencia en la cárcel.

Quedó el chiquillo silencioso y, por fin, con una serenidad impropia de sus pocos años, contestó fríamente:

— Haga usted lo que quiera.

El Alcalde se puso en pie. Aquella rebeldía le sulfuraba. Iba tal vez á golpear á Nicanor, cuando la tía Geta se interpuso.

— Es una tontería enfadarse — exclamó con su sonrisa aviesa y repulsiva. — Ello no puede ser difícil de acertar. ¿Quién hay en el pueblo que escriba con hermosa letra?

— Sin ir más lejos, el señor maestro — dijo Diego el albéitar.

— Pero el señor maestro no perfuma los sobres ni tiene letra de mujer.

— Lo que me parece imposible — dijo el maestro — es que se haya usted fijado en tantos detalles.

La arpía sonrió de nuevo y con ademán triunfante sacó un sobre del delantal.

— ¿Y esto? — preguntó. — ¿No ven ustedes que es peligroso tener en casa á una loca y que Nila ha tirado á la calle el sobre?

Miró el papel el Alcalde y en seguida, sin vacilación y con cierto asombro, exclamó:

— Es letra de doña Octavia.

— ¿Qué le parece á usted, tío Todo? — preguntó la chismosa volviéndose al dueño de la lonja.

Sonrió el industrial, hizo relampaguear un momento sus ojillos grises y dijo con tono sentencioso:

— Todo es una basura, mayormente.

— Y, aunque fuera de doña Octavia — saltó el herrerillo — ¿qué les importa eso á todos ustedes?

— Cabales — dijo el del canalillo.

— ¿Cómo que no? — vociferó la Geta. — Aquí necesitamos saber si el cura que tiene que darnos ejemplo es una persona decente y si esas forasteras tan empingorotadas son mujeres como Dios manda ó sinvergüenzas que vienen á escandalizar á las gentes de bien.

— Tía Geta — dijo el niño con acento varonil y resuelto. — Usted es una mala persona y una mala lengua. Pero yo, como no he conocido á mi madre, respeto y quiero á todas las mujeres y no me gusta que se las falte.

— ¿Y yo no soy mujer, bribón?

— No; usted no es mujer — contestó el espolique ya sulfurado. — Usted es... una bruja.

¡Dios de Dios! ¿Quién podría describir el arrebato de aquella furia? Lanzóse sobre el chico y las fuerzas unidas de los cuatro hombrones, apenas si bastaban á contenerla.

Pero, de pronto, el Alcalde se puso un dedo en los labios y se hizo un silencio absoluto.

Por la plaza pasaba el cura, grave, cabizbajo, vestido con el mismo traje que llevaba al entrar en el pueblo, y en la mano un libro de oraciones.

Cruzó abstraído y enfiló derecho el camino real. No faltó más para que todos los allí reunidos, recordaran la granja.

— ¿Qué tal? — dijo la tía Geta, guiñando sus ojuelos ribeteados por el alcohol.

El tío Todo rascóse la cabeza, dibujó una sonrisa y contestó con aire doctoral:

— Todo es una basura, mayormente.

— ¡Cabales! — dijo el del canalillo.

VII

EL QUINTO CUARTETO DE MENDELSSOHN

ALLEGRO

¡Oh qué viento; qué viento tan bramador y cálido! En el rostro ofende, hiere, abofetea; en el pecho detiene, sofoca y maltrata. Agosta los brotes jugosos y amarillos, deshace en los cerezos y granados los tiernos pétalos, arrebata las hojas en torbellinos inmensos, gigantescos, rugientes, como las espirales dantescas en que Francesca y Paolo se debaten en una suprema eclosión de amor y de culpa. ¡Oh qué nubes tan cárdenas, tan preñadas de electricidad y granizo! ¡Qué aleteos tan raudos los de los pájaros sorprendidos por el imponente fragor, por el tableteo sordo y prolongado que anuncia el peligro de lo débil, de lo amoroso, de lo tibio, para sepultarlo en torrentes de agua ó de fuego!

Y ¿qué importa? Suena la melodía adentro,

muy adentro. Delicada, serena, dulce, apasionada, sublime, como cuerda que pulsa una mujer; como desgarrado lamento con cadencias de llanto, como queja intensísima que nadie comprende y nadie llora, como místico recitado de un alma cuyas alas se quiebran en su vuelo inefable al espacio infinito.

Allí está: sobre el borde del camino, arrojado en el césped, sin oir la armonía grandiosa de las nubes, sin ver el espectáculo de la tierra llorosa como madre ofendida. Le envuelve el torbellino; le acaricia primero, después le golpea. Nada importa. Sólo escucha el acento melódico de una voz celeste que en cascadas de arpegios, en notas apasionadas y lentas, como caricia blanda, rueda en su oído.

«Soy yo: la mujer; casta como la nieve del Monte Blanco, aérea cual la incierta libélula, fragante como capullo rosáceo y sedoso. Ven: yo quiero besar tus sienes, rodearte de ondulaciones tibias, dejar entre tus labios el néctar que deleita y aturde, desvanece y mata.

¿Creíste que era posible vivir sin mí? Yo soy eterna, indestructible, avasalladora, porque engendro el amor. Y él es el que aletea allá arriba, sobre la tormenta que viene asustando con su majestad á las águilas, y él es el que vibra allá lejos, en la cimera de los copudos robles, en la cúpula de los templos, en la cumbre de la montaña

abrupta, en el rayo impalpable, en la dorada irradiación del sol que se va.

¿No escuchas en esa tierra bella, porque es fecunda, la palpitación de los surcos en cuyo seno la simiente germina? ¿No oyes en escondrijos y madrigueras el ruido de la hembra que se agazapa en busca de sus crías? ¿No oyes entre los árboles, que el viento sacude, algo como rumor de plumas y picoteos? ¿No sientes pasar como proyectiles los insectos rubios como miel encerada ó pardos como fruto de avellano tardío, plegando sobre el coselete sus élitros impregnados de polen? Escucha: es el amor. Es el amor que entona sus himnos, la naturaleza que canta, la vida que exige sus derechos y modula sus frases y gime sus cadencias y te arrastra por siempre á la vibración imponderable y suprema donde todo es éxtasis, melodía y sublimes acordes é interminables notas que ningún acento podrá apagar.»

¡Ah desgraciado César! Su frente se dobla, sus sienes arden con febril golpeteo, su pecho se agita y suspira y solloza, en la tremenda lucha del hombre contra la naturaleza, del átomo miserable contra el Todo.

Y sus labios murmuran una plegaria y su voz, apagada, doliente, quejumbrosa, dice, como una súplica, como una recriminación, como un desgarrador y blando reproche:

— ¡Señor, Señor! ¿Porqué me abandonáis así?

SCHERZO

¡Ah, no! La vida es lucha y combate y vencimiento y desplome. ¿Qué importa al siervo presentar el pecho desnudo á su feroz antagonista? Sobre los escudos resonarán los golpes como estridentes campaneos del templo de la fuerza; en cien haces de chispas chocarán las espadas y bajarán en isócrono martilleo sobre los cascos las ócreas y brazales de bronce. Caerá el luchador, por fin, rendido, doblará la rodilla, mirando como mana en su pecho la sangre celta ó gala, sobre los músculos hendidos; sentirá en sus secas y ardientes fauces el polvo del estadio y tenderá la mano á los lictores para demandar su sonrisa al César. Pero, al cerrar los ojos, oirá el aplauso de las vestales, de los senadores, del pueblo, y en el spoliarium una mano piadosa arrojará sobre su destrozado torso una hoja de amaranto ó laurel.

¡Ay! pero en esta lucha cruenta, fatigosa, del mártir contra el hombre, del espíritu contra la carne, no hay Coloseo. En el silencio, en la soledad, en la sombra han de empuñarse y esgrimirse los glaves, han de apararse los escudos, han de darse y recibirse los golpes. Para el vencedor no habrá palmas ni vítores, sino allá en la región ideal que en la mente dibujan fermatas de luz. Para el vencido no habrá sino la noche, pero la noche sin aurora en que ya nada podrá ser salvo,

en que las águilas del casco saludarán tan sólo con sus roncos graznidos al ángel rebelde.

Llueve. Parece que le abrasan aquellas gruesas gotas que simulan llorar la pérdida irremediable de un edén. No importa. En la mano está el libro. La carne enmudece, el espíritu, desligado de todo lazo terreno, de toda culpable flaqueza, va á hablar.

ADAGIO

¡Señor, nada puede haber sobre ti! Tú eres el camino, la verdad y la vida. Ese trueno lejano es tu voz; es tu intensa mirada ese relámpago deslumbrante que sobre las cimas centellea. Ese rumor que sale de los húmedos surcos, esa palpitación que agita sus entrañas, ese hervor colosal de frondas y de hojas heridas por la lluvia y de tallos que troncha el huracán, es el coro inefable de tus legiones místicas. ¡Señor! Yo seré tuyo, sólo tuyo, porque tú eres quien ha dicho á los hombres: *desligaos de todo lo terreno y acercaos á mí.*

¡Una mujer! No es sino la impresión de tus dedos sobre un trozo de barro deleznable. Al apartar tu mano, su aliento se extingue, su gracia se evapora, su esplendor adorable se seca. Nada queda sino la rigidez de la muerte, la palidez de la flor marchita, el horror inmenso de la nada. ¡Señor, yo seré tuyo!

Habla, Señor, que tu siervo escucha. Vierte en mi pecho el bálsamo que todo lo calma, presta á mi corazón la energía que vive y perdura, el ánimo que no desfallece, la consolación que siempre fortifica. Y yo cogeré mi cruz y habré de seguirte, aunque sólo me alumbren esos fulgores de tormenta que sobre mi cabeza se ciernen y ese fragor que va á aniquilarme.

FINAL

¡Qué horror! Se desgajan las nubes y el cielo se alumbra en relampagueo incesante. Al estampido horrísono de la tempestad los árboles se doblan, las rocas se desploman de sus firmes asientos y la tierra se anega en torrentes.

César huye, huye como un fantasma en la sombra, como en la balada alemana huyen los muertos y olvidados margraves. El trueno estalla nuevamente en formidable tableteo y el cielo se enciende á cada instante en resplandores siniestros, satánicos, como si todo el horizonte fuera un solo destello y la tierra una inmensa hoguera.

Huye, mientras el agua cae sobre él á torrentes y el viento le sofoca y el olor acre de la tormenta le embriaga y aturde con sus sulfúreos y penetrantes efluvios. Allí ha caído un rayo, sobre aquel gigantesco chopo que extiende sus brazos en la sombra como un cíclope herido. Por la sombra

ha cruzado en vertiginosa carrera un bulto informe. Quizá una res aterrorizada, acaso una fiera salvaje, acosada por el estrépito ó el torrente. ¿Qué importa? Fuertes y desvalidos, verdugos y víctimas, son todos iguales, arista impalpable, brizna fragil, átomo intangible ante la cólera eterna que se desata.

Ha llegado el momento de acogerse á un refugio cualquiera. ¡Ah, no es lo más terrible, no, la tormenta! Es aquella lucha interior que arrecia y abrasa aún más que el rayo y aturde aún más que el trueno. Sobre la voz de la tempestad, sobre el estrépito de las exhalaciones, sobre el ruido ensordecedor de la lluvia, se eleva la voz melodiosa y apasionada, aquel canto dulcísimo que sigue diciendo: «¡Ven, no me rechaces; soy el amor!»

¿No ves cómo refulge la centella? Es el beso nupcial de la nube con el horizonte. ¿No escuchas el estallido retumbante del trueno? Es el epitalamio de las energías del éter con las fuerzas secretas del mundo. ¿No ves cómo el agua se despeña á torrentes? Es el nuevo consorcio de los cielos con los abismos. ¡Toda esa fuerza es fecundidad, toda esa lucha es vida, toda esa explosión gigantesca es amor!

Y aun más deprisa huye el infeliz. Pero no puede más: la fatiga le ahoga. Al fulgor del relámpago, ve un jardín, una verja, un ingreso techado.

Allí va á cobijarse, exánime, rendido, sin fuerzas, con el ansia de la paz y el sosiego en el corazón.

Y allí le sorprende el relámpago más fulgurante, el trueno más horrible, como si se hubiera derrumbado todo un mundo en la sombra, ó un ángel poderoso de luz se hubiera desplomado desde el cielo al abismo.

VIII

EL FAUNO

Era algo á modo de un ingreso corintio. Ocho columnas pareadas con el hueco de en medio sólo practicable, mediante el acceso por tres escalones de mármol. Sobre los capiteles de hojas acanteas, un friso labrado y un ático coronado por un escudo de piedra. Todo formaba una estrecha crujía tras la cual aparecía abierta una verja de hierro y en el fondo un inmenso jardín cortado en dos por una larga avenida de tilos. Tenía aquello, más que de granja, aspecto de mansión señorial, de verjel hecho para ser habitado por hombres afeminados como los de las églogas de Florián, ó sencillos como los de la Arcadia de Pausanias.

Entró César y apoyóse en la verja. Su frente ardía, al par que temblaba su cuerpo vigoroso empapado por la humedad. Absorto é inmóvil permaneció así mucho tiempo; ¿cuánto? No podría

decirlo. Es el tiempo acaso tan sólo el orden de las sensaciones y él no sentía entonces la menor impresión; padecía una especie de colapso en que no podía percibir ni siquiera la armonía sublime del silencio. Así tampoco advirtió como, poco á poco, fué cesando la lluvia y las nubes deshechas en pardos jirones, se fueron agolpando hacia el Oeste para formar allí un manto cárdeno. No pudo ver cómo la luna casi en su plenitud bañó en luz todo aquel panorama. La vida es movimiento y, cuando éste cesa, la función cerebral se suspende. Entonces el universo es sólo un punto, como debe serlo para la ostra agarrada á la roca cubierta de líquenes.

Como siempre que en pleno estío y en abierta campiña cesa de noche la tormenta, un vaho de tierra impregnada en aromas, en húmedos gérmenes, en imponderable fecundidad se extendía por el dilatado recinto. En aquel olor á tierra mojada, en aquellos boscajes á medias alumbrados por un reflejo pálido, y que parecían más gigantescos, más exuberantes, destilando las gotas de lluvia como diamantes transparentes sobre los prados de jazmines y de dondiegos, en el cielo cubierto en parte de nubarrones y á trechos esmaltado de constelaciones fulgurantes; en todos aquellos constrastes de luz y de sombras, de reposo y de vida, de tormenta y de calma, de sombras que se extienden en las frondas secretas y fulgores

que se dilatan por los paseos enarenados, como estelas de una nave fantástica; en todo el misterio de la noche en que parecía la naturaleza aromatizada dilatarse y hacer eclosión, había algo de solemne y nupcial. César sintió por fin la intensidad de los ruidos minúsculos, de los rumores imperceptibles, de los perfumes ligerísimos, de los haces de luz más tenues, de los leves chasquidos, de los brotes como beso amoroso en los desposorios eternos de la tierra y los astros en el seno de la noche nupcial.

Levantóse y entró en el jardín.

Pero pronto quedó sobrecogido como el viejo cura de Maupassant, cual si hubiera penetrado en un mundo en que no tenía derecho á fijar su planta. Sí. Era un mundo demasiado gentílico, era el alcázar de Eros. La noche, el bosque, el perfume, el vaho de tierra mojada formaban un conjunto demasiado espléndido y demasiado humano. Todo allí clamaba al amor, y sobre aquella senda que se extendía bajo los tilos á la luz de la luna como cinta de plata, sólo faltaban los personajes del perdurable dúo. Romeo interrogando el canto de la alondra, Gretchen deshojando los blancos pétalos, acaso Mefistófeles, el diablo moderno con su sonrisa escéptica, asomando bajo su rojo disfraz de caballero la horrible pezuña con que aplasta la ciencia wolfiana.

Sentóse sobre un banco. En frente, en medio

de una plazoleta bañada en luz, estaba una fuente y en medio parecía saltar un fauno desnudo, hollando con un pie un odre henchido y sacudiendo el otro en grotesca danza. Parecía escucharse la flauta de la airosa figura, en arpegios fantásticos, como se escuchaba el rumor de las hojas, columpiadas por las postreras ráfagas de la tormenta que sonaba muy lejos, como una imprecación ó una triste salmodia del coro antiguo.

Y así, absorto, petrificado, suspenso, no vió acercarse una hermosa y aérea figura por el ancho sendero, ni se dió cuenta de su presencia, ni contempló su faz angustiada, su expresión dolorida, su ademán suplicante, hasta que pronunció, dulce y tristemente, esta sola palabra:

— ¡César!

¡Ella! La tormenta se la arrojaba allí, en medio de aquel perdido edén, á la claridad de la noche, como suele arrojar en el granizo mil extraños seres microscópicos. Ó tal vez habría surgido allí mismo, á misteriosa evocación satánica, como aparece una flor en un surco pasada la lluvia, sin que nadie la siembre, sin que se sepa cuándo, en qué hora, ni en qué minuto abrió su capullo y dilató su cáliz para recibir el contacto de las auras nocturnas en la total renovación de la naturaleza madre.

— ¡César! — repitió la aparición. Y, en la penumbra, pareció tenderle los brazos.

¡Maldición! Era ella. Sus labios bermejos parecían entreabrirse pidiendo un ósculo. Sus ojos, negros, rasgados, enormes, húmedos por el llanto, encendidos por la pasión, semejaban carbunclos; sus cabellos negros, abundosos, arrollados en ondas y bucles y cascadas de lustroso ébano, bajaban arrollados sobre las sienes y la garganta demandando caricias. Era alta como Ruth, flexible y delicada como Rebeca. El infierno se la traía y él se hallaba sin fuerzas para resistir al infierno.

— ¡César! — repitió Octavia. — ¿Por qué vienes?

Irguióse el infeliz, pálido, demudado, perdida la razón, como el gladiador puede alzarse, después de sentir hendirse sobre su frente el casco.

— ¡No! ¡Mientes! — balbució. — No soy yo quien aquí ha venido. ¡Ha sido la tormenta que allá á lo lejos aún tabletea! Han sido esas nubes negras que se atropellan, esa lluvia que llora en las ramas, ese fragor que aun siento bajo mis pies. No he sido yo quien te ha buscado, sino mi culpa que hace regocijarse á Satán. Y aquí estoy, yo no sé si á matarte ó á besarte en la boca, á salvarte ó morir contigo, á elevarte á donde todo se purifica, ó á arrastrarte conmigo para siempre á la región donde siempre se sufre y no se perdona!

— ¡Vete, por Dios, vete! — gimió la desdichada.

— ¡Sí me marcharé! —rugió César enloquecido.

— Pero ¿cuándo? Cuando se agite la primer sombra ó cuando se escuche el primer trino? ¿Cuando te haya contado todo lo que he sufrido por ti ó cuando haya enmudecido por siempre y no encuentre palabra para poder orar? ¿Cuando me haya arrojado á tus brazos culpables como fiera sedienta ó cuando te haya sofocado en los míos para devolver al infierno su presa y cumplir mi venganza?

— ¿Tú no sabes que he esperado tu regreso — dijo Octavia con acento amarguísimo, — como se espera en la vida una sola vez; que he pasado las noches en vela y los días abrasada de fiebre, esperando encontrarte de nuevo, no para que me quisieras, no ya para que me perdonaras, sino para recibir como un bien de tus manos la muerte? Ya no puedo ser tuya, César. Prefiero cien mil veces ser aniquilada. Soy honrada, soy buena, he dado mi mano á otro ser cariñoso; antes que sucumbir, moriré cien veces. Mátame si es tu gusto.

— ¿Y por qué he de matarte? — interrumpió delirante César. — Yo no quiero que mueras, sino que vivas para siempre. Yo no quiero que me ames aquí abajo, sino que seas mía donde nada se acaba y todo es eterno. ¿Lo oyes? dijo sacudiéndola de la mano. Quiero que me ames á mí solo allá arriba. ¿Lo oyes? ¡Allí! Mucho más allá de la luna, mu-

cho más allá de los soles y de los mundos. — Y señalaba con su mano convulsa el cielo fulgurante. — Y si tú lo impidieras, si te cruzaras en mi camino, si pretendieras volverme débil, te rechazaría, como se rechaza á un animal dañino con el pie!

Octavia temblaba.

— Pero antes — siguió el mísero — quisiera que durara un siglo esta noche, para decirte cuánto te aborrezco y te quiero, te adoro y te maldigo. Para recordarte las horas felices y las amargas, para contemplar en tu cara mis deseos marchitos y en tus ojos mis ilusiones olvidadas. Y quisiera mirarte y mirarte más y nunca separar de tu cara mis ojos. ¡No, la noche no puede acabarse sin que yo me resarza de diez años de lágrimas y de rugidos y de sollozos! ¡Ven, mujer miserable, ven, no te apartes, que te quiero mirar más aún!

La sujetaba de las muñecas y la miraba ávidamente á la faz hermosa, como un alienado, como un triste en el vértigo mira al abismo.

La noche era cada vez más serena, sus perfumes más penetrantes, su rumor más solemne, su grave majestad más augusta. El surtidor seguía fraseando su ritmo argénteo sobre la taza de la fuente y encima de sus ondas danzaba el fauno.

Por instinto, por impulso inconsciente, comenzaron á caminar por el sendero luminoso. Ella, sin fuerzas, dolorida, apoyóse sobre él y comenzó la

marcha, silenciosa, pausada, á la luz de la luna, entre los árboles gigantescos, más allá de los cuales era absoluta la obscuridad.

—¡No, nunca te amaré! — murmuró Octavia.

—¡Ni yo á ti! — balbució el desgraciado.

Siguieron su camino. A lo lejos se escuchó el canto melodioso de un pájaro. Fueron sólo dos notas delicadas, seguidas de algo cadencioso y dulcísimo, como un tema de amor.

Se detuvieron. Allí estaba la granja, cerrada, silenciosa. Todo el mundo dormía.

Siguieron otro más angosto sendero. Las sombras de las hojas fingían en el suelo mariposeos y se espesaban cada vez más.

—Nos separaremos ya para siempre — dijo ella.

—¡Para siempre! — sollozó él.

Otra vez el viento movía las frondas; nuevamente el pájaro preludiaba su trino, volvía á enviar sus efluvios, impregnados de aromas, la tierra madre.

Se miraron: los ojos fulguraban, las bocas se entreabrían. La atracción era irresistible... y se besaron.

Se besaron con un beso ardiente, interminable, satánico, doloroso, en fuerza de ser carnal.

Y entonces la luna se ocultó en las entrañas de una nube y el ramaje agitó sus frondas y sobre el

más elevado almez, hizo vibrar el ruiseñor el espacio con sus notas dulcísimas, como si, por un rayo de luna, hubiera descendido de lo alto un arpegio, ó sobre las rocas de la fuente el fauno de bronce tañera su flauta.

IX

DE ENRIQUE Á OCTAVIA

« Pasado mañana llego.

No salgas á esperarme, pues aún no sé á qué hora habré terminado la liquidación con el Banco y podré partir.

Tomaré un caballo en Hontanera.

Te abraza apasionadamente

ENRIQUE. »

||||||||||||||||

X

MIENTRAS SE RIEGAN LAS PATATAS

Por füerza debía ser de gran interés el asunto, porque Nicasio había dejado el azadón, y el agua, después de inundar las regueras, desbordaba en el patatar formando pequeñas lagunas. Limpiábase el gañán el sudor con el reverso de la mano y, al hacerlo, se alzaba su blusa corta de cuadros azules y negros, adornada con cintas, dejando al descubierto una larga faja, que, á juzgar por el bulto, debía servirle de faltriquera, alacena, archivo y arsenal.

En cuanto á la tía Geta, no hay sino decir que se había sentado junto á una frondosa planta de alubias, sin parar mientes en que el sol caía sobre ella á plomo con una fuerza capaz de derretir un cerebro menos fuerte y pesado que el suyo.

— Yo lo que le digo á usted, tía Geta, es que

ese hombre es un santo — dijo por fin el del canalillo.

— Ante todo, no me llames tía Geta, ¿sabes? — saltó la buena mujer. — Salustiana Vilches me llamo, á Dios gracias, y no hay por qué andarse con apodos.

— Dispense usted, tía Geta.

— ¡Y dale!

— ¡Si es que todo el mundo la llama á usted así! ¿Qué culpa tengo yo de que nadie se acuerde de su nombre de pila?

— Porque todo el mundo — saltó la arpía — está contra mí en Torreparda. Pero algún día puede ser que la geta le salga á alguno de un guantazo; que, aunque mujer, sé tenérmelas tiesas con el más pintado.

— Bueno; pues mire usted, señora... ¿cómo ha dicho?

— Salustiana.

— Cabales. Pues oiga usted, señora Salustiana: eso de que el cura es un santo se sabe ya en diez leguas á la redonda.

— ¡Buen santo te dé Dios!

— No, no crea usted que es mentira. El sacristán podrá ser una acémila, pero lo que es como mentir, no miente.

— ¿Y qué dice ese chupacirios?

— Que el cura no sale más que de la iglesia á su casa y de su casa á la iglesia; que no habla una

palabra con nadie más que con él y Nila, y que ¡vamos! que hace unas cosas que, á no ser santo, no hay quien sea capaz de hacerlas.

—¡Tá, tá, tá!

—No; si no es tá tá. En primer lugar, don César ayuna todos los días. Y no es el suyo un ayuno cualquiera como el del Alcalde, que cuando dice que ayuna, se come una fanega de garbanzos. Por la mañana, un vaso de leche; al mediodía, unas sopas de ajo; por la noche, chocolate sorbido y en paz.

—Se va á quedar bonito.

—¡Como que ya se le conoce en la cara la vida que lleva! Aquellos ojos que tenía tan negros y grandes, que parecía que se lo iban á comer á uno, los tiene ahora metidos en el cogote. Y, además, se ha puesto muy amarillo y muy seco. En fin, que se ha desmejorado una barbaridad.

—También puede ser —dijo la tía Geta— que haya perdido el apetito y no pueda comer más que golosinas.

—¿Y de lo otro, qué me dice usted?—interrogó Nicasio.

—¿Qué es lo otro?

—¿Lo de dormir sin desnudarse sobre un tablado que da compasión? Hará ocho días, dos después del de la tormenta, que fué descalzo de pie y pierna hasta Hontanera, más de tres leguas, y volvió lo mismo. Es decir, lo mismo no, porque



traía los pies igual que si se los hubieran desollado. Y venía rezando y ni se enteró siquiera de que le miraba medio pueblo al entrar en su casa. Luego Nila comenzó á gritar que llamaran al cirujano, que su amo había perdido el sentido, y como aquí no hay más cirujano que Diego el albéitar, pues fué y le puso unos paños de sal y vinagre que debieron encenderle como lumbre.

— ¡Qué bárbaro! Eso debe ser una penitencia, y yo te digo que el que no peca no tiene por qué arrepentirse.

— Eso no — saltó el del canalillo, — que usted bien mala fama tiene en el pueblo, y si va descalza alguna vez es por no ponerse los zapatos, pero no porque se lastime los pies, que los tiene bien duros.

— ¡Y si te doy con uno vas á ver si están duros, insolente!

— No se enfade usted y oiga, tía Geta.

— ¿Otra vez?

— Bueno, tía Salustiana. Lo más bueno fué que, al desnudar á don César para acostarle, le encontraron en la cintura una cosa así como una cuerda con pinchos que le había puesto el cuerpo hecho una compasión.

— Sería un cilicio.

— ¿Un qué?

— Un cilicio. Dice el maestro que eso se lo ponían por penitencia muchos santos.

— ¿Lo ve usted?

— Sí: veo que eres un tonto como la rueda de un molino.

— ¿Por qué, tía Geta, digo, señora Salustiana?

— Porque crees que el mundo está lleno de santos, y esos santos comen y beben y descansan, mientras que tú trabajas como una bestia destripando terrones y quemándote los cascos al sol. Trabaja que trabaja días y días y nunca tienes una peseta para comprarle una cajetilla al tío Todo.

— También es verdad.

— ¡Si yo fuera hombre...! — gruñó la Salustiana.

— ¿Qué haría usted? — preguntó el gañán.

— ¿Qué haría? Pues salir un día al camino, y cuando pasara un ricacho de esos que nos miran á los pobres por encima del hombro, hacer que me entregara unos cuantos miles para poder divertirme yo también.

— ¡Claro! Y le ahorcarían á usted.

— ¿Ahorcarme? No iba á ser para tanto. No iba á matar á nadie. Me contentaría con amenazar para que me dieran el dinero.

— ¡Cabales! — dijo el del canalillo. — Pero como hay presidios...

— Sí, para los tontos — interrumpió la bruja. — Lo primero que pasa es que en el pueblo no hay guardia civil.

— Pero la persona á quien se diera el susto conocería al ladrón, daría parte al día siguiente y á las dos horas estaba uno camino de Hontanera atado codo con codo.

— No seas animal, Nicasio. Si el que venía era un forastero y se le sorprendía de noche, y si además el que lo hiciera llevaba la cara tiznada y en bandolera cuatro trapos, ¿quién le iba á conocer?

— ¡Pues es verdad! — saltó Nicasio.

— Y además — siguió la serpiente, — en este mundo es necesario arriesgarse para ser algo. A menos que no quiera uno vivir siempre á rastras y morirse un día de hambre en la carretera, como, tarde ó temprano, te sucederá á ti.

Nicasio quedó pensativo. Pero en su ceño fruncido, en la contracción de los músculos de su fisonomía, curtida por los vientos y la solana, en su mirada vaga y torva, se adivinaba que en su cerebro inculto se libraba una lucha sorda y violenta.

El sol abrasaba. Debía ser el mediodía. A pesar de seguir el agua corriendo en las caceras, la tierra ávida la absorbía con sus pardas entrañas sedientas.

De pronto Nicasio dióse una palmada en la frente y dijo como si se le hubiera ocurrido algo en que no hubiera pensado hasta aquel mismo momento:

— ¡Qué tontos somos! ¡No parece sino que todos los días pasan viajantes con dinero por los caminos de Torreparda!

Sonrió la tía Geta, dejando ver dos horribles encías casi despobladas y, bajando la voz cuanto pudo, dijo al del canalillo:

— Todos los días no. Eso ya lo conozco sin que tú me lo digas. Pero yo sé que muy pronto ha de pasar uno.

— ¿Usted?

— Yo. ¿No sabes que tengo el sobrino cartero? ¿No sabes que para en mi casa? ¿No te acuerdas de que cuando viene muy tarde de Hontanera no reparte hasta el día siguiente?

Nicasio parecía embobado.

— ¡Un forastero! — dijo por fin.

— Y muy rico — saltó la vieja. — Un forastero que ha cobrado en el Banco y que traerá buena cartera y buen cinto.

El gañán se limpió otra vez el sudor.

— Usted quiere perderme, tía Geta — dijo.

— Yo quiero decirte lo que hay y luego tú haces lo que te parezca — contestó Salustiana.

— Pero el presidio...

— Del presidio se sale y de la sepultura no. Y lo que tú estás cavando todos los días es tu misma sepultura, só tonto!

— ¡Por vida de...!

— Y además, á presidio sólo van los que no saben hacer las cosas, no los que las calculan despacio antes de hacerlas.

— Oiga usted, señora Salustiana — dijo por fin

Nicasio. — Tenemos que hablar muy despacio. Pero no aquí, porque los matorrales oyen y me parece que hemos hablado demasiado.

— Vamos á donde quieras.

Recogió Nicasio el azadón, echósele al hombro y salió del patatar á la carretera seguido de su ángel malo.

Este le siguió, anudándose el pañizuelo á la barba.

Anduvieron poco más de un kilómetro sin cruzar una sola palabra, sin cambiar una mirada siquiera. Por fin entraron en la calle Real.

En la puerta del tenderete estaba leyendo el tío Todo.

— ¡Hola, señor Joaquín! — dijo adelantándose Salustiana. — Échenos usted dos copas de aguardiente.

— No quiero aguardiente — dijo con el ceño fruncido Nicasio.

— Pues déle usted vino blanco. ¿Qué le parece á usted, tío Todo, tienen ó no tienen razón las malas lenguas?

— Todo es una basura, mayormente— contestó el industrial.

— Cabales — dijo el del canalillo.

IIIIIIIIIIIIIIII

XI

CONVERSACIÓN DE UN PENITENTE, UN NIÑO Y UN LOCO

No. Ya no era amor lo que César sentía. Era horror de sí mismo, aborrecimiento á toda mujer; afán insaciable de lo eterno. Su culpa le parecía abominable; hubiera querido despojarse de la carne que le cubría para convertirse en algo inmaterial, puro, incapaz de mancharse al contacto de las cosas terrenas. Era un verdadero delirio el que sentía, que hacía tomar plasticidad á todas las entelequias y atracciones; una sed rabiosa de virtud sin esperanza de recompensa; anhelaba ser perfecto, por serlo; *virtutis præmium, est ipsa virtus*. En esta máxima de Zenón estaba compendiada su extraña moral.

El ayuno, la mortificación, habían dejado en su cara huellas muy hondas; en los músculos de su fisonomía se veían esas depresiones violentas que

señalan la perturbación funcional de los grandes órganos, quizá la lesión que nunca se cura. El infeliz asceta nada sentía, sino el pesar intensísimo, la insoportable agonía de vivir.

Todas las tardes bajaba á la huerta y allí, como si estuviera en el yermo, cubierto con una estameña rojiza, tomaba en sus nervudas manos un pico y cavaba, cavaba sin cesar, removía la tierra seca y estéril, como si quisiera buscar en sus entrañas el misterio insondable de la creación, misterio que, una vez entrevisto, atormenta cual el tesoro de los Niebelungos.

Rendido, extenuado, sentóse aquella tarde en la tierra removida por él. Iba á hacerse de noche y el cielo tomaba tintes extraños. ¡Morir! Era su única aspiración. Pero ¿cuándo? Y, después de la muerte ¿seguiría sintiendo las mismas ansias? ¿No sería la muerte el sueño de Hamlet? Porque él ya no quería salvarse para amar, sino para vivir sin sexo, para elevarse sobre toda determinación y no sentir aquella sangre que le abrasaba ni aquel hervor de vida que le parecía la suprema y despreciable culpa.

Y entonces fué cuando apareció Nila: alta, pálida, con su mirada vaga y su vestido negro sobre el cual se desparramaban los cabellos en revueltos mechones. Y no venía sola, sino que la acompañaba Benita, la pequeña de Juanillo el herrero. ¿Cómo había venido? Como llegan los

pájaros: corriendo, aleteando, cayendo y estallando en palmoteos y risas. Muchas tardes aparecía allí sin saber por qué y desaparecía sin saber cómo. La herrería estaba muy cerca y la niña entraba en la huerta á comer fresas é higos que le daba la loca y á rodar por el suelo con todo el candor y la ingenuidad adorable de sus tres años.

Y aquellos tres seres ingenuos no se saludaban siquiera, pero se veían y hablaban solos en alta voz. Los tres vivían sin fijarse en lo que les rodeaba, absortos en sus ideas ó instintos. El asceta, la niña y la loca, expresaban sus pensamientos incoherentes á borbotones y, á lo mejor, se separaban, como si no existieran los unos para los otros. Y se iban acostumbrando á aquella sociedad tan extraña, tan nueva, tan desprovista de razón que, por eso mismo, se les antojaba tan propia de sus naturalezas salvajes.

Oigamos.

La loca. Anochece. Pronto cantará el cárabo. Arriba, muy arriba, en aquella nube morada; allí está y parece que abre las alas negras.

La niña. ¿Dónde está el pipi?

El penitente. Todo está en todo. Lo que vemos son nuestras propias ideas, lo que el afán nos pinta, lo que nuestra pasión nos finge. ¡Ay, qué somos pequeños!

La niña. Yo no *sono peteña*. Yo *sono gane*.

La loca. Es grande. Todos los niños son muy grandes. ¿No sabe, señor?

El penitente. No lo sé... Déjame, chiquilla.

La niña. No *tero*. Dí que *sono gane*.

El penitente. Sí: eres grande; porque eres el pecado en promesa. Eres la mujer.

La niña. *¡Sono gane!*

La loca. ¡Es más grande el pájaro nocturno que canta á lo lejos! ¡Es más grande el gemido de aquel niño que nadie ve y llora en la Zanja!

El penitente. Ninguno es grande sino Dios, que permite la culpa y da el remordimiento. ¡Señor, Señor! ¡Feliz quien alcanza vuestra divina misericordia! *(Se postra).*

La niña *(á la loca). ¿Po té se adodilla?*

La loca. Porque reza á Dios. ¿No sabes quién es Dios?

La niña. No *sepo*.

El penitente. Dios es El que es.

La niña *(comiéndose un higo).* ¿Y qué *tere?*

El penitente. Que seamos castos.

La loca. ¡No! Quiere que tengamos hijos y no los abandonemos.

El penitente. Locura es querer á lo que muere tan presto; vanidad amar lo que tan pronto se pasa. Solamente el espíritu es inmortal; la miserable carne es polvo. Yo quiero desligarme de esta vestidura perecedera, que sólo es podredumbre. ¡Yo quiero tu gloria, Señor!

La loca. ¡Yo quiero encontrar á mi hijo; ser madre y mujer! ¡Yo quiero que el pájaro no cante y el niño no llore!

La niña. ¡Yo *tero* fresas!

El penitente. Frente al espíritu la carne. Sobre ambas la vida. ¿Será la vida el supremo culto?

La loca. Viva y calle.

El penitente. Tú tienes padre y ese hombre pobre, humillado por todos, es feliz. ¿Qué hace tu padre?

La niña. Trabaja.

El penitente. ¡Ah, sí! Trabajar para agotar el cerebro y rendir el músculo, y acallar la carne que grita y vencer al demonio que ruge. *(Toma el pico.)* Yo también quiero trabajar hasta desfallecer. *(Cava la tierra.)* Sí: trabajar para aniquilar el miserable cuerpo.

La loca. No sirve cavar si no se siembra. El trabajo sólo es bueno cuando produce.

El penitente. *(Tira el pico.)* Es verdad. El mío es infecundo. ¡La infecundidad siempre!

La loca. Ha cerrado la noche. Las estrellas parecen ojos llorosos que parpadean. ¡Qué grande es el cielo! ¿Estará mi hijo allí?

El penitente. Allí está: porque aquella es la alfombra luminosa del Eterno.

La niña. ¡Mira, mira, humo! ¿Qué es?

El penitente. Es una nebulosa. Es un río de

mundos creados con un soplo del que todo lo puede.

LA LOCA. Es jugo del pecho de una madre.

EL PENITENTE. Sobre ese polvo argénteo se ciernen los ángeles.

LA NIÑA. ¡Yo *tero uno ange!*

LA LOCA. ¿Para qué?

LA NIÑA. Para ser su mamá y *dále* tetita.

EL PENITENTE. ¡El instinto siempre! Y yo mismo, miserable de mí, ¿no le siento acaso arder en mis venas? ¿Experimentaron los solitarios todas estas angustias? ¿Habré equivocado el camino y serán cien veces mejores que yo esos hombres que no analizan, ni inquieren, pero viven y crean? ¿Irán más acertados los miserables que ni siquiera rezan y no ven más fulgor que el de la chispa que salta en el yunque? Niña, ven. Ven aquí y dime: ¿tu madre es buena ó mala?

LA NIÑA. *Mena.*

EL PENITENTE. ¿Y tu padre?

LA NIÑA. *Meno.*

EL PENITENTE. ¿Y yo?

LA NIÑA CONFUSA. No *sabo.*

LA LOCA. Yo soy mala; muy mala. Y tengo miedo de esta noche tan grande. ¡Ya le oigo llorar! Adiós, adiós. ¡Me llama! *(Huye.)*

LA NIÑA. *Yébame á tasa.*

EL PENITENTE. ¿Qué te lleve á casa? ¿también tú tienes miedo, Benita?

LA NIÑA. Sí. *Teno medo.*

EL PENITENTE. ¿Miedo de qué? Tú no puedes tener miedo de nada. Ni de la Naturaleza que te sonríe, ni de los hombres que te acarician, ni de las brisas que orean tu cándida frente, ni siquiera de tu conciencia que aun duerme sin lanzar su primer vagido. ¿De qué tienes miedo, tú, corazón?

LA NIÑA. De que no veo.

EL PENITENTE. Es cierto: todo lo temeroso se envuelve en sombras, desde la víbora hasta la culpa. A todo delito precede una noche cuyo crepúsculo está en los montes ó en la conciencia del criminal.

NICANOR *(entrando en el cercado)*. ¡Benita! ¿Estás ahí?

BENITA *(corriendo á sus brazos)*. ¡Sí, Tanor!

CÉSAR. ¿Qué ocurre?

NICANOR. Señor cura; vístase usted ahora mismo. Un hombre ha sido herido gravemente en la carretera y quiere que le oiga usted en confesión antes de morir.

IIIIIIIIIIIIIIII

XII

LA FUENTE QUE HABLA Y EL PÁJARO QUE CANTA

Es el camino que une el lugar de Torreparda con la más rica y poblada villa de Hontanera y la más cercana estación del ferrocarril, no un arenal blancuzco y polvoriento como suelen serlo las carreteras de Castilla, sino un verdadero paseo de álamos, encinas, robles y olivos. Desde la estación hasta más allá del noveno kilómetro, los olivares y las viñas se extienden á ambos lados del camino en todo el espacio á que la vista puede alcanzar. Después, y durante los otros siete que faltan para llegar á la aldea, la proximidad del río bordeado de grandes alamedas y la contigüidad de espesos y bien poblados montes, expropiados á ambos ayuntamientos con la oportunidad necesaria á librarles de su furor devastador y vandálico, hacen que la jornada parezca corta á los viajeros

más fatigados, aun en los más calurosos días de la canícula.

De noche, el espectáculo es imponente y agradabilísimo, cual lo es el de toda floresta exuberante. Como la vista no puede apreciar bien las distancias, parecen los objetos mucho mayores de lo que son en realidad. Así un insecto que pasa á un palmo de nuestros ojos, puede parecernos un águila que cruza las lejanías. Un árbol, por pequeño que sea, se nos antoja siempre un leviatán de hojarasca. Así se explica, con otras causas, el terror que inspira la obscuridad casi absoluta en que no discernimos colores ni términos, sino sólo siluetas y formas sin relieve, como las visiones de Fra Angélico y Dominiquino. Un espíritu observador y sereno, goza sin embargo una porción de sensaciones intensas en esa penumbra que no podrían seguramente ser provocadas en pleno día y á la diáfana claridad del sol.

Enrique había bajado del tren correo, en Hontanera, cuando el sol declinaba. Cruzó breves palabras con el mocetón que le esperaba sujetando á un caballo fuerte y vigoroso de la rienda y, en seguida, con una agilidad que no se hubiera esperado de su cuerpo fino y nervioso, saltó sobre la silla. Luego sacó de la cartera el talón de equipaje y se lo entregó al asombrado gañán.

— Toma — le dijo. — Cuidarás de recoger la maleta y de buscar una caballería para ir con ella

mañana á Torreparda. Esta noche la pasas aquí. Yo voy á ver si consigo llegar á casa de día aún.

— ¿No quiere usted que le acompañe? — interrogó el labriego.

— ¿Cómo has de acompañarme si no has traído más que un caballo? La maleta es pesada y, además, viniendo tú á pie, tardaríamos en llegar al pueblo más de tres horas y son las seis.

— ¿Y si tuviera usted en el camino un mal encuentro?

— ¡Bah! — dijo flemáticamente Enrique. — Aquí sois todos muy buena gente y, además — prosiguió con tranquila sonrisa — tengo previsto el caso. Si alguien tuviera el capricho de detenerme...

— ¿Qué haría usted?

— Le colocaría bonitamente una bala en la cara — contestó el caballero.

El mozo comprendió que era capaz de hacerlo. Tienen las gentes del campo un buen golpe de vista para conocer, desde luego, si no las inteligencias, las energías. Un sabio, un filósofo, un hombre de ciencia puede perfectamente no ser reconocido, ni menos admirado en una muchedumbre de labriegos. Un hombre de voluntad enérgica no; porque para luchar con la naturaleza no es lo primero pensar, sino querer. Era Enrique un hombre de cuarenta y tres años, ágil, sereno, y bajo sus amarillos guantes de gamuza,

se adivinaba la musculosa mano acostumbrada á todos los deportes. Retorció su bigote rubio y sedoso, inclinóse para examinar los remos del animal y luego, saludando al labriego, hizo arrancar bruscamente al caballo, con una sola presión de sus piernas nerviosas. Para él parecían innecesarias las riendas, como buen jinete de la escuela francesa de Bossuet.

Era á caballo una gallarda y esbelta figura. Correctísimamente vestido á la inglesa, con su traje gris, sus polainas de cuero y su gorra flexible, cabalgaba al galope como pudiera hacerlo por la Casa de Campo, el Bosque de Bolonia ó Hyde Park. Era un hombre destinado verdaderamente á brillar en las grandes capitales y los aristocráticos círculos. Y, sin embargo, había algo en su fisonomía que no era agradable del todo y ese algo era un sello de frialdad y dureza que suele encontrarse en los hombres que no tienen hijos, siendo su compañera fecunda. Además, en su fruncimiento de cejas había algo sombrío, como el recuerdo penoso de un gran dolor ó de un gran delito.

Se contaban de él verdaderas extravagancias que pintaban su serenidad sorprendente y su carácter inflexible. Una vez se arrojó desde lo alto del puente de Londres por salvar á su *fox-terrier* que se ahogaba. Cuando lo consiguió, con grave riesgo de su propia vida, salió á la orilla y, regalando el animal al primer curioso que halló á su lado, le dijo con la serenidad más completa:

— *Take, Sir. He begins to grow old.* (Tómele usted. Principia á hacerse demasiado viejo).

Otra vez recibió al salir del Casino una bofetada. Retó al ofensor y éste negóse á acudir *al terreno*. Al cabo de tres años, cuando ya nadie se acordaba de tal suceso, se dijo que ambos habían pasado juntos tres días en un monte de la propiedad de Enrique. Cuando apareció su enemigo, llevaba en el cuello un horrible tatuaje; un infamante letrero que recordaba el lema de la casa italiana de Montresor: *Nemo me impune laccesit.*

Tal era el hombre que había dado su mano y su nombre á Octavia. Tal era el enemigo con quien tendría que habérselas César, si su prudencia ó su virtud no eran suficientes á sostenerle en el peligroso borde del abismo abierto á sus pies.

En menos de hora y media recorrió más de trece kilómetros. Y los recorrió sin perder su apostura, su aplomo sobre la silla, alzando á compás el cuerpo sobre los estribos, lo mismo que si se hubiera encontrado en Thiergarten ante una cohorte de Duquesas y Margraves. Entonces fué cuando se hizo de noche y cuando Enrique, sintiendo sed, descendió del caballo para aplacarla en una fuente cercana al camino.

Estaba la fuente en una especie de cueva, á la cual había que descender por una angosta escalera de granito. Ató el viajero el caballo á un árbol por la rienda, bajó al manantial, sacó del bolsillo

un vaso de cuero y aplacó su sed con verdadera delicia.

Al inclinarse le pareció ver algo escrito en la pared. La curiosidad le punzó y encendió un fósforo. En seguida pudo ver en la piedra trazadas con lápiz estas palabras:

Wie wird das euden, Octavia! (¡En qué terminará todo esto, Octavia!)

Apagó Enrique la luz, quedó un momento pensativo y luego dijo lacónica y fríamente:

— ¡Hola, hola!

Estaba en plena obscuridad; solamente arriba, en la entrada de la cueva, se dibujaba un semicírculo de claridad confusa. El agua seguía cayendo y su sonido cristalino y monótono parecía un leve susurro, como misteriosa conversación de viejas devotas.

Permaneció inmóvil. ¿Qué quería decir aquella inscripción? El hecho de haberse escrito en alemán revelaba en su autor una cultura poco común en semejantes parajes. El nombre de Octavia no podía ser allí muy vulgar. Se trataba indudablemente de ella, de su mujer. Pero quien así expresaba sus dudas ¿estaba ó no con ella de acuerdo? Entonces hizo un examen rapidísimo del carácter de Octavia, de sus costumbres, de su comportamiento y nada encontró de reprochable. Sin embargo, aquella pregunta: *¿en qué acabará esto?* implicaba un comienzo de algo y ese algo era lo que había que averiguar.

Enrique solo tenía una pasión: el orgullo. La idea de que su nombre pudiera ser objeto de menosprecio, le hizo estremecer.

— ¡Bah! — dijo por fin. — Pronto saldré de dudas.

Y quiso salir. Pero el ruido del agua le detenía. Parecía que alguien cuchicheaba en voz baja, y en aquel cuchicheo creía encontrar burlas sangrientas, feroces mordeduras, risas apagadas que cubrían su nombre de oprobio.

Y aplicó el oído. Le aplicó como si quisiera entender aquel misterioso lenguaje, descifrar aquel blando susurro que vertía su linfa en el recipiente, como vierte el calumniador su hiel en el oído.

— ¿Será culpable Octavia? — se decía.

Y el agua con su leve susurro parecía contestarle quedo, muy quedo:

— ¡Chiss, chiss, sí es, sí es!

La noche había cerrado por completo. Afuera se sentía piafar al caballo y golpear el suelo con sus cascos. Enrique pareció despertar de un sueño.

— Adelante — se dijo.

Salió y desató al alazán. Pero, como si el ansia misma de llegar le robara energías, en vez de montar á caballo, comenzó á caminar á pie, sujetando al animal de la rienda.

La noche era obscura en aquellos parajes sombreados por ejércitos de árboles gigantescos y espesos matorrales. Le pareció oir á su lado rumor

de hojarasca. Se detuvo é, instintivamente, echó mano al cinto.

— ¿Habré hecho mal en venir solo? — se preguntó por primera vez.

Continuó su camino y volvió á escucharse un ruido extraño en la fronda. Había alguien allí y alguien que se ocultaba.

Sacó del cinto un bruñido revólver y se detuvo.

— ¿Quién va? — dijo en voz alta.

Nadie le contestó. Pero volvió á sentirse ruido en los ramajes.

— ¡A caballo! — se dijo Enrique.

Pero al ir á montar sonó un nuevo ruido que le llenó de espanto, á él, tan firme, tan frío, tan valeroso en los trances más difíciles. Al oirle, bajó el pie que había colocado en el estribo y quedó sudoroso y paralizado, sintiendo correr por su espalda un frío glacial.

Era un canto monótono, triste, misterioso. Dos notas isócronas repetidas en tono fatídico:

— ¡Uh, uh!

Parecía el canto del autillo, pero salía sin duda de una garganta humana. Con breves intervalos, atravesaba el espacio en las sombras.

Enrique quiso andar y no pudo. Libre el caballo, comenzó á vagar por las cercanías.

Otra vez el canto sonó, más cerca, más lastimero, más triste. Y otra vez el viajero quedó aterrorizado al oirle.

Mas de pronto, un bulto con forma de mujer, salió de la espesura, acercóse á la espalda de Enrique y, sin darle tiempo para volverse, descargó sobre ella su brazo con un golpe brutal.

Desplomóse Enrique. La sombra volvió á internarse en los matorrales y el canto misterioso repitióse á lo lejos.

XIII

EL SÍMBOLO

Había revuelto cuánto contenía el armario con una impaciencia nerviosa. Aquello era una confusión sin nombre de cintas, encajes, plumas, pájaros disecados y objetos de metal. Allí almacenaba sin duda todas sus baratijas, todas las chucherías sin valor que había reunido en seis años su capricho de niña mimada. Si queréis conocer á una mujer, buscad ese escondrijo que todas tienen, en donde cada fruslería es un rasgo y cada trapo inútil representa una historia. Allí encontraréis su vida entera, con huellas de amarguras y eco de sonrisas. Ríe aquel trozo de encaje, resto de un espléndido y gracioso tocado. Con él presentóse por primera vez en sociedad. Aun parece impregnado de aromas y en su sedosa trama se cree encontrar enredadas armonías. Llora esotro pedazo de tela, pañuelo que enjugó tantas lágrimas, todas ino-

centes, bien distintas de las que ahora pudiera recoger. Más allá está una cinta de cotillón, y á su lado, el recordatorio de una amiga atacada al día siguiente de la fiesta por una enfermedad traidora y mortal. A su triunfo siguió su muerte, impidiendo así la desilusión, muerte más temerosa, porque es la del espíritu.

Es Octavia una de esas mujeres que nada nos dicen con su sola presencia. Reservada, impenetrable en sus decisiones, como quien ha sabido siempre dominar la actitud y el gesto, es inútil querer profundizar en sus determinaciones é instintos. Se ha dicho que la mujer es un misterio. Pero ese misterio sólo espera una palabra para quedar alumbrado con la luz meridiana. *¡Hágase la luz!*, dice un hombre, y la luz se esparce y el misterio deja de serlo y la mujer abre su corazón como la rosa abre su cáliz al tibio resplandor de la aurora. Pero ¡cuán pocos hombres saben pronunciar la palabra *Fiat!*

El corazón de Octavia está allí. En aquel armario que sólo una vez pudo contemplar abierto su esposo. *¡Cuánto trapo y cuánta basura!,* dijo, y, sin embargo, allí estaba todo cuanto podía darle á conocer á Octavia. Despreció la enseñanza, enseñanza que nunca ya había de encontrar tan propicia.

En Octavia no había virtudes ni culpas, ni envidias, ni rencores, ni ambiciones, ni locos

deseos. Solamente había un instinto: el de maternidad. Y ese instinto se reflejaba en todos los objetos que en el armario conservaba. Un pedazo de encaje, insuficiente á ornar un traje de sociedad, podría aún servir para embellecer un tocado de niña. La sortija que usó de adolescente, otra dueña esperaba. Aun los objetos que de nada podían servir tenían algo de tierno, de amoroso, de maternal. Las plumas, las sedas, los dijes, las flores disecadas, las estampas de niños gloriosos, los perfumes delicadísimos, todo, más que sensual era tierno, suscitaba la idea de algo infantil. Así el escondrijo venía á ser un oculto santuario en que Octavia reverenciaba á un ídolo que se encuentra en todas las teogonías, que recorre todos los símbolos, desde la caricia maternal de Isis hasta la sonrisa plácida ó dolorosa de la Virgen Madre.

Después de revolver Octavia centenares de blondas, estuches, retales y cajitas de diferentes formas, esas cajitas que tanto valor tienen para las mujeres, precisamente porque no guardan nada, miró á su alrededor con recelo. Estaba sola; la luz brillaba bajo la pantalla de flores y se esparcía con cierta timidez austera sobre los muebles de raso y terciopelo de aquel gabinete tan lindo, tan impropio de una residencia campestre. Por el balcón abierto penetraba en débiles ráfagas un viento saturado de los olores del jardín. Miró de nuevo en torno suyo y, por fin, adelantó su mano,

blanca y rosada, pero de dedos finos y nerviosos, como los de una canonesa, y sacó del armario una caja larga de cartón, cuidadosamente envuelta en papel de seda y atada con una cinta de color azul pálido.

Debía ser el envoltorio el *sancta sanctorum* de aquel templo de la futesa. Abrióse la caja y, reclinada en el fondo, con los ojos cerrados, no como quien muere, sino como quien vive y sueña, apareció recostada en su almohada una linda muñeca. ¿Para qué — me diréis — la conservaba Octavia? Y no faltará quién lo pregunte en son de burla. Pero yo sólo he de contestar repitiendo la misma pregunta: ¿Para qué amamos, luchamos y sufrimos? ¿Para qué forjamos ilusiones y sentimos amores ú odios? ¿Para qué hacemos todo en el mundo? ¿Para qué?

Levantó en sus brazos á la muñeca, envuelta como un recién nacido y ella abrió sus ojazos grandes, demasiado grandes, como si el tamaño debiera compensar la falta de luz propia. Era rubia y rosada, muy hermosa, con su boca diminuta encendida y sus mejillas de porcelana coloreadas con arte exquisito. Con un poco de vida hubiérase convertido en una niña adorable. Para admirar con esa admiración que impone lo sublime, sólo la reflexión le faltaba. Pero entonces... no sería mujer.

Su dueña le arregló cuidadosamente la batista

que la envolvía. La recostó en sus brazos y, por fin, la besó. La besó. Sí: he de presentar á mi heroína con todas sus debilidades y extravíos. Además ¿no habéis besado nunca un objeto inanimado? Yo recuerdo haber besado árboles y aun piedras. Todos tenemos amor al símbolo. Quien no besa una cruz ó un ara, ó los pies de una imagen, besa con el pensamienro una abstracción ó un ideal que acaso nunca se realice. Jamás es un hombre tan digno de respeto como cuando besa un retrato en que hay una frente cubierta de canas. Nunca es una mujer tan grande como cuando besa una cuna vacía.

Dos lágrimas, dos lágrimas sinceras, ardientes, asomaron á los ojos de Octavia. La muñeca era el símbolo, pero el símbolo inanimado, la promesa frustrada, el piadoso voto incumplido. De niña, la había acariciado con la inconsciencia de quien, presintiéndolo todo, todo lo ignora; de mujer la acariciaba de nuevo, pero con el dolor de quien, conociéndolo todo, de todo desespera.

Iba á besar su frente otra vez. Pero de pronto se oyeron en el jardín voces extrañas. Guardó precipitadamente el símbolo y cerró el armario.

En aquel momento entró la doncella precipitadamente, pálida, desencajada, gritando con acento de congoja y susto:

— ¡Ay señorita, qué desgracia! ¡Traen herido al señor!

IIIIIIIIIIIIIII

XIV

CONJETURAS

Hubo que retirar sin sentido á Octavia. Acaso no amaba á su marido, pero sí le profesaba gratitud y afecto. Además el espectáculo inesperado de Enrique herido, de Enrique que le había dado su fortuna y su nombre, de su esposo cubierto de sangre, agonizante quizá, la había causado una impresión tan honda, que no tuvo fuerzas para resistirla.

Enrique fué depositado en su lecho, quedando al cuidado del barbero que procuraba contener la hemorragia, tarea no difícil por ser la herida, aunque profunda, de poca abertura. En la habitación inmediata quedaron el Alcalde, Juanillo el herrero y Diego el albéitar.

— Veinte años hace — dijo el Alcalde — que no se registra una desgracia en el pueblo, y, mira

por dónde la bruja esa de Nila ha venido á desacreditarnos.

— Pero ¿cree usted de veras, señor Alcalde, que la autora del crimen ha sido Nila?

Quedó el Alcalde asombrado ante tan inopinada pregunta, y con verdadero enfado dijo á Juanillo:

— ¡Otra! Pues ¿no has visto cuando trajimos al señorito Enrique y se presentó la pareja de la guardia civil con Nila como fué y la señaló á la loca y dijo claramente que ella le había matado?

— ¿Y no pudo también equivocarse el señorito Enrique? Él tenía la cabeza perdida cuando lo dijo, y la prueba es que, casi enseguida, cayó desmayado y tuvimos que traerle aquí á escape.

— Y entonces — saltó Diego — ¿por qué echó Nila á correr como un gamo hacia el monte que no hubo quien la pudiera alcanzar? Quien mucho corre, mucho teme y no huye la zorra por rabona, sino por maleante y ladrona.

— En primer término — contestó el herrero — corría porque cualquiera en su lugar hubiera hecho lo mismo. Inocente ó no, la hubiera usted metido en la cueva del Ayuntamiento y mañana la hubiera usted enviado atada por la carretera hasta Hontanera.

— ¡Y tres más nueve! — gruñó la primera autoridad de Torreparda.

— Y luego — siguió Juanillo — que se ave-

rigua, que no se averigua, se hubiera cargado unos cuantos meses de cárcel. Además, la Nila está loca, y á una loca no se la puede pedir que haga las cosas como las demás gentes. Vió que la amenazaban ustedes y echó á correr.

— El monte es muy espeso — terció el herrador.— Pero, como no se mantenga de hierbas, no tardará en caer en manos de la justicia.

— El caso es — dijo el padre de Benita — que ha sido una suerte que saliéramos Nicanor y yo esta noche al monte.

— A robar conejos — saltó el Alcalde.

— A lo que fuere — dijo Juanillo.— Y no creo que se me ha cogido á mí nunca en renuncia, señor Damián.

— Bueno, sigue.

— Ello fué que vimos un caballo suelto y nos sospechamos alguna desgracia, cuando de repente, y casi á nuestro lado, oímos un grito que nos dejó helada la sangre. Era el grito de uno á quien matan. Corrimos, y en cuanto vi al señorito en tierra, lo primero que hice fué sujetarle la herida y luego taponársela con yerbas que trajo Nicanor. En esto llegaron ustedes que tampoco irían, creo yo, á robar conejos.

— Ibamos — interrumpió el señor Damián — á lo que íbamos.

— A lo mismito que nosotros, á tomar un poco el fresco de la noche y de paso á traer un poco de

leña, porque recoger leña del suelo nos está permitido por el dueño del monte. Poco después, como iba diciendo, vino la pareja con Nila y entonces abrió los ojos don Enrique y le dijo con voz entrecortada: *¡Tú has sido!*

— ¿Lo ves? — interrumpió el albéitar.

— Yo no veo sino que estaba alucinado. ¿Hemos encontrado algún arma á Nila?

— ¿Cómo la íbamos á encontrar, si en cuanto la llamó bribona el señor Alcalde salió corriendo?

— ¿Y tenía manchas de sangre?

— Eso sí que no, que yo he visto bien que no las tenía.

— ¿Y tú qué opinas de todo esto, Juanillo? — interrogó el señor Damián bajando la voz.

— Yo no pienso nada, señor Damián. Lo probable es que hayan querido robar á don Enrique y que los ladrones huyeran al sentir que venía gente en su auxilio.

— Pues yo creo — alegó el señor Damián con misterio, —yo creo que aquí hay gato encerrado, y que don Enrique y Nila no es esta la primera vez que se ven. Vosotros no os habéis fijado en detalles, pero yo he oído muy bien á Nila, cuando la trajeron y vió al herido, decir muy bajito y como quien no tiene á una persona buena voluntad: *¡Enrique!*

— Ven, Diego — dijo el barbero saliendo de la alcoba. — Necesito que me ayudes á volver al enfermo.

— ¿Cómo está?

— Mal. Ha recobrado el conocimiento y habla aunque con trabajo. Pero tiene mucha calentura. Me parece que antes de que venga el médico de Hontanera, se las lía.

— ¿En dónde está la herida?

— En la espalda; pero yo, la verdad, no sé si le habrá llegado al pulmón ó á dónde, porque él no tiene mucha fatiga. Lo que tiene es un calenturón que se va.

— Vamos á ver eso — dijo el veterinario con la misma gravedad con que pudiera decirlo un profesor de la Sorbona. Más vale párpado de experto que pupila de tuerto.

Quedaron solos el Alcalde y Juanillo. El señor Damián inclinóse entonces hasta el oído del herrero.

— Me parece, Juan, que aquí hay un lío muy grande.

— ¿Por qué?

— ¿Te parece bien que la mujer deje solo al enfermo en poder de ese par de brutos?

— Si en el pueblo no hay otra persona facultativa... Al amanecer estará de vuelta Nicanor con el médico de Hontanera.

— Pero doña Octavia ¿cómo no viene? Un desmayo es un desmayo, y me parece que ya se le podía haber pasado.

— Señor Damián — contestó el herrador: —

yo nada entiendo de eso. Cada uno sabe lo que se hace y Dios lo que todos hacemos.

En aquel momento entró la criada de Octavia, y con las mejores maneras del mundo dijo á los dos interlocutores:

— Señores: hagan el favor de retirarse, que está aquí el señor cura.

XV

CONFITEOR

No arrebujado en pulcros y limpios manteos, sino envuelto en tosco sayal de penitente, pasó el sacerdote. Su cara estaba lívida; llevaba los ojos medio entornados y, por el movimiento de sus labios, podía colegirse que articulaba una plegaria. En su cuello, un tiempo robusto, en sus muñecas, en su faz misma, se veían las huellas de una penitencia cruel. Pasó sin mirar á su alrededor, levantó la cortina, que velaba el ingreso al dormitorio, y entró deteniéndose al punto como si algo muy poderoso se resistiera en él á prestar sus auxilios al moribundo.

Este descansaba sobre un costado y sobre su frente cubierta de sudor se esparcía la vaga claridad de una lamparilla que ardía dentro de un recipiente de cristal verde. La luz oscilaba y en la

pared se agitaban las sombras; sombras también verdosas, fantásticas, dantescas, propias á evocar culpas y despertar remordimientos.

Con voz llorosa, gemebunda, el enfermo, poco antes tan fuerte y vigoroso, pronunció, como un llamamiento, una sola palabra:

— ¡Padre...!

Estremecióse el cura y no contestó.

— Padre — siguió el herido con voz débil y fatigosa, — le he llamado porque conozco que me muero y no quiero entrar en la eternidad sin descargar mi espíritu del peso de una gran culpa.

— No morirá usted, hermano mío — contestó el sacerdote. — O, por lo menos, no morirá usted hoy. Porque Dios no querrá que muera impenitente y yo no puedo oirle en confesión.

— ¿Por qué, padre? — interrogó Enrique con profunda extrañeza.

— Porque yo también soy culpado y, aunque en el tribunal de la penitencia he sido absuelto, en el de mi conciencia no lo estoy todavía. Espere pues, hermano, á que mañana llegue otro sacerdote y puedan bendecirle manos más puras.

— ¡No! — exclamó el enfermo con angustia. — ¡Puedo morir esta misma noche, y si me condeno, mi alma se perderá por culpa de usted!

— ¡Imposible! — dijo turbado César. — ¡A usted absolverle yo! Mi bendición no tendría eficacia; mi absolución sería estéril!

Sollozó el moribundo. Después con un esfuerzo desesperado,

— ¡En el nombre de Dios — dijo — beato ó criminal, óigame usted. Sino, así Él le castigue como su crueldad lo merece.

Vaciló César. Por fin santiguóse, se sentó en un sillón de cuero cercano á la cama y exclamó con acento dolorido:

— Puede usted empezar y que quien sabe perdonar, nos perdone.

— Padre — comenzó el enfermo después de una pausa, durante la cual las sombras parecieron hacerse más densas. — Soy muy culpable; tanto, que, siendo verdaderamente católico, no me he atrevido á acercarme al tribunal de la penitencia desde hace catorce años.

— ¡Infeliz! — murmuró el eclesiástico.

— Catorce años durante los cuales no he delinquido, pues ha sido ejemplar mi conducta. Algo de dureza en mi corazón, algo de soberbia en mi carácter. He aquí todo. Pero he cometido un gran crimen; un gran crimen, padre mío; tan grande, que no sé si Dios me lo perdonará.

— Él es el camino, la verdad y la vida — pronunció César — y su misericordia es infinita.

Suspiró el enfermo, lanzó un gemido de dolor ó de remordimiento y, después de una larga pausa, comenzó su relato de este modo:

— Soy hijo de una poderosa familia, y durante

mi juventud jamás fuí asaltado por ideas criminales. En unión de mi hermano Clemente permanecí durante más de seis años en un colegio de Glocester. Allí recibimos un día la nueva de la muerte de mi madre. Partimos al punto para Madrid y encontramos á nuestro padre abatidísimo; un año vivió en este abatimiento, al cabo del cual murió también el mismo día en que yo entraba en la mayor edad.

Solos mi hermano y yo, vivimos en buena armonía poco tiempo. Clemente, que padecía del pecho, fué á pasar una larga temporada en una hermosa finca que había heredado de nuestra madre. Un día me avisaron que estaba gravísimo y, al llegar yo á la finca, apenas si tuve tiempo para recoger su último suspiro.

Entonces pasó por mí una sensación extraña. Pensé que yo era, por ministerio de la ley, heredero de su fortuna, que todo cuanto él había adquirido al morir nuestros padres, sería sólo mío y me invadió un regocijo satánico. Durante varios días busqué sosiego en las soledades del monte, queriendo sofocar aquella miserable codicia. Por fin me apaciguó la idea de que yo nada había hecho para ser dueño de aquella herencia y que así nada tenía que reprocharme.

Pero un día, registrando los papeles que había dejado Clemente, encontré un documento cuya lectura me produjo una conmoción terrible. Era

su testamento, en el cual reconocía á un hijo natural habido con una campesina llamada Petronila Sanjurjo, á cuyo hijo nombraba de todos sus bienes heredero universal.

— ¿Petronila Sanjurjo? — interrumpió César. — ¿Será acaso...?

— ¡Sí, esa — dijo fatigado el enfermo; — esa infame, la que me ha herido. La que se ha vengado por fin de mi horrendo delito!

César hizo descansar al enfermo. Acercó á sus labios una cucharada de poción calmante y pretendió que Enrique callase durante largo rato. Pero el enfermo estaba impaciente, y á los pocos minutos siguió su confesión con estas palabras:

Aquel niño venía á destruir todos mis planes. Supe que Petronila residía á más de dos leguas de la quinta y que ignoraba la muerte de mi hermano, y ya no tuve sino una idea fija: la de deshacerme de aquella criatura por todos los medios.

— ¡Desgraciado! — murmuró César.

— ¡Sí, desgraciado — gimió el enfermo — porque realicé mi infame propósito; desgraciado, porque desde aquel día no he dormido jamás una sola noche sin pensar en mi crimen; desgraciado, porque muero sin poder aclarar una sospecha que me atormenta y que, de confirmarse, sería para mí cien veces peor que la misma muerte!

Un día me decidí á montar á caballo — siguió. —Y me dirigí á la cercana aldea. Pregunté si resi-

día allí una joven llamada Petronila. En seguida se me encaminó hacia una casita de adobes edificada en las afueras del pueblo. Cuando me acerqué á ella, con paso seguro y firme, como si no me guiaran siniestros propósitos, vi sentado en la puerta á un viejo labrador con una pipa negra en los dientes.

— ¿Vive aquí Petronila Sanjurjo? — pregunté.

— ¿Para qué quiere usted saberlo? — me contestó el viejo sin tomarse la molestia de ponerse en pie.

Había fruncido, al verme, el ceño; su aspecto era amenazador é iracundo.

— Soy hermano de Clemente — afirmé sin vacilación.

Levantóse en seguida el padre de Nila, pues él era, y cogiéndome de la mano bruscamente, me hizo entrar en el miserable casucho.

Me encontré en una habitación reducida, sin blanquear. Una cortina de tela encarnada cubría la puerta de un cuarto sin duda más reducido y estrecho. El viejo me señaló una silla de madera tosca y él sentóse en otra con ademán impaciente.

Sentí cierto embarazo. Por último me decidí á llevar adelante mi proyecto.

— Soy, como he dicho — comencé, — hermano de Clemente.

— ¿Cómo no ha venido él?

— Está enfermo.

— ¡Enfermo! — gruñó el viejo. — Entonces debe datar su enfermedad de hace cuatro meses, que son los que ha pasado sin parecer por aquí. Otra cosa hacía cuando sedujo á Petronila; entonces venía todos los días y aun algunos dos veces, imitando el canto del autillo, señal que convino con ella para aprovechar mis ausencias. Hace lo que todos los señoritos cuando tropiezan con una desgraciada como mi hija. Primero mucho amor, muchas promesas; luego el alejamiento y, por último, el abandono.

— No — le interrumpí. — Se equivoca usted de medio á medio. Clemente no sólo no piensa en abandonar á su hija de usted, sino que tiene el firme propósito de casarse con ella.

— ¿Y le envía á usted para proponerme ese enlace? — dijo con amarga sonrisa el anciano.

— Sí, señor — contesté categóricamente, hallando en tal suposición el pretexto que yo buscaba.

Realmente me había cegado la maldad y no sabía á ciencia cierta lo que iba á hacer. No quería sino ver al niño que me arruinaba y, si podía, un día ú otro, matarle.

— Pues bien — contestó fríamente el labriego; — dígale usted que mi hija no acepta.

— ¿Que no acepta?

— No, señor — gritó el viejo alzándose indignado. — No quiere casarse con él, porque no quiere ser todavía más desgraciada de lo que él la

ha hecho. Ha venido engañando, mintiendo, ocultando su posición; ha empleado todo género de malas artes para engañar á Petronila cuando yo no estaba. Y ahora, suponiendo que venga con fines honrados, podrá darla su nombre, pero no su amor, porque no la quiere. Será, más que su mujer, su criada, á la que tratará con desprecio y asco. Eso no puede convenirla; Petronila y el chico no necesitan nombre alguno, ¡porque tienen el mío!

Quedé sin saber qué decir.

— ¡Sí, el mío! — siguió — que es más honrado que el de ustedes una y cien veces!

Se oyó entonces un tierno llanto.

Volvióse el viejo, levantó la cortina y pude ver una cunita de madera en que reposaba un niño sonrosado y hermoso.

Al verle, sentí renacer mi odio, mi ambición, mi maldad.

El viejo tornó á salir.

— Ya sabe usted mi contestación — dijo el viejo con ademán imperioso. Y luego señalando la puerta, añadió con concisa energía: — ¡Váyase usted!

Salí y me encaminé á las afueras de la aldea. Mi propósito estaba madurado. El niño moriría.

Varias veces volví al pueblo con objeto de hablar con Nila á solas. El viejo estaba á la puerta siempre. Por fin una tarde la encontré sola. Más amante ó menos astuta que su padre, cayó en el

lazo. La hice creer que mi hermano iría á verla una noche, y le pedí que estuviera atenta á la convenida señal. La infeliz aceptó. No veía en aquello sino la realización de sus esperanzas, la satisfacción de su amor y, de seguro, la fortuna y el porvenir de su hijo.

Hubo que esperar á que el viejo tuviera necesidad de ausentarse por dos ó tres días para llevar á cabo nuestro plan. Llegó por fin el día. Ya era tiempo: la sed de terminar de una vez aquella agonía me sofocaba.

Cuando llegó la hora, hice yo la señal, escondido entre los ramajes y Nila salió dejando la puerta entreabierta. Me ayudaba el infierno. Dí la vuelta á la casa, ocultándome á favor de las sombras, y cuando Petronila se alejaba en busca de su amante, entré en la casa y me apoderé del niño.

— ¡Qué horror! — dijo César.

— ¡Horror indecible, padre mío! — balbució el penitente, cuya frente inundaba el sudor. — ¡Pero no comparable aún al que ahora experimento, al verme en el umbral de la muerte y con el temor espantoso de no poder lavar mi conciencia!

IIIIIIIIIIIIIII

XVI

LA MADRE Y LA FIERA

— Al punto — siguió Enrique, cuya voz iba siendo más fatigosa y cuya frente estaba bañada en sudor frío — salí huyendo con la criatura dormida en mis brazos y corrí, corrí como un fantasma á través de las árboles, por el bosque mal alumbrado por un cielo casi cubierto de nubarrones informes. Me parecía haber consumado el delito y sentía todo el horror de mi acción inicua. Huía de mí mismo, bañado en sudor, sintiendo anudarse mi garganta, y por fin me detuve sin dejar de mirar al niño que en aquellos instantes despertaba.

Sonreía, tendía hacia mí sus manecitas; me miraba con sus negros ojazos enormes. Sentí un frío glacial en todos mis miembros y todos aquellos árboles que me rodeaban, me parecieron otras tantas sombras acusadoras. Saqué un cuchillo

enorme y tres veces le alcé sobre su garganta sin decidirme á descargar el golpe. Mi lengua estaba seca y un temblor epiléptico sacudía mi cuerpo sudoroso. El niño extendió un bracito y me tocó en el pecho. Era quizá una súplica inconsciente de perdón y misericordia aquel golpe tan rudo para mí como el de una descarga eléctrica. Entonces pensé que no era necesario el sacrificio; que bastaría abandonar al niño en el bosque para que mi ambición se saciara. Al ocurrírseme tal pensamiento, me pareció sentir un gran alivio y respiré el aire embalsamado de la noche á pleno pulmón.

En verdad la muerte del niño no era precisa. Para que yo heredara la inmensa fortuna de mi hermano, bastaba con su desaparición. Al cabo de cierto tiempo, instaría una declaración de ausencia y de suposición de muerte después. ¿Qué me impedía alejarme más, llegar hasta la estación próxima y dirigirme á una población en donde hubiera asilo de niños abandonados? Yo no era homicida por naturaleza; antes bien, me horrorizaba la idea de cometer tan nefando crimen; así me aferré á tal propósito y me decidí á realizarle.

Pero el niño estaba sentenciado y mi delito era irremediable. De pronto sonó un grito. Era el canto del cárabo; después sonó más cerca. La leona buscaba su cachorro. No había que perder un minuto. Aquel grito encendió de nuevo mi furia. ¿Con qué derecho el vil engendro se atrave-

saba en mi camino? No me atreví sin embargo á herirle con el arma; me horrorizaba verter sangre; pero estaba sobre una altura, y á mis pies, á veinte metros de desnivel, se extendía como una franja que apenas dejaban vislumbrar los astros velados por nubes de tormenta, un largo y pedregoso camino. Cogí al niño con mis brazos nervudos y le alcé hasta mi cuello para arrojarle...

Volví á vacilar y un temblor epiléptico me invadió hasta el extremo de creer que iba á desplomarme. Comencé á caminar en dirección contraria al eco de Nila. Hubo un momento en que pensé abandonar el niño allí mismo y huir. Pero pensé que entonces sería descubierto, perseguido acaso por aquel viejo implacable.

Me detuvo su voz que llamaba con furia á Nila. Se presentaba un nuevo peligro. Seguí, sin embargo, bordeando la cortadura, sin saber ya qué partido tomar.

Rompió entonces el niño en llanto. Sentí subir á mi frente una oleada de cólera y rabia. Los gemidos del niño me denunciaban. La criatura debía morir y ya no vacilé.

— ¡Qué infamia! — dijo César horrorizado.

— ¡Infamia sin ejemplo, crimen sin precedente, padre mío! ¿Cómo no se ablandaron entonces mis entrañas? La pobre criatura inocente aferróse á mi cuello y con la más completa inocencia aplicó sus labios rosados á mis mejillas y comenzó á suc-

cionarlas como pudiera el pecho de su madre. Volvió á sonar el grito y torné á sentirme cruel. Arranqué al niño de mi rostro violentamente y, con un esfuerzo desesperado, le arrojé hacia el abismo.

— ¡Miserable!

— ¡Sí, miserable, asesino, fiera maldita, pero me muero, padre, me muero y necesito misericordia y perdón!

Hundió el criminal su frente en la almohada y comenzó á sollozar en silencio. Se le hubiera creído muerto á no ser por las sacudidas acompasadas de su cuerpo robusto.

César se alzó, desencajado, trémulo y permaneció inmóvil, pálido, con el ceño fruncido, como si no supiera qué partido tomar. Después de sus ojos brotaron dos lágrimas, iluminóse su semblante y extendiendo su brazo sobre el culpable,

— ¡Yo te perdono — dijo — en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

SEGUNDA PARTE

I

LA PRIMERA NOCHE DE UN HUÉRFANO

Estaba acurrucada en aquella especie de cueva cuya entrada obstruían los matorrales. Era al atardecer. La luz iba siendo cada vez más opaca y á ras de tierra paseaban los murciélagos en busca de sus ocultos escondrijos. En el rostro de la pobre alienada no se leía tristeza, ni encono, ni siquiera el hambre que debía ya atormentarla. Se veía únicamente terror. Apagada casi completamente la inteligencia, sobre ella aún fulguraba el instinto.

Miraba la entrada de la cueva, formada por una hendidura de las rocas, con esa mirada vaga y recelosa del ciervo acosado. Sentada en el fondo de aquel reducido recinto, veía poco á poco azularse en el agujero de entrada el espacio. De pronto, sobre aquel jirón de luz indecisa se dibujó una negra silueta.

La loca quiso gritar y no pudo. En su garganta extinguióse la voz y comenzó á temblar.

— ¡Nila! — dijo una voz cariñosa y dulce.

Abrió Nila los ojos y no contestó.

— Nila — repitió la voz, con inflexiones aún más tiernas, — no temas nada. Soy Nicanor.

Llegaba el niño con su blusa azulada y su gorrita de seda que cubría los ensortijados y negros cabellos. En sus ojos parecía brillar una alegría extraña, pero intensa, excepcional, inocultable. Traía en las manos un cestillo y, con él, adelantóse hacia la fugitiva resueltamente.

— No vengo á hacerte daño — le dijo. — Quiero protegerte. Te traigo comida. ¿Ves? — prosiguió destapando el cestillo y mostrando en él varias provisiones. — Todos los días vendré á darte de comer y á traerte cuanto necesites. Nadie sabrá dónde te escondes y, si alguien lo averigua y te persiguen, yo te defenderé con mi propio cuerpo.

Había resolución y virilidad en la voz del niño. Nila tranquilizóse, aunque en sus ojos se veía que no comprendía bien los razonamientos de su bienhechor. Apoderóse del pan y comenzó á devorarle con ansia.

Sentóse Nicanor á su lado, mirándola amorosamente. Luego comenzó á acariciar los revueltos cabellos de Nila y á ordenarlos con indescriptible cuidado y ternura.

Nila comía. Parecía haberlo olvidado todo: su

persecución, su terror, su peligro mismo en medio de la selva.

— Tú no has muerto á ese hombre. ¿Verdad que no? — preguntó el herrerillo con interés. — ¿Verdad que tú no eres mala y que no has cometido ese crimen de que se te acusa?

Movió la loca la cabeza en ademán negativo, con fuerza, candorosamente, como los niños obstinados en disculparse.

— ¡Si ya lo decía yo! — siguió el muchacho. — Ya verás cómo todo se aclara. No he de descansar hasta que se aclare. Toda mi vida pende de que tú te salves, para vivir conmigo siempre, sin que te falte nada, sin que los hombres puedan burlarse más de ti.

Le miró la infeliz con mirada vaga. Sus ojos abiertos y rasgados parecían dos negros interrogantes.

— ¿Tú no sabes quién soy? — le dijo el huérfano con voz temblorosa.

Alzó Nila los hombros en señal de ignorancia y siguió mirándole fijamente.

Entonces Nicanor, acercándose hasta el oído de la loca, murmuró en él muy bajo, con voz velada por la emoción:

— ¡Soy tu hijo!

Un sobrecogimiento de la loca. Luego dos lágrimas en sus ojos. Después una mirada vaga, ininteligente. Esto fué todo.

— ¡Dame más pan! — exclamó.

Asomaron esta vez las lágrimas á los hermosos ojos del muchacho. ¡Era su madre y no podía reconocerle! Sentía su orfandad como nunca. En aquel lazo que le unía á la perseguida, á la demente, á la abandonada por todos, él solo habría de poner el amor, la devoción, el sacrificio. Después de tantos años de soñar con encontrar una madre, no podría, al hallarla, ser para ella más que un ser extraño. Era demasiado.

Bajó la cabeza y lloró.

— ¡Madre! — clamó por fin. — Reconóceme. ¡Soy yo: el hijo que perdiste. El que está dispuesto á morir por ti!

La loca le miró con dulzura. Un momento pareció que su razón iba á rasgar sus nieblas. Aquello fué un relámpago. En seguida pareció caer en un profundo abatimiento.

— Yo he vivido trece años — dijo Nicanor — con la esperanza de encontrar á mi madre y suponiéndola desgraciada siempre, no criminal. Cuando las madres abandonan — me decía — es porque se ven obligadas á ello. Constantemente tuve la idea de que un día había de encontrarla y mi preocupación única era la de que no tuviera al verme por qué avergonzarse. Empecé por perdonarla en el fondo de mi corazón para que no pudiera leer en mis ojos el reproche. Luego procuré que mi conducta fuera intachable á fin de que se enorgulle-

ciera de mí y además, no he perdonado medio de leer cuanto libro ha caído en mis manos, de ilustrarme, de estudiar en las horas en que los demás descansaban, por si mi madre al volverme á ver se avergonzaba de mi ignorancia. Todo eso lo he hecho, madre, por ti. ¿No me escuchas?

Debía escucharle la loca y aun comprender algo, porque lloraba con las manos sobre la frente y su cuerpo se estremecía en sollozos.

— Pero ahora — siguió el mísero — en pago de tanto dolor, en compensación de tanto sacrificio, te pido que me abras tus brazos, que me quieras, que no me cierres para siempre esas puertas de la felicidad y el amor, que, en medio de las mayores sombras, miré siempre abiertas. Y te pido también que me digas quién es mi padre, ya que he conseguido saber que eres mi madre por el señor Cura. Pero no he podido arrancarle una palabra más. Y esa palabra la necesito. ¿Quién es mi padre? — dime. — ¿Lo será ese Enrique?

— ¡Enrique! — gruñó la loca con tremendo encono, — ¡Enrique!... Padre no... ¡asesino!

— ¿Entonces, dónde está el padre de tu hijo? — interrogó Nicanor con agitación creciente. — ¡Dime por Dios en dónde está!

Levántose la loca; asió al niño de la mano y le llevó á la boca de la cueva. La noche era augusta y solemne. Los astros resplandecían como diamantes cernidos en el esmalte azul.

— ¡Clemente! — pronunció muy quedo; y señaló á las estrellas lejanas.

Cayó Nicanor de rodillas. No se oía el más pequeño rumor. Ni una hoja se movía en aquel escenario de grandeza.

Levantóse el niño al cabo de un rato, y tomando de la mano á Nila,

— Ven — le dijo — entremos. Estás perseguida. Todo te condena. Te matarán.

Estremecióse Nila y acurrucóse de nuevo en el fondo de la cueva.

— ¡Ampárame! — gimió temblorosa.

— ¡Sí, te ampararé — prorrumpió el niño con voz resuelta — de las fieras y de los hombres, de tus perseguidores y de ti misma! Pero ¡dime por favor que reconoces á tu hijo!

— No sé... — balbució la infeliz. — ¿No oyes cómo canta el autillo?... Es él que me llama... Y el niño está allá abajo... en el barranco... Mira... el pájaro se lo lleva... y á mí van á matarme...

— ¡Despierta, por compasión! — gimió Nicanor.

— ¡Es el pájaro... sí... Y las nubes que negras están... parecen crespones... No sé... no sé porqué no se calla en el barranco el llanto de Miguel!

— ¡Me llamo Miguel! — dijo el herrerillo gozoso. — Pues bien: yo seré el ángel de tu guarda. ¡Madre, madre, reconóceme, soy yo Miguel, tu hijo!

— Sí... eres mi hijo... — balbució la loca con desvarío y maquinalmente. — ¡Defiéndeme para que no me maten...!

— ¡Ah, gracias, madre, gracias! — gimió el herrero.

É inclinándose sobre el regazo de Nila, apoyó la frente ardorosa sobre su pecho. Ella le sujetó entre sus brazos sin darse de ello cuenta y comenzó á acariciar su cabeza, salmodiando una canción monótona y extraña. El fulgor de la luna comenzó, formando un polígono luminoso, á invadir la cueva y, con los ojos bañados en lágrimas, al compás de aquel canto y aquel mecimiento, empezó Nicanor fatigado á dormirse, como cuando era pequeñito...

II

CAMINO DE LA FUENTE

— ¡Pepito! ¡Pepito! Sí; á otra puerta. ¡Pepitoooo!

— ¿Qué quiere usted, madre?

— ¿Estás sordo ó qué?

— Estaba viendo si habían puesto las gallinas.

— Estabas corriendo tras del gallo. Si bajo, voy á romperte tres costillas.

— Eche usted costillas.

— ¿Te burlas? Ya verás si bajo, gran bribón. ¿Qué hora es?

— Han dado las ocho.

— ¿Y no ha venido *Tanor?*

— No señora, no ha venido.

Retiróse Catalina de la ventana y se dirigió hacia una alcoba murmurando:

— Al último saldremos con que Nicanor es un pillo. ¡Cuatro noches sin venir á dormir á casa!

¿Dónde se meterá el muchacho ese? ¡Válgame Dios! ¡Y luego hay quien desea tener chicos!...

El dormitorio estaba separado de la habitación principal por una cortina encarnada. El sol daba en ella de lleno, de modo que la alcoba parecía un cuadro sideral alumbrado por un satélite de Saturno.

Y ¡qué cuadro! Encima de dos camas gemelas saltaban en camisa Luis y Felipe, lanzándose las almohadas uno á otro como con catapultas; las sábanas y colchas colgaban en revuelto desorden, y en el suelo, sobre un montón de ropa blanca, andaba Benita á cuatro pies.

— ¡Condenados! — gritó Catalina furiosa. — ¡Os voy á sacar á tiras el pellejo! Pero, Señor, ¿habrá mujer más desgraciada en el mundo?

Estaba acongojada de veras. Levantó el borde del delantal y se cubrió los ojos. No era posible vivir con aquellos demonios; le quitaban la vida; ¡qué sé yo cuántas cosas más! Luego siguió en silencio haciendo pucheros.

Luis y Felipe bajaron de sus respectivos baluartes, callandito y, luego, descalzos y con su camisita por todo abrigo, cruzaron muy serios la sala y fueron á sentarse cada uno en un rincón, en dos sillas de paja, poniendo unas caras muy compungidas, como si nunca hubieran roto media fuente honda.

Benita se puso en pie; miró á su madre y, ade-

lantándose hacia ella, la cogió con las dos manecitas de la falda y le dijo con su lengua de trapo:

— No *lores, Titina.*

El tirano soltó su cetro. Catalina desarrugó el entrecejo, y en un transporte de alegría, cogió á Benita, la levantó en alto y la dijo á gritos, interrumpidos por besos furibundos:

— ¡Ven acá, corazón de tu madre, que vales tú más que la corona de la *Morena!*

La morena era la Virgen de Torreparda. Todas las madres tratan con confianza á la Virgen. Están familiarizadas con el dolor.

Entró Juan, con aire sombrío.

— ¿No ha venido Nicanor, verdad? — preguntó pensativo.

— No hombre, no; no ha venido. Habrá tenido calor y se habrá marchado á dormir á las eras.

— ¿Y por qué no lo ha dicho? — insistió incomodado el herrero.

— ¿Y yo qué sé? ¿tampoco vas á dejar al chico que tome el fresco una noche? ¿No trabaja de día como un perro? ¿No te obedece en todo sin chistar? Pues entonces...

— No — saltó el marido de Catalina, — ¡si todavía va á tener razón en no venir por la noche á casa! Acabaré por echarle al arroyo.

— ¡Pues no eres poco fiera! Ya será algo menos. ¿Has estado en la granja?

— De allí vengo.

— ¿Cómo está don Enrique?

— Mucho mejor. Dice el médico de Hontanera que, si no hay una recaída, podrá estar curado antes de un mes. Doña Octavia me ha dicho que no dejes de enviar esta tarde á Benita.

— ¡Recontra! — saltó Catalina. — Eso ya es una pesadez. Esa señora no va á dejarme en paz á la chica.

— ¡Madre! — gritó desde el corral Felipe. — ¡Aquí está Nicanor!

— Que me espere en la fragua — contestó asomándose á la ventana el herrero, y salió de la habitación gruñendo entre dientes: — Ahora verás cómo te doy yo á ti la trasnochada.

Detrás salió la señora Catalina llevando á Benita de la mano. Una vez en el portalón, dejó á la niña, la dió un beso y tomando una vasija de la cantarera, dijo con tono cariñoso:

— ¡Ea! Yo me marcho á por agua á la fuente de la Hondonada. A ver si sois buenos.

Echó á andar, ágil, contenta, con su saya sujeta al costado y con paso menudo y ligero. Más que una mujer fatigada de las faenas domésticas y de los cuidados agridulces que procuran los hijos, parecía una Rebeca gentil.

Cruzó la plaza, saludó al pasar al tío *Todo*, sentado á la puerta de su bazar, y entró por un callejón en dirección al campo.

La fuente de la Hondonada estaba lejos. Había

que cruzar por las eras, tomar un sendero entre cebadales, bajar una cuesta muy pendiente, é internarse después por entre un matorral espeso, pasado el cual estaba la fuente en un gran declive del terreno.

Catalina iba alegre y cantando:

— No hay ruido tan alegre
por las mañanas,
como el repiqueteo
de las campanas.

En menos de un cuarto de hora llegó al matorral. Sujetó bien el cántaro á la cadera y comenzó el descenso á la fuente por el camino pedregoso.

A pesar de ser las nueve de la mañana, el paraje estaba solitario. Pero, ¿qué podía temer Catalina? Así, satisfecha y contenta, siguió cantando:

— Anda, y si á la fragua viene
á machacar el acero,
dile que en mi pecho tiene
el fuego más verdadero.

Agitáronse entonces las ramas y un hombre salió al camino con ademán resuelto.

— ¡Catalina! — dijo.

Era el señor Damián, el tertuliano del tío Todo, el Alcalde de Torreparda.

— Buenos días — contestó Catalina secamente, y quiso continuar su camino.

Pero el señor Damián tenía sin duda el propósito de hablar despacio con la mujer de Juanillo, porque se interpuso y replicó con tesón insistente:

— No. No te dejo pasar sin que me escuches. Tengo que hablar contigo de cosas muy interesantes.

— Mire usted, señor Alcalde — dijo amostazada Catalina. — Van ya muchos días que sale usted á mi encuentro y siempre con la misma cantinela. Yo no tengo que hablar con usted, si no es delante de mi marido.

— Pues hoy tienes que escucharme — insistió el Alcalde, en cuyos ojos brillaba un fuego extraño.

Miró Catalina en derredor suyo; estaba sola, y comprendió que no era prudente provocar y exaltar á su enemigo en aquellos parajes.

— Bueno; hable usted — dijo, dejando el cántaro en el suelo. — Pero diga pronto cuanto le ocurra, porque hago falta en casa.

— Catalina, te he dicho una y mil veces que no puedo vivir sin ti.

— ¡Ta, ta, ta! — saltó Catalina. — ¿No le he dicho yo á usted otras tantas que me deje en paz? Usted es viudo con hijos, pero yo soy casada. Cada oveja con su pareja.

— ¿Y qué culpa tengo yo de quererte? Eres ca-

sada; ya lo sé. Pero muchas lo están también y quieren á otro hombre que no es su marido.

La madre de Benita miró al señor Damián y contestó con tranquilidad absoluta:

— No tendrán hijos.

— O sí los tendrán — balbució el enamorado. — De todo hay en el mundo.

— Entonces, hay que compadecerlas — interrumpió la herrera, recogiendo del suelo su cántaro. Y luego, con voz firme y entera, dijo, separando al impertinente que la estorbaba: — ¡Vaya! ¡quítese usted de delante!

Siguió camino de la fuente y el Alcalde echó á andar detrás cabizbajo y mohino. Meditaba sin duda algún plan. Una vez en el manantial, la mujer de Juanillo comenzó á llenar la vasija mientras el Alcalde, á diez pasos de distancia, se recostaba en un montículo cubierto de césped.

Catalina volvió á su canto.

— Dicen que el agua corriente
y la honra de la mujer,
cuanto más baja es la fuente
más pura tiene que ser.

El cántaro rebosó por fin y Catalina, sin hacer el menor caso del verde galán, tapó la vasija, colocósela gallardamente sobre la cadera y emprendió la caminata de regreso.

Pronto el Alcalde estuvo á su lado.

— Óyeme bien — le dijo. — De una manera ú otra, yo me he de salir con la mía. Si no quieres por buenas, tendrás que querer por malas.

— ¿Yo? — dijo Catalina, y soltó una carcajada franca y jovial.

— Sí, tú. Ya sabes que puedo hacer daño á tu marido.

— Mi marido se ríe del daño que usted pueda hacerle. Tiene su conciencia tranquila.

— Catalina, no apures mi paciencia.

Estaban cerca de las eras. El señor Damián estaba loco, fuera de sí. Acercóse á la mujer del herrero y la cogió de la cintura.

Pero, en el acto, un bofetón vigoroso fué el castigo impuesto á su atrevimiento.

La madre de Benita tenía la mano pesada. El Alcalde dió dos pasos atrás con la mejilla echando lumbre.

— ¡A mí! — gritó lleno de rabia.

Preparábase sin duda á tomar venganza de aquel agravio, cuando en el recodo del camino apareció Benita.

Benita que, al verse sola en el portalón, había decidido buscar á su madre.

— *Titina* — dijo con su lengua de trapo — *¿Po té no venes?*

Catalina dejó el cántaro, corrió hacia la pequeña y la cubrió sus mejillas de besos.

El Alcalde quedó confuso y sin saber qué hacer. La chiquilla llegaba oportunamente á salvar á su madre de un riesgo seguro.

Afianzó de nuevo la herrera en la cintura el cántaro, y dijo al Alcalde:

— Señor Damián, coja usted de la mano á la niña para que no se caiga.

Luego echó á andar gallardamente cantando:

— La mujer que tiene hijos,
no teme á nadie.
A ella la guarda el cielo
y á ellos su madre.

IIIIIIIIIIIIIIII

III

REPRIMENDA

El taller estaba en el piso bajo. Era una habitación que debió alguna vez hallarse blanqueada; á la sazón era completamente negra. En las paredes aparecían colgadas las herramientas. En el fondo estaba la fragua con su chimenea de campana y su fuelle mecánico; en el centro el yunque y el torniquete.

Nicanor tiraba de la cuerda del fuelle y encendía el hogar.

Juanillo tomó una varilla de hierro y se dirigió hacia el aprendiz con aire de amenaza. Tanor no se movió.

— Ven aquí y siéntate en ese banco — dijo el herrero soltando la varilla.— Tenemos que hablar.

Obedeció Nicanor y esperó callado en ademán humilde.

— Vamos á ver — comenzó el herrero, — ¿tienes alguna queja de mí?

— Señor Juan — contestó el aprendiz con las lágrimas en los ojos. — Bien sabe Dios que no y que ha sido usted para mí un verdadero padre. Si algún día llego á ser hombre, ya le demostraré que no olvido los beneficios.

— Hace cuatro noches — siguió el protector — que no duermes en casa. Falta un cestillo, dos platos, un cuchillo y una servilleta.

— Señor Juan, yo le juro que lo devolveré, que no he querido robarle...

— Bueno. Eso ya lo sé.. Pero ¿en dónde has pasado la noche? Vamos á ver si eres ó no embustero; si tienes valor para mentirme por primera vez en tu vida.

Vaciló Nicanor y, por fin, contestó resueltamente:

— He ido á buscar á Nila.

— ¿Al monte?

— Al monte.

— ¿Á Nila? ¿Á esa bribona? ¿Á esa fiera sin entrañas?

— Maestro — interrumpió el rapaz, — Nila es inocente.

— ¿Y aunque lo sea?...

— Y además — siguió Nicanor — es mi madre.

— ¿Que Nila es tu madre? ¿Y quién te ha dicho á ti semejante cosa?

— Me lo ha dicho ante todo mi corazón. Soy huérfano, señor Juan, y, á pesar de los beneficios

que á ustedes debo, ninguna noche he podido cerrar mis ojos sin pensar que tenía en el mundo una madre. Muchas veces al ver á Nila, cuya locura se exacerbaba al hablar de niños, comprendí que ella también sufría y que había perdido un pedazo de sus entrañas. Por último, hablando el otro día de ella con el señor Cura, me dijo con un acento que me llegó al corazón: «Compadécela, Nicanor, y aun protégela si puedes. Su locura dimana de haber perdido un hijo. ¿Quién sabe si tú serás ese?»

— Eso te dijo el señor Cura?

— Y no pude, después de esto, sacarle una sola palabra. Pero, enseguida, sentí algo así como un remordimiento por dejar morir de hambre á aquella mujer, despreciada de todos, perseguida como una fiera. Y decidí buscarla por el monte, llevarla provisiones, llamarla madre y defenderla si era necesario.

— ¡Qué hermoso corazón! — dijo conmovido Juanillo.

— Mire usted maestro, — continuó el abnegado muchacho. — La noche primera no me reconoció. Pero después parece que va recobrando la razón. Me llama hijo suyo, me besa. Ya no hay duda ¡es mi madre! Me llama su Miguel y no la conocería usted si la viera. Si sigue así, dentro de pocos días estará tan cuerda como usted y como yo. Luego yo demostraré su inocencia. Me iré á vivir con

ella, muy cerca de ustedes. La loca habrá dejado de serlo, la criminal será rehabilitada; para ella las burlas y el odio se habrán cambiado en respeto y ternura. ¡Y todo eso habrá sido obra mía, de su Miguel!

Lo decía todo esto el niño con absoluto aplomo y seguridad.

Juanillo quedó un momento pensativo; luego exclamó con frase sincera:

— Yo no sé si aciertas ó no. No sé si haces bien ó mal en dejarte llevar por esos generosos arranques. Es decir, como bien, haces bien; pero no sé si tu bella acción tendrá la recompensa que merece. De lo que sí estoy seguro, es de que vales muchísimo más que yo, de que tienes un talento extraordinario y de que no te quedarás en herrero. Los hombres de trabajo como yo, rudos, sin instrucción, sin conocimiento bastante á juzgar de los hombres y de las cosas, cuando somos honrados y llevamos un corazón aquí adentro, conocemos sin embargo muy bien cuándo hay á nuestro lado un hombre que vale, una inteligencia superior á la nuestra, como conoce en la obscuridad el pardillo, el golpeteo de las alas del águila. Solamente quisiera preguntarte una vez más si has pensado bien lo que haces y á lo que te comprometes.

— Sí, maestro — contestó rápidamente el niño. — Lo he pensado muy bien. Y, sobre todo, lo he sentido. Ocurra, lo que ocurra, sobrevenga lo



que sobrevenga, vaya en ello mi desgracia ó mi felicidad, Nila recobrará del todo la razón y tendrá en mí á su hijo. ¡Á su hijo que la defenderá de todo el mundo y que conseguirá por fin que se le haga justicia!

Juanillo era bueno, muy bueno. Atrajo al aprendiz á sus brazos y le dijo besando su frente:

— Cuenta con mi silencio y mi apoyo, hijo bueno. Esta noche iremos á ver á tu madre juntos.

IV

Á MODO DE INTERMEDIO

Es para todo narrador un difícil y embarazoso trance aquel en que ha de cortar su relato, suspender la ilación de su trama para salir á fin de cuentas, diciendo *verbi gratia* al lector desencantado y perplejo: *Han pasado cuarenta días.*

El lector no se conforma con esto; sabe que el tiempo es la sucesión de los hechos, como es el espacio el orden de las cosas, y así, no acierta á formar idea de un lapso de tiempo en que nada ocurre, como no podría imaginar un espacio en que nada existiera. Tal ha debido ser el origen de la famosa regla clásica que nuestros antecesores llamaban unidad de tiempo y lugar.

Pero el lector ha de resignarse. Ha pasado cerca de mes y medio. No es mía la culpa si en esos cuarenta días César no ha hecho sino mortificarse, Octavia cuidar de su marido enfermo y

jugar con Benita, Enrique mejorar en su lecho, Nila recobrar la razón, Nicanor proteger á su madre, Juanillo machacar en el yunque, Nicasio batallar con sus remordimientos, la Geta beber, el Alcalde jugar y el tío Todo repetir á cuantos quisieron oirle, que todo en el mundo, mayormente, es una basura.

Ni el pintor copia la realidad con todos sus detalles, ni el narrador la vida con todos sus accidentes y peripecias. Hay que referir lo saliente, no lo trivial y nimio. Y todos hemos tenido épocas en la vida, acabadas las cuales hubiéramos podido decir como el narrador: *Han pasado diez años.* ¡Ay, esas son las épocas más felices! ¡Dichosos los hombres que no tienen historia! En cambio recordamos días interminables, horas de duración inaudita, minutos prolongados por el dolor ó la melancolía hasta el último límite. Otras veces, al cabo de un período de tiempo en que nada nos impresiona, sentimos la pesadumbre de una mañana triste ó una tarde cruel. Allí se decide nuestro destino, cambia nuestra perspectiva del mundo, se transforma nuestra voluntad y nuestro carácter. En aquel día hemos vivido décadas. La narración puede comenzar.

¿Queréis, sin embargo, que os cuente cómo Nila ha sentido volver á su cerebro la luz? Escuchando todas las noches la voz de su hijo hallado, oyendo sus frases rumorosas y tiernas, sintiendo la suavi-

dad de sus caricias y el ardor de sus ósculos. Cada noche iba acostumbrándose más á verle; le esperaba impaciente en su escondrijo, contaba los instantes que tardaba en llegar. Luego, fué asociando la idea de aquel niño arrojado al camino á la del joven de cabellos sedosos y ojos fulgentes que la juraba amor y obediencia. Además, ella nunca había encontrado sino sarcasmos é injurias cuando no golpes; no era aquel tratamiento el mejor para volver á la normalidad de la vida, á la calma y regularidad cerebral. Ahora el medio en que vivía era diferente. Verdad es que su residencia era una hendidura; pero en sus lobregueces resonaba la voz amorosa de un hijo. Cierto que no podía contemplar en torno suyo sino hojas y ramajes; mas en las hojas podía ver la exuberancia de una naturaleza que nunca se agota y en los ramajes escuchar el pío maternal de las alondras animando á sus crías y el trino de los cantores del bosque como un himno constante á la fecundidad y al amor.

¿Deseáis que refiera cómo César se atormentaba? Huyendo de los hombres, macerando sus carnes, viviendo en inquebrantable y tenaz ayuno, cumpliendo sus penosos deberes de sacerdote y durmiendo sobre un tablado en su celda de penitente. Nada ya le importaba Octavia. Elevaba sus ojos al espacio infinito, á la esperanza que jamás engaña, á la idealidad que nunca muere. Sentía el ansia de lo inefable, el deseo invencible de lo ab-

soluto. Esperaba la muerte como un bien y deseaba despojarse de aquella vestidura mortal para ascender al *centro de las almas,* donde el amor no es un imposible ni la imaginación un pecado.

Octavia, por su parte, sentía encenderse cada vez más su pasión por César. Era ya un tormento insoportable, una locura sin medida. Antes de encontrarle de nuevo, sentía, sí, la tristeza del alejamiento, la melancolía de la felicidad no alcanzada. Pero esto no la impedía cumplir con sus deberes de esposa, ser cariñosa y afable con Enrique. La posesión había encendido en ella el fuego del deseo, despertado al grito atormentador de la carne. El hombre que cae puede redimirse; es más cuerdo y más frío. La mujer cuando rueda es de un modo definitivo, porque es mayor su instinto que su voluntad.

Cuando velaba á Enrique, sentía que la ahogaba el remordimiento. Hubiera querido arrojarse á sus pies, confesarle su culpa. Después no la hubiera importado morir á sus manos. Pero morir protestando una y mil veces amar á César, ser suya en pensamiento, consagrándole el último suspiro de su alma turbada y el último sacudimiento de su cuerpo despedazado por la pasión.

¡Con qué envidia miraba jugar á Benita! La niña era feliz, porque ignoraba todo. Pese á las declamaciones de los sabios, la felicidad está reñida con el saber. Es la clarividencia lo que hace

dolorosa la senectud, como es la ignorancia de hombres y cosas lo que hace amable la niñez. Si fuera posible dar á un niño el saber, la experiencia, la reflexión, la sabiduría, en fin, de la edad madura, ese niño jamás se atrevería á moverse, no llevaría en sus ojos abiertos el ansia de lo desconocido, ni en su corazón las palpitaciones de las empresas arduas. Por eso es en la juventud en quien cifra sus esperanzas el mundo, porque todo lo ignora y á todo se atreve; porque el sol de la vida, á cada paso que damos en ella, alumbra más, pero calienta menos.

Y si, además de esa sabiduría precoz, que trocaría la cuna en sepulcro, le diéramos al niño el conocimiento de sus propios destinos, entonces el frío de su inteligencia extinguiría el ardor de su corazón. No amaría, porque sabría que el amor acarrea la muerte y que sólo es lícito amar á trueque de morir. No lucharía por la verdad, porque juzgaría tal lucha estéril ó temería cegar con ella las fuentes de la dicha. Nada haría ante sus semejantes, porque, al sentarse al festín de la vida, vería, como el señor de Caudor, al espectro, despertando en su imaginación sus recelos presentes y sus remordimientos futuros.

No sólo amor es ciego: lo es todo niño. Al cruzar por el mundo, todos llevamos una linterna en la espalda que sólo alumbra la parte de camino que ya se recorrió. Más allá, delante de nosotros,

la sombra se extiende. ¿En qué paraje, en qué recodo del camino debemos descansar ó rendirnos, amar ú odiar, triunfar ó morir? No lo sabemos, y por eso nuestro paso es más firme y nuestra voluntad más segura. Un resplandor tan sólo y habremos parado nuestra marcha, temerosos de caer al abismo.

Pero Octavia se equivocaba al envidiar á la ignorancia, como también se engañaba César al enaltecer la castidad absoluta. Sólo es estéril lo inanimado. La Naturaleza, *la Dictadora,* lo ha dicho: Quien vive crea.

Es la razón una especie de maternidad. La palpitación de la idea tiene algo del estremecimiento del germen. Es con dolor y angustia como se da vida á los hijos de nuestro espíritu, no siempre benévolos, como los hijos de nuestra carne. Pero el dolor del alumbramiento está de sobra compensado con el placer de la fecundidad. Seres activos, crear es para nosotros la dicha suprema, y al pronunciar el *fiat,* sentimos que nos divinizamos y rompemos el molde en que la naturaleza nos oprime, para encender en ella la luz que ha de dignificarla y ser en sus entrañas fuente de vida. Por eso la castidad absoluta es un crimen, como lo es la enemiga al pensamiento.

No; por grandes, por profundos que sean los tormentos que nos procura el ser fecundos ó el ser sabios, la maternidad es un bien que nunca se

maldice y la sabiduría una majestad que nunca se abdica. Isis, al convertirse en diosa, no deja de ser madre. Fausto, al transformarse en mancebo, no se despoja de su saber. Por eso es desdichado, pero por eso es grande, y así, cuando deja la escena del mundo, ruegan por él Gretchen y Helena y, sobre los silencios sublimes del espacio, se eleva, para demandar el perdón de sus culpas, la voz del *Eterno femenino*.

V

LA MORAL DE LA TÍA GETA

Una mesa, un catre, un baúl, una silla desvencijada y dos pucheros; tal era el ajuar de la tía *Geta*. Cierto que la vivienda no demandaba riquezas mayores. Era un zaquizamí ahumado, cuatro paredes sobre la madre tierra y encima ocho vigas podridas, puestas en caballete y amenazando venirse con estrépito con sus tejas rotas y mal unidas sobre los temerarios que allí se encontraban.

Porque eran dos: la *Geta* y Nicasio. Ella sentada en la única silla, con medio cigarro de papel en la boca, amarillento y húmedo. Él recostado sobre el baúl, en mangas de una camisa negruzca, con sus pantalones de pana raída, atados con dos trozos de esparto sobre el tobillo y la boina grasienta ladeada, ó mejor, caída sobre una mejilla tostada por la solana y curtida por el aire del monte.

— Yo lo que le digo á usted, tía Salustiana — refunfuñó el del canalillo, — es que el día menos pensado me presento al Alcalde y lo cuento todo *de pe á pa.*

— Y te cargas de *trena* la vida de un caballo — dijo la vieja dando al cigarro un chupetón.

— Bueno. Pues lo sufriré con paciencia, pero no tendré siempre dentro del cuerpo este escozor que me consume. Además que no tendría yo tanta pena, porque la que hirió á don Enrique fué usted.

— Eso para sabido por la justicia. Yo con decir que habías sido tú, estaba del otro lado. De modo que los dos pagaríamos igual.

— Usted es una mala persona, tía Geta — saltó Nicasio.

— ¡Otra! ¿Y qué querías que fuera? — dijo la Salustiana tirando la colilla. — Soy lo que sería cualquiera persona en mi lugar, y me quedo corta.

— Eso...

— Mira, Nicasio. ¿He conocido yo padre ni madre? No. ¿He tenido alguien en el mundo que mire por mí ni me enseñe siquiera las primeras letras? Tampoco. Desde pequeñita he tenido que andar por la carretera de pueblo en pueblo y de barda en postigo pidiendo limosna. Aquí me achuchaban un perro, allí me arrojaban un trozo de escombro; era todo el mundo á insultarme. Ninguno á decirme: Chica, ven aquí: dime de dónde vienes y qué necesitas.

Nicasio escuchaba con el ceño fruncido.

— El primero que me hizo una caricia me llevó como un mastín de ganado á donde quiso, y en cuanto se cansó me arrojó á empellones. ¿Tenía yo un nombre que deshonrar? ¿Hacía mal á nadie? ¿Sabía yo si eso era bueno ó malo? ¿Tenía otra experiencia del mundo que la que tiene el perro sin amo á quien todos arrojan piedras? Si estuviera aquí el señor Cura diría que debí ser buena y esperar á que un hombre se casara conmigo; pero quisiera yo saber qué hubiera hecho en mi lugar y qué boda hubiera esperado otra mujer fea como yo, hambrienta como yo, despreciada como yo lo estaba por todo el mundo. Los que nos dicen que hay que ser buenos, no tienen hambre. Todos los libros de moral se han escrito de sobremesa.

— Diga usted que era mala *de nación* — interrumpió Nicasio — y no me venga usted con pamplinas.

— ¡Mala de nación! — contestó la Geta. — De nacimiento todos somos malos. Si no, mira lo que hacen los salvajes y los chicos y todas las personas que no tienen quién las dirija. El comportamiento no es una cosa natural. Se va haciendo, pero se va haciendo cuando se puede; cuando no, lo primero es vivir.

La vieja decía todo esto con aplomo, como si estuviera exponiendo todo un sistema.

— ¿Has visto tú que salga á robar á la carre-

tera ningún rico? ¿Has visto que se emborrache en la taberna con aguardiente ninguna duquesa? Si mi padre hubiera sido un capitalista, yo hubiera sido doña Salustiana, y en vez de cometer fechorías, estaría á estas horas haciendo limosnas á los pobres ó en un convento de esos á que van las jóvenes con dote, rezando el trisagio con toda mi virginidad á cuestas.

— Por sí ó por no — insistió el gañán, — repito que no es usted una buena persona.

— Ni puedo serlo. Yo comprendo que se porte bien con el mundo quien recibe algo de él. Pero ¡yo, que no he recibido nunca más que daño y ofensas! A fuerza de ver que nadie miraba por mí, he concluído por mirar yo misma y hacer mi santa voluntad. ¿Quiero dormir? Duermo. ¿Quiero comer? Como. ¿Que no tengo qué? Lo robo y en paz. Y, además, siento así como una alegría interior cuando hago daño á alguien; me parece entonces que devuelvo algo del que se me ha hecho á mí. ¿Soy una fiera? Mejor. El que no quiera tener fieras, que no críe cachorros.

— Pues yo, tía Salustiana — dijo el del canalillo, — he sido menos desgraciado que usted, porque he tenido una madre, y esa madre me ha enseñado á ser bueno. En el pueblo no me ha ganado nadie á bruto, pero tampoco á hombre de bien, y ¡mire usted por donde la cochina codicia y sus engaños de usted me han llevado á hacer una

barbaridad muy grande! Yo creía que no íbamos á hacer más que asustar al que se presentara, pero usted se adelantó y le dió una puñalada en la espalda. Y todo ¿para qué?: para tener que echar á correr enseguida sin sacar el menor provecho; porque caer el señorito y venir gente fué todo uno. El caso es que yo no duermo ni como y que tengo una pena que me parte. Lo único que me consuela es no haber cometido el crimen solo. Eso de saber que no es uno solo el que comete el mal, alivia mucho de remordimiento. ¿Sabe usted por qué fué Caín tan desgraciado? Porque nunca pudo encontrar otro Caín.

— De todo eso que dices — habló la vieja, — lo que yo saco en limpio es que no tienes sentido común y que, el día menos pensado, te vas á perder y me vas á perder á mí. Pero si, afortunadamente, don Enrique está casi curado, ¿qué adelantas con presentarte á decir lo que nadie te pregunta?

— Mire usted, tía Salustiana — dijo levantándose Nicasio.— Si no se echara la culpa á nadie de lo que ha sucedido, maldito si hacía falta confesar. Pero como hay una pobre mujer en el monte hace mes y medio, si es que no se ha muerto de hambre á estas fechas, que está sufriendo la pena negra por la culpa de usted y la mía, yo no puedo permitir que eso ocurra, porque permitirlo sería un delito mucho más grande que salir al camino á robar.

— Haz lo que quieras — contestó la mendiga; — te ha dado hoy por la santidad y más vale así. Además, tú crees que no hay más que encerrarte en una celda ó colocarte en un taller para pasar allí seis ú ocho años, acabados los cuales saldrás tan campante sabiendo un oficio y dispuesto á hacerte querer de todo el mundo. ¡No estás en mala equivocación! Hijo mío: el presidio es mucho peor que lo que te figuras.

— Ya lo sé que tengo que trabajar y sufrir y no salir de allí hasta que cumpla.

— Pero lo que no sabes es que habrás de sufrir que hombres como tú te den de cachetes.

— ¡Caramba! Eso...

— De cachetes, así como suena. Y allí no te vale el genio. Te pegará primero el capataz, luego el matón que cobre allí el barato...

— Ó no me pegará.

— Si quieres estar toda la vida con un grillete, no digo que no. Pero ese remedio sería peor que el daño. Después, en vez de aprender, lo que harás será volverte un pillo sin entrañas, haragán, ladrón...

— ¡Por vida de...!

— Y, cuando salgas, ya puedes arrojarte al río de cabeza, porque nadie te dará trabajo, ni te dirigirá la palabra, como no sea más criminal que tú. Entonces te verás como yo me he visto y comprenderás que puede llegar un día en que tiene uno

que ser malo á la fuerza. Porque el mundo, con todas sus leyes, corrige así: haciendo de un hombre un idiota y de un buen muchacho un criminal. Tú crees que la sociedad es muy buena; pero tiene mucha razón el tío *Todo* cuando jura que, en ella, todo, mayormente, es una basura.

— Tía Geta — prorrumpió sofocado Nicasio, — usted es para mí el demonio. Yo no sé lo que haré, ni cómo terminaré; pero lo que es usted, acabará malísimamente.

— Acabaré — dijo la Geta — como cada hijo de vecino. En esa tierra que todo se lo traga. Lo demás es conversación.

VI

LO QUE DICE EL CORO

Explanada frente á la iglesia de Torreparda. Árboles á los lados: en el centro una cruz de piedra. Es mediodía.

El Alcalde. Desde que llegó al pueblo el ferrocarril, se han echado á perder aquí las costumbres. Antes, nadie oía misa después de las diez y aun mucha gente entraba en la iglesia con el alba. Ahora, todo el mundo viene á misa de doce. Y míralas, míralas, qué compuestas ellas. ¡Rediez, y ninguna tiene dos reales!

Diego el albéitar. Todavía no hay para qué quejarse, una vez que la gente viene; porque, después de todo, más vale sembrar tarde que barbechar temprano.

El tío Todo. Tiene razón Diego.

El Alcalde. ¿Qué ha de tener? Cuando hay

que hacer una cosa, lo mejor es hacerla cuanto antes. Y en estas que rezan con la Iglesia no hay que andar jugando.

El tío Todo. Tiene razón el señor Damián.

Diego. Pues bien decía usted el otro día que todo eso de los curas era una monserga y que á usted le tenía sin cuidado el infierno.

El Alcalde. Es que esas cosas se dicen entre amigos; pero luego, delante de la gente, hay que hacer lo que todo el mundo.

Diego. Más bien creo yo que no debe uno desdecirse ni volverse atrás de lo que ha asegurado una vez, porque lo que has de recoger no lo viertas, y quien desanda el camino, tarde llega á su destino.

El Alcalde. ¡Hombre! Sacas unos refranes que no los he oído en ninguna parte. Por fuerza los inventas.

Diego. ¿Pero son verdaderos?

El Alcalde. ¿Yo qué sé? Mira: por allí viene doña Octavia.

Diego. ¡Qué guapa es, y qué buena!

El tío Todo. Es verdad.

El Alcalde. En cuanto á guapa, no lo niego. En cuanto á buena, maldito si nos consta.

El tío Todo. También es cierto.

Diego. ¡Qué! ¿Sabe usted de ella algo malo?

El Alcalde. ¡Como que si lo supiera te lo iba á decir! Lo que sé es que siempre está muy pen-

sativa y que se compone demasiado para ser una mujer que tiene el marido enfermo, y que se pasa las noches escribiendo y que, aunque á don Enrique le asiste como le asistiría cualquier mujer cariñosa, no le mira con el cariño con que debiera mirarle.

DIEGO. Esas bien pueden ser aprensiones de usted, que no todo lo que chilla es carreta y no digas «Conejo he matado» que puede ser liebre.

EL ALCALDE. ¡Válgame Dios con los refranes que ni son tales ni los ha oído jamás bicho viviente! Si se perdiera el refranero no había para qué sentirlo, que, á bien que tú estabas aquí para hacernos otro, largo de talle. ¿No es verdad, señor Joaquín?

EL TÍO TODO. Tan verdad como que aquella es mi mujer.

DIEGO. Es cierto: la muda. Y detrás viene Nicasio. ¡Vaya una cara que tiene estos días! ¿Qué le pasará, señor Damián?

EL ALCALDE. Alguna atrocidad. No le pasan más que atrocidades. Volviendo á doña Octavia, he notado que en la iglesia no se santigua.

DIEGO. Eso sí que es malo. Ni mujer atea ni guiso que no se menea. Pero tampoco es bueno hacer lo que hace el señor Cura, que se pasa la vida rezando. Ese tiene sobre su conciencia algo muy gordo. Porque, si no, ¿á qué venía tanto mortificarse?

El Alcalde. No seas mal pensado, que tú bien poco te mortificas y eres un tunante de marca mayor. ¿No es verdad, tío Joaquín?

El tío Todo. Todo es una basura, mayormente.

Diego. Más vale hombre trabajador que burro rezador. Y en eso de tunantes cada cueva tiene su rata, y al que le duele chilla, y en fresnos y en concejos muchas varas se doblan.

El Alcalde. Puede ser que se te doble alguna en los cascos. Verás entonces cómo no te quedan ganas de ensartar retahilas.

El tío Todo. Allí va Juanillo con toda su tropa.

Diego. Con toda no, que falta Nicanor.

El Alcalde. Ese... Ese me parece á mí que va á dar con sus huesos muy pronto en los calabozos de Hontanera.

Diego. Pues ¿qué hace?

El Alcalde. Hace... No sé lo que hace. Pero confío en saberlo pronto, y en cuanto lo sepa fijamente, le mandaré atado á la cárcel de partido con una pareja de la guardia civil.

Diego. ¿Tiene usted de él alguna sospecha?

El Alcalde. Verás. Hace ya más de mes y medio que todas las tardes se marcha hacia el monte. He querido seguirle varias veces, pero como tiene las piernas más ligeras que yo, siempre he concluído por perderle de vista. Lo que más me ha llamado la atención es que siempre lleva un

cestillo con provisiones. ¿Para quién? Esto es lo que me falta averiguar.

Diego. Y en todo eso, ¿qué encuentra usted de malo?

El Alcalde. Si en el monte no hubiera bribones escondidos, nada. Lo peor es que allí debe encontrarse oculta Nila, y Nila fué quien hirió á don Enrique. Así, el chiquillo ese pudiera muy bien ser un encubridor. Excuso deciros que, como eso se demuestre, le ha caído qué hacer.

El tío Todo. Difícil va á ser averiguarlo.

El Alcalde. A mí se me han ocurrido varios ardides. Uno de ellos consiste en encerrar á Nicanor en el Ayuntamiento y darle una paliza fenomenal hasta que cante.

Diego. ¡Qué barbaridad!

El Alcalde. He pensado también poner en el monte unos cuantos cepos para que en una de sus correrías se quede allí bien sujeto de una pata hasta que Dios sea servido socorrerle.

Diego. Eso me parece mucho peor; porque podemos ir al monte uno de nosotros y pagar culpas que no hemos cometido. De modo que si no tiene usted otros medios de descubrir la verdad, medrados estamos.

El Alcalde. Queda otro recurso. Que le sigas tú que tienes buenas piernas y vayas tras él esta noche por el monte. De esa manera podemos averiguarlo todo.

DIEGO. ¿Ir yo al monte de noche? No hay miedo de que ocurra. Quien no las quiera que no las busque, y no será el hijo de mi madre quien vaya á buscar mistos al polvorín.

EL ALCALDE. ¿Tienes miedo? ¿Crees que hay en el monte brujas?

DIEGO. Yo no sé lo que habrá. Pero, por sí ó por no, no he de ser quien se atreva á meterse entre ellas.

EL ALCALDE. Pero ¿crees de verdad en duendes?

DIEGO. ¿No fía usted en los milagros del santo del pueblo?

EL ALCALDE. ¡Qué he de creer, hombre, qué he de creer! Todo eso son leyendas.

DIEGO. Entonces ¿para qué viene usted á arrodillarse ante su peana?

EL ALCALDE. ¡Bárbaro! Porque hay que vivir con todo el mundo y mucho más cuando se tiene la vara de Alcalde.

EL TÍO TODO. Entremos, que han dado el tercer toque. Al fin y al cabo, todo es... ya me entienden ustedes.

IIIIIIIIIIIIIIII

VII

PARA SALTARLO QUIEN QUISIERE

Lector: ¿tienes fe en las leyendas?

Si así fuere, vivirás con los dioses cómo Homero y con los caudillos como Ossian; recorrerás los espacios con Verne y de Wells y las selvas con Ruskin; subirás á los campanarios con Hugo y Dickens y rozarás la superficie del lago con Scott y el autor de los Niebelungos. Cuando todos se muestren ignorantes, tú leerás en las piedras de los templos, descifrarás el polvo de las ruinas, interpretarás el rumor de los bosques, y verás claro en el enigma del espacio infinito. Todo será para ti consuelo y dulzura; porque la verdad es un sol que, conforme avanzamos en la vida, va desvaneciendo las sombras y multiplicando las desilusiones.

¿No fías en consejas? Entonces serás más inteligente, más humano. Habrás perdido, según

expresión de un orador ilustre, la virginidad de la fe para adquirir la maternidad de la razón. Para ti no tendrá nieblas el pasado, ni el porvenir brumas. Habrás realizado, de una vez para todas, tu función de hombre, y sentirás sobre tu corazón un incomparable y raudo aleteo que no será sino el vuelo de la inteligencia emancipada sobre los secos yermos de la vulgaridad y de la rutina.

Lo peor que pudiera ocurrirte es no sentir la grandeza de la leyenda ni la excelsitud augusta de la razón; haber perdido á la vez la reflexión y el instinto; verte desamparado á un tiempo mismo de la ciencia y la poesía. Dudando igualmente de lo que fué y de lo que será, cuando todo esté mudo, no hallarás en tu corazón un acorde; cuando te sientas sumergido en tinieblas, no podrás encender en tu frente una luz. Una sonrisa vaga, desengañada, asomará á tus labios. Como el viejo doctor alemán, tendrás siempre á tu lado una mefistofélica sombra y te hallarás escéptico y abatido en el laboratorio y en el templo, en Walpurgis y en Heidelberg, en el jardín de Margarita y en los exuberantes pórticos del templo corintio de la Helena clásica.

Y, si tuvieras que fingir á un tiempo mismo credulidad y análisis, aparentar la fe destruída, como la ciencia no alcanzada; si hubieras de esconder con el velo de la conveniencia social todos los crisoles que en tu corazón hay sin oro, todas

las aras que en tu frente hay vacías, tu tormento sería incomparable. Serás tan extranjero en la aristocrática Europa como en la América miliardaria; cabe las ruinas de Jerusalén ó de Tebas como en los paraninfos de Weimar ó de la Sorbona. En contradicción permanente tu pensamiento con tus palabras, sentirás sin cesar el dejo amargo de quien rinde culto á la hipocresía, reverencia al disimulo, pleitesía á los convenios tácitos. En fuerza de alimentar y esconder tu duda, acabará por ser un ogro fiero y ventripotente que te devorará las entrañas.

Afortunadamente, te supongo libre de compromisos, exento de preeminencias que te esclavicen y honores que te aferren como á un Prometeo de la verdad. Así, puedes elegir entre el cielo y la tierra, entre el azul crepúsculo de lo que fué y el alba rosada de lo que será, á menos que tu corazón sea tan grande y tu inteligencia tan poderosa que lo ames todo y sepas encontrar en los grandes errores el germen maravilloso y vivificador de las grandes verdades.

Es hermoso recoger en los campos mismos de Farsalia la piedra enrojecida por el ardor de las legiones, sin perjuicio de buscar luego en sus moléculas la composición del cinabrio. Es bello ver surcar el espacio el rayo de Júpiter y sentir toda la grandeza y excelsitud del Empíreo pagano, sin dejar por eso de calcular, si es preciso, el número

de voltios. Es consolador llorar esas leyendas que se acaban, en sentir del Alcalde de Torreparda, y extasiarse después ante los problemas que, á juicio del mismo funcionario, son impíos. Hay que sentirlo todo, amarlo todo, hacerse artista y pensador y, primordialmente, veraz, para merecer la ciudadanía de un mundo que, concretándose en realidades abajo, se desvanece arriba en idealidades supremas.

Y entonces, solamente entonces, es cuando se comprende toda la inanidad del egoísmo humano y se experimenta el noble, el generoso, el incomparable placer de vivir.

VIII

SACRIFICIOS

Modesta, pero no sin cierta severidad y gallardía, es la iglesia de Torreparda. Flanquean la puerta cuatro pareadas columnas, así como la ventana colocada encima, á cuyos lados aparecen cobijadas bajo doseletes las imágenes de Nuestra Señora y San Bonifacio, patrón de la aldehuela. Forma el remate una á modo de galería de cuatro ojivas orladas de cordones concéntricos y termina todo en una ancha espadaña triangular que tiene en medio otra ojiva con un escudo en su vértice en el cual aparece sola esta inscripción: *Ave Maria, gratia plena.* A los dos lados y hasta la mitad de la altura del frontispicio de piedra calcárea, se elevan dos á modo de murallones que no son sino cuerpos de edificio provistos de recios contrafuertes y de una ojiva cada uno. Por fin, encima de uno de estos dos cuerpos se alza la torre, del

mismo orden, pero terminada en un remate desgraciadísimo de pizarra y coronada por una cruz.

No responde la iglesia en su interior á lo que la fachada enfática ofrece. Una nave en forma de cruz latina, blanqueada en toda su extensión y enlosada de piedra, sobre la cual se ven no pocas lápidas sepulcrales, y, señaladas en la pared, algunas columnas, cuyos capiteles llevan sencillas volutas por único adorno. En frente, aparece el retablo churrigueresco y tallado primorosamente en roble con la imagen de la Virgen y el tabernáculo. La iglesia es pobre, pero alegre y limpia y, por dos anchos ventanales, se refleja la luz que hiere los ramajes cercanos al atrio y penetra en el templo con un risueño verdegay.

La misa ha comenzado, y César, revestido, recita con voz susurrante el gradual. Hay algo en toda su figura de fervoroso, de sublime si se quiere. Todo ante el altar lo ha olvidado y al volverse para abrir sus manos frente al pueblo, ni siquiera ha visto á Octavia que arrodillada y vestida de negro semeja, con la cabeza inclinada, una penitente contrita.

Parecía rezar, abstraerse del mundo, y lo que hacía era sentirse cada vez más humana, más mujer, por decirlo así. Aspiraba con delicia los efluvios del monte que penetraban en el templo impregnados de aromas de zarzarrosas, de englantinas, de saúcos, de romero y de salvia meli-

flua. Miraba luego cómo azuleaba el incienso y subía en nubes algodonáceas para deshacerse en volutas suavísimas. Su corazón estaba lejos, muy lejos del sacrificio.

Ella hubiera querido ser santa, pero se sentía mujer y mujer enamorada, mas con enamoramiento invencible, satánico. Le parecía que todo cuanto se interponía entre ella y el ser amado era odioso, digno de ser exterminado y raído de la haz de la tierra. Y el hombre á quien amaba, aquel por quien hubiera dado toda su vida, estaba allí, ante el altar de Dios, revestido de sus ropas sacerdotales, olvidado de todo, pensando sólo en la Divinidad, sintiendo la nostalgia de otra vida en que no podría encontrarle, porque se sentía cada vez más culpada y más tentada de sacrilegio.

Conforme César había ido huyendo de su lado, ella había sentido encenderse más y más su pasión. No se explicaba cómo aquel hombre de pasiones violentas, que la había amado con frenesí, á quien suponía capaz de todos los extravíos y aun de todos los crímenes, una vez puesto en su presencia, había conseguido dominarse, y en la lucha entre su amor y su fervor religioso, dar á éste el triunfo. Sin duda le ayudaba en tan terrible empresa alguna fuerza sobrenatural. Y ella misma quería imitarle, pero ¡ay! no podía. Aquel sacrificio que presenciaba le parecía inhumano, y se preguntaba con qué razón Dios, que le daba

aquella pasión funesta, le impedía satisfacerla obligándola á una resignación sin fruto y á un sacrificio estéril.

Luego volvía la cabeza y veía á la mujer de Juanillo, rodeada de chicuelos de todos tamaños, sonrientes con sus carrillazos de albérchigo, y sentía como un pesar hondo que no era sino envidia. ¿Por qué aquella mujer había de tener tantos hijos, tantos seres por quienes velar, á quien estrechar en sus brazos, y ella había de verse privada de los amores más santos y de los sentimientos más nobles? Allí mismo, sobre el altar, se veía á la Redentora, con su niño sonrosado sobre las rodillas. Ella sola, Octavia, estaba privada de tal consuelo y su naturaleza se rebelaba. Se rebelaba, sí; sentía que en sus mismas entrañas resonaba el grito de su protesta.

Volvióse nuevamente César, después del Evangelio, y entonces la vió. Una palidez lívida corrió por su semblante y se estremeció de pies á cabeza. Tornó hacia el altar y al arrodillarse permaneció inmóvil largo rato con la frente apoyada en el borde del ara. Después se levantó y siguió su rezo monótono, con voz doliente, pero firme.

Octavia sintió también una gran sacudida y luego una sensación de consuelo. ¡Todavía la amaba! Hubiera querido hablarle siquiera una vez, para decirle que toda aquella lucha era inútil, que era preciso sacrificarlo todo, dioses y creen-

cias, leyes y convenciones, vínculos y promesas, y huir, huir, donde pudieran crearse otro mundo, donde nada les impidiera adorarse, ser el uno del otro y realizar su fin en la tierra.

Comprendía que tal propósito era criminal. Sabía muy bien á lo que se exponía, conocía el carácter de Enrique, la posibilidad de que llegara á enterarse de cuanto en su alma ocurría. Pero estaba decidida á todo. ¿Por qué había vuelto César? ¿Por qué se había cruzado nuevamente en su camino, cuando ella parecía dispuesta á olvidarle? ¿Por qué en fin había cedido á la seducción aquella noche en el jardín? Había arrojado leña al fuego, y ese fuego era ahora inextinguible y debía acabar por devorarlos. No. Ahora no podía ser de Dios ni de otra mujer; ahora tenía que ser suyo, sólo suyo. Ningún decreto divino ni humano podría impedirlo.

Y la infeliz, llevada de su ardiente locura, no se daba cuenta de que hablaba á lo mejor en voz alta, que tendía los brazos á César y que no pocos fieles la contemplaban con estupor. Había en el pueblo sospechas, indicios y aun verdaderas y concretas acusaciones. Aquello corroboraba todo y empezó á correr por la iglesia un sordo rumor. Entonces recordó haberle nombrado en voz alta y se repuso. Abrió su libro de oraciones y se puso á leer.

Hubo de dejarlo. El sol entraba en la iglesia

por una alta vidriera listada y derramaba sobre la losa de un sepulcro sus tonos gayos. Un aire embalsamado entraba también y parecía rememorar jardines cubiertos de gladiolos, orquídeas y acianos, de tréboles rosa y lujuriantes y encendidos claveles. Los pájaros cantaban; se escuchaba su trino y parecía que la naturaleza entera gritaba que ella también era santa y sublime y grande y que, fuera de aquel lugar mezquino y obscuro, ella también tenía su templo.

Pasó el *sanctus* y las campanas vibraron con sonidos graves é isócronos. Todo el mundo se puso de rodillas. Luego vino el *Agnus*. Después ocurrió un incidente que debió tener luego gran resonancia.

Al pasar el sacerdote de un lado á otro del altar con las manos juntas, se vió claramente que vacilaba. Abrió las manos y vaciló de nuevo como quien es atacado de un fuerte desmayo. El acólito le sostuvo y él mismo apoyóse en el altar para no caer. Los ayunos, las penitencias le tenían postrado y débil. Además, en las luchas de dioses, sacan los mismos ángeles rotas las alas y en las que sostienen el espíritu con el cuerpo, hasta cuando sale vencedor, muestra heridas profundas. César era vencedor de sí mismo, vencedor heroico. En fuerza de luchar, había dejado de ser hombre para ser sólo sacerdote. Pero su cuerpo desfallecía. Hubo un momento en que cerró los ojos y pareció á todos que iba á caer.

Entonces fué cuando Octavia dió un grito ahogado, levantóse y avanzó hacia el altar. Luego, confusa, avergonzada de sí misma, retrocedió. Pero todos cuantos estaban en la iglesia vieron su angustia y su sobresalto.

Repúsose César y continuó el sacrificio. No había visto sin duda la imprudencia de la infeliz. Por grande que fuera la maledicencia en Torreparda, por hondas que fueran las raíces que pudiera echar allí la calumnia, era materialmente imposible que ninguno, ni aun el más osado, pudiera dudar de la virtud de aquel asceta, de aquel verdadero mártir, que llevaba en su rostro impresas las huellas del sacrificio, y que en las más violentas luchas con la carne, sabía rendir á la Fe su propia vida en holocausto.

Octavia vió todo lo que pasaba en el corazón del cura; midió toda su grandeza y se asustó de su pequeñez propia. Comprendió también que estaba perdida, que su movimiento inconsciente la había denunciado y que por todo el pueblo correría como la llama por un reguero de pólvora la nueva de su pasión por César. ¿Qué le importaba? Aquella pasión no era correspondida. Lo vería también todo el mundo. Ella sola era la culpable. Si Enrique se enteraba, mejor. Así la mataría, porque lo haría de seguro y podría al fin descansar de los tormentos de una pasión sin esperanza y de los desabrimientos crueles de una vida infecunda.

Terminó el sacrificio. César retiróse con la cabeza baja y rezando. Todo el mundo se levantó. Pero, antes de que nadie iniciara la retirada, un suceso inaudito vino á llenar á todos de sorpresa y asombro.

Adelantóse Nicasio hasta las gradas del altar con el rostro descompuesto completamente; subió al tablado y, volviéndose al pueblo, dijo con voz poderosa y clara:

— Sépalo todo el mundo para descargo de mi conciencia. Salustiana y yo somos los que hemos herido á don Enrique. Nila es inocente.

IX

QUIJANO EL BUENO

Aquella tarde, Nicanor, cuidadosamente vestido, pulcro, lleno de alegría que se reflejaba en sus ojazos negros, saltando como un pinzón al salir la aurora, llamó fuertemente á la puerta del señor cura.

Abrióle el mismo César. Desde que Nila había huído al monte, vivía completamente solo. Había dado sus ropas de cama y mesa á los pobres y dormía sobre un tablado. No necesitaba encender el hogar, porque se alimentaba solamente de pan y frutas.

Al entrar, Nicanor no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, viendo la extrema pobreza del ajuar y la escasez de lo más necesario. Sonrió débilmente César, y haciéndole sentar, le dijo con voz afable:

— ¡Hola! ¿Qué te trae por aquí, buen corazón?

— Señor cura — contestó en seguida el muchacho.— Ya sabe usted lo ocurrido en la iglesia.

Púsose de repente muy serio César. Pero la densa nube que cubrió su semblante disipóse casi en seguida y dijo cariñosamente al herrerillo:

— Sé que Nicasio se ha declarado culpable del delito de que fué víctima don Enrique. ¿Es eso lo que te trae?

— Eso precisamente no. Pronto me explicaré con claridad completa.. Lo más importante para mí, es que, estando Nicasio confeso de ese delito, claro es que quedan sin fundamento las sospechas que recayeron en los primeros momentos sobre Nila.

— Indudablemente.

— Y por lo tanto — siguió Nicanor radiante de gozo, — que puede volver al pueblo, sin que nadie la ofenda y sin correr el menor riesgo.

— Desde luego — interrumpió el señor cura.— Pero ¿cómo es que te interesas tanto por esa infeliz loca?

— Señor cura — contestó el rapazuelo: — Nila no está ya loca.

— ¿Que no está loca? ¿Pues quién la ha curado?

— Yo.

Decía esto el herrerillo con el aplomo, con la seguridad con que pudiera haberlo dicho Charcot. No había medio de dudar de la buena fe con que pronunciaba aquellas palabras.

— A ver, explícame eso — dijo César con interés.

— Verá usted — dijo el chico. — Desde el mismo día en que Nila se vió obligada á esconderse en el monte, he ido á buscarla yo todas las noches.

— ¿Para qué?

— Para llevarla provisiones y consuelos. Como la pobre nunca ha oído, desde que perdió la razón, sino palabras duras, acogió las mías con cariño. Y en fuerza de cuidados y de despertar en ella, muy poco á poco, ideas, y de quererla mucho, su pobre inteligencia dormida ha ido despertando hasta que, disipada la causa principal de su extravío, que era el recuerdo de una gran desgracia, ha ido encontrándose sana y cuerda. No; de seguro que cuando usted la vea, no la conoce.

¡Qué contento estaba el herrerillo! César, de ordinario tan triste, sintió que se le comunicaba aquella sana y noble alegría.

— Todo eso puede muy bien haber ocurrido con la ayuda de Dios — dijo; — pero hay que convenir en que es verdaderamente extraordinario.

— ¡Ay, señor cura! — siguió Nicanor, pasando la mano por su frente, sombreada por sus negros cabellos, como un lago de Ceylán por un boscaje de ébano. — Por dormida, por aletargada que pueda estar una inteligencia, no tiene más remedio que revivir cuando una voz cariñosa, que es al mismo tiempo la que Dios ha escogido para hacer el mila-

gro, dice á su oído constantemente: ¡Despierta, despierta pronto, que soy yo quien te llamo! ¡Mira que necesito que me conozcas! ¡Mira que vengo por tus caricias, y que si no me reconoces, van á envolverme las mismas sombras que á ti!

— Veo que te explicas muy bien — dijo César enternecido.— ¿En dónde has aprendido tú á expresarte con esa facilidad? Es en verdad sorprendente tu cultura.

— Mire usted, señor — contestó el muchacho.— Desde muy pequeñito aprendí á leer. Es un beneficio inmenso que debo al señor Juan y, desde entonces, no ha caído papel en mis manos que no haya leído y releído muchas veces. Luego, el maestro y el Alcalde, que tienen algunos libros, me los han ido dejando todos, y algunos me los sé de memoria.

— ¿Y qué libro te ha gustado más?

— El Algebra de Cirodde.

— ¡Hola, hola!

— Y después el Quijote. Si yo hubiera tenido que ser un personaje de novela, me hubiera gustado ser Quijano el bueno.

— ¿Y el catecismo? — preguntó el cura con intención.— ¿Acaso no te agrada?

— También — contestó el niño después de un momento de pausa.

— Parece que lo dices así fríamente.

— No, señor. Hay allí cosas muy hermosas, pero que yo no puedo discutir y muchas ni aun

comprender. Pero allí está la doctrina de la caridad. ¡Qué cosa tan hermosa la Caridad, si no existiera la Justicia!

— Bueno, bueno, dejemos eso — interrumpió César un tanto disgustado, — y dime quién te ha sugerido la idea de ilustrarte y tomar con tanto entusiasmo el estudio.

Sin vacilar, el muchacho contestó:

— La Dictadora.

— ¿Qué dictadora?

— La Naturaleza. Ella sabe más que todos los hombres y enseña más que todos los libros. A cada cual le da un instinto y no tiene más remedio que seguirle. «Tú serás sabio, le dice á uno, y lo es. Tú serás rey, le grita á otro, y reina.» No me cabe la menor duda.

— Vamos, es una de las brujas de Macbeth.

— De nada sirve querer contrariarla, porque á la corta ó á la larga se sale con la suya. Ella dicta sus leyes y de nada sirve nuestra desobediencia ó rebelión.

— ¿Lo crees así?

— Estoy seguro. Todo lo que sea ir contra la Naturaleza es atormentarse y perder el tiempo, si es que también no se pierde la vida.

Habíase quedado César pensativo y el niño calló para no molestarle. Transcurrió así un buen rato, hasta que el cura dió un profundo suspiro y dijo á Nicanor:

— Bueno. Ahora dime á lo que has venido.

— Señor cura — dijo el niño, cambiando en grave su tono jovial. — Usted me dijo que Nila había perdido un hijo, y ese hijo soy yo. Lo he comprendido por algunas palabras de usted y por una porción de observaciones que he ido yo haciendo. Pero no puedo hablar á Nila de lo pasado, porque su inteligencia comienza en seguida á nublarse; y así, no consigo saber muchos detalles que me interesan. Sé que soy su hijo, porque ella misma me ha reconocido y con mi cariño ha recobrado la razón. Por consiguiente, espero que sea usted conmigo más explícito y me diga usted cuanto sepa sobre el particular.

— Todo cuanto pudiera decirte, hijo mío — contestó cariñosamente César, — es un secreto de confesión que no me pertenece ni puedo revelar. Pero lo que sí puedo decirte es que, después de indicarte que Nila podía ser tu madre, he adquirido más datos que desvanecen tal sospecha. El cadáver del hijo de Nila fué hallado y sepultado después en el cementerio del lugar en que fué encontrado sin vida, muy distante del en que te encontró Juan.

Quedóse el niño como aterrado; pero aun tuvo valor para preguntar:

— ¿De modo que Nila no es mi madre?

— No, hijo mío; no lo es — contestóle César.

Una palidez densa extendióse rápidamente por

el rostro de Nicanor, que quedóse mudo y como petrificado. Parecía haber recibido un golpe mortal. Quiso hablar y no pudo. César mismo se asustó del tremendo efecto que habían producido en él sus palabras.

Nicanor pudo hablar por fin.

— ¡Dios mío, qué desgracia tan grande! — dijo rompiendo en llanto.— ¡Vivir siempre sufriendo la orfandad más amarga, el más miserable abandono, con la esperanza siempre de encontrar un día una madre que le consuele á uno, que le estreche contra su corazón y le llame hijo mío; creer haberla encontrado al fin, sentir nacer en el corazón los más tiernos afectos, los sentimientos más nobles y puros, acostumbrarse á la idea de ser feliz y amado, levantar una catedral de esperanzas y de ilusiones y de alegrías y, de pronto, ver como todo se viene al suelo, sin más que escuchar una voz que nos dice: *No; tu madre no es esa!*

César estaba acongojado. El niño lloró largo rato como si su miserable orfandad comenzara entonces.

— ¿Por qué he venido á hablar con usted? — dijo sollozando el herrero.— ¡Era yo tan feliz con la idea de que había encontrado á mi madre! ¡Tan dichoso acariciando sus cabellos, tan venturoso durmiendo en su tierno regazo! ¡Y ahora otra vez á las largas noches de insomnio y á los días en que todo está triste y frío, y á esperar en vano encon-

trar lo que todos encuentran, solo y sin un ser que me acompañe; triste y sin una persona que me consuele!

Era tan verdadero su dolor, que César sentía ya haber sacado de su error á aquella tierna é infeliz criatura.

De pronto una idea asaltó á Nicanor.

— ¡Pero yo no puedo — clamó — enterar de lo que pasa á Nila! ¡Sería una abominación sin ejemplo! La desgraciada ha recobrado la razón no más que por haber encontrado á su hijo. Han sido mis caricias, mis palabras, mis sacrificios, los que han encendido la luz en su cerebro sumido en tinieblas. Ha sido la seguridad de haberse cambiado su destino lo que la ha despertado á la vida y al pensamiento. Desengañarla ahora sería volverla á la locura, arrojarla brutalmente al abismo de que, con tanto esfuerzo, acaba de salir. ¡No: eso sería un asesinato!

Estremecióse el cura. Le pareció que, por su culpa, iba á reproducirse el crimen de Enrique.

— ¿Y qué hacer? — balbució atolondrado.

— ¿Qué hacer? ¡Callar, señor cura, callar! ¿No dice usted que cuanto sabe lo han dicho en confesión? Callar y que la infeliz siga en su engaño y que crea que yo soy su hijo y que sea feliz aunque yo me atormente. ¡Callar; cumplir mi sacrificio y hacer que tenga la pobre las esperanzas y los anhelos, y las ternuras que á mí me faltan!

Después de enjugarse los ojos prosiguió:

— Yo la he dicho que sé que soy su hijo por usted; porque ella perdió la memoria de aquel tiempo é ignora los detalles de su desgracia. Yo huiré además con ella á donde nadie pueda descubrir algún día mi pobre engaño. Yo la diré una y mil veces que soy su hijo. ¡Pero, por Dios, no me desmienta usted, señor cura!

La abnegación, la virtud, la ternura del niño eran sencillamente sublimes.

César se conmovió.

— ¡Descuida, alma gigante, corazón de oro! ¡No; no te desmentiré!

Nicanor se arrodilló á los pies del asceta.

— ¡Ah, gracias, señor cura, gracias! — gimió.

Besó sus manos, levantóse y salió de la habitación rápidamente.

Las estrellas lucían ya en el cielo, el ambiente era sereno y perfumado, como en aquellas noches en que el niño acariciaba en el bosque los enmarañados cabellos de Nila.

IX

EL SACO DE GANTE

Habíase levantado el enfermo. A no ser por cierta palidez y demacración propias de quien ha permanecido en el lecho toda una cuarentena, no se hubiera reconocido en él al penitente angustiado que con invencible terror veía acercarse la muerte. Los ojos habían recobrado su brillo, y, con él, la dureza que les era habitual. Unos cuantos días de convalecencia y Enrique volvería á ser el hombre vigoroso acostumbrado á todos los deportes; el gallardo y atrevido jinete de Hyde Park, el remero incansable de Asnières.

Era su despacho una habitación reducida, pero soleada y alegre. No dominaba allí ciertamente la tonalidad austera que dan los armarios de roble y los libros de indagación. Unos cuantos volúmenes lujosos, colocados sobre una repisa, formaban toda su biblioteca.

Es indudable que nada nos da idea más exacta

de un hombre que los libros que tiene á mano. Hay entre los libros y quien los adquiere una á modo de identificación. A medida que ellos van influyendo en el ánimo de su dueño, él va mostrando en el cuidado con que los maneja, en las notas que escribe en su margen, en su encuadernación y aun en el sitio que les designa, el menosprecio, la estima ó la curiosidad. Así nada hay tan agradable como esperar á un amigo en su biblioteca. Cuando él aparece, vemos su corazón como á través de un cristal transparente; conocemos sus aficiones y su temperamento, su indolencia ó su actividad, y acaso también su entendimiento, su criterio moral y los grados de su energía.

Había sobre el pequeño estante de Enrique varios diccionarios de bolsillo y guías manuales, el *Código del honor,* en cabritilla y oro, algunos tratados de gimnasia y esgrima, dos ó tres portfolios galantes y taurinos, el *Decamerón* y *Los tres mosqueteros.* Después de esto, apenas si quedaba hueco para dos tomos de folletines, la *Guía palaciana* y un grueso volumen de *Crímenes célebres.*

Recostado en un ancho sillón, saboreaba el marido de Octavia una pipa cuyo olor acre y penetrante denunciaba el tabaco inglés. Con su mano afilada y ebúrnea, como la de una canonesa, sostenía un diario, que arrojó pronto sobre el velador, haciendo una mueca en que se revelaba el desdén más supino.

— Todo esto es imbécil — dijo.

Y oprimiendo un llamador cercano, fijó su mirada en las panoplias que ornaban las paredes, cubiertas de armas de todas clases, desde el hacha de silex á la espada triangular de combate, desde el *bolo* oceánico hasta el moderno rifle de alcance y repetición.

Un sirviente, mitad criado, mitad labriego presentóse en la puerta de entrada.

— Que venga Benita — pronunció Enrique, sintiendo abrirse mecánicamente su boca por un bostezo.

Benita estaba en la finca á todas horas. En fuerza de ver á aquella niña, ingenua, candorosa y mal educada, lo cual no era el menor de sus encantos, lo mismo Octavia que su marido se habían acostumbrado á su presencia y, cuando no estaba allí, mandaban buscarla con impaciencia notoria. Es seguro que, á hallarse en Rabat, ó en Tánger, Enrique la hubiera comprado como se compra un *bibelot* ó un perrillo retozón y gracioso. Pero Enrique no estaba en Rabat y la señora Catalina no era mujer capaz de vender á Benita, aun cuando se hubiera encontrado en la costa africana y la hubieran ofrecido por ella todo el oro de los sindicatos de Nueva York.

Presentóse la niña. Su trajecito, limpio, su tocado sencillo y gracioso, sus bien abotonadas botitas, su delantal inmaculado, denunciaban el

cuidado de una madre amorosa. En cambio traía la cara ferozmente untada de chocolate.

Enrique rompió francamente á reir. La chiquilla tenía la virtud de ponerle de humor alegre. La cogió de la mano y la atrajo hacia sí.

— Hija mía — le dijo: — te has puesto unos gallardos bigotes. ¿Te gusta el chocolate, según veo?

— Sí, me *usta* el *tate* — contestó la niña muy seria.

— Lo celebro; pero otra vez, cuando lo tomes, haz que te limpien los hociquitos.

Dió la niña una pequeña rabotada, frunció las cejas y contestó muy enfurruñada:

— No me da *a* gana.

Nueva carcajada de Enrique. La muchacha era angelical.

— ¿No sabes lavarte?

— No *sepo*.

— ¿Quién te lava en casa?

— *Made.*

— Pues hoy voy á lavarte yo — dijo el millonario disponiéndose á tocar nuevamente el timbre.

Desasióse la niña, y alzando la voz con un tono que hizo á Enrique desistir de su intento, gritó con todas sus fuerzas:

—¡No *tero,* tonto! ¡Laba á tus nenes!

— ¡Si yo no los tengo! — contestó sonriendo el marido de Octavia.

Calmóse la niña y se acercó otra vez para decir chupando entre palabra y palabra su rosado dedito:

— ¿*Po té* no *tenes* nenes?

— ¡Vaya una pregunta! Porque no quiero.

— ¿Y *Távia?*

Por acostumbrado que Enrique estuviera á las impertinentes preguntas de Benita, se sobrecogió. Miró á la niña con atención profundísima, queriendo ver en sus ojos malicioso discernimiento. No lo vió. ¿Qué iba á ver? Benita se relamía sus labios untados y repitió sin hacer el menor caso del sobresalto de su protector:

— Me *usta* el *tate.*

Enrique se quedó pensativo. Por primera vez en su vida reflexionaba acerca de un problema que jamás se había planteado. Llevaba á Octavia muchos años. No habían tenido hijos. ¿Se resignaría su mujer á esta infecundidad, como se resignaba él mismo? Recordó entonces las desganas, las melancolías, las tristezas inexplicables de Octavia, que él siempre atribuyó á veleidades de carácter, justificadas por un extraordinario mimo. Vinieron á su memoria los largos encierros, las displicencias, el arrebato frenético con que acariciaba á los niños ajenos. ¿Aquella misma chicuela, no era un viviente testimonio de la pasión de Octavia por los pequeñuelos? Miró á Benita y creyó ver en ella una viviente acusación.

Entonces la rechazó bruscamente, tan bruscamente que la niña asustóse y rompió á llorar.

Enrique se arrepintió de su acción. Atrajo á sí nuevamente á Benita y la acarició dulcemente.

— No llores, nena — la dijo. — Ya te daré más chocolate.

Benita se limpió los ojos con la faldita. Era muy linda la niña aquella, con sus ojos azules y rasgados y sus blondas y ensortijadas guedejas. Pero Enrique no la miraba siquiera. Una violenta agitación se había apoderado de su alma. Se levantó del sillón con gran esfuerzo y, apoyándose en un bastón nudoso, caminó, no sin gran esfuerzo, por la habitación.

Sentía por primera vez el deseo de conocer los más recónditos pensamientos de Octavia, el ansia invencible de leer en su corazón. Hubiera querido registrar los muebles, las ropas, los más ocultos escondrijos. Además, la enfermedad le había quitado la memoria de lo ocurrido en la fuente, pero ahora volvía la inscripción á aparecérsele con indelebles caracteres de fuego:

— *Wie wird das enden, Octavia!*

¿En qué acabará esto, Octavia? Había alguien que tenía ó creía tener derecho á saberlo y que quería saberlo á toda costa. Y él mismo se lo preguntaba también. ¿En qué acabaría todo aquel círculo de sospechas, de vacilaciones y de iracundias? No era fácil imaginarlo.

Acercóse al timbre y llamó. Quería ser llevado al gabinete de la señora. Octavia había salido á comprar chucherías al tío Todo y á ver á la patulea de Juanillo. Entró Enrique en el gabinete seguido de Benita, y apoyado en el brazo del criado que se retiró una vez que le acompañó.

Allí había sobre los muebles estuches, joyeros, cajitas de guantes, almohadillas, portamonedas, tarjeteros; todo lo registró con ansia febril. Sus ojos azules llameaban. No eran sólo los celos los que le atormentaban; á esta pasión se unía el sentimiento de la vanidad ofendida, de su orgullo maltrecho; de ese orgullo, inmenso, satánico que era la nota principal de su carácter. Sólo por ese sentimiento hubiera sido capaz de matar á Octavia. A las mujeres sólo las matan los enamorados ó los orgullosos.

Llegó luego al armario, é introduciendo por entre las junturas de las puertas un puñal indio que había descolgado de una panoplia, hizo saltar la débil cerradura fácilmente. Con agitación imponderable comenzó á registrarlo todo, á sacarlo todo en revuelto desorden. Al suelo fué arrojando vestidos, sombreros, abrigos, encajes. Benita estaba en sus glorias; comenzó á enredar con todo aquello. Se puso un sombrero que la entró punto menos que á las orejas y, con él puesto, palmoteaba.

La serena candidez de la niña contrastaba con el furor del convaleciente.

Tras los vestidos, salieron las cintas, los recuerdos de cotillón que Enrique pisoteó con furia. Cada vez que pisaba un juguete, Benita chillaba en son de protesta; por fin, en una sacudida, saltó de su caja de cartón la muñeca, rubia, coloradota, inexpresiva. A su vista el marido de Octavia enfurecióse más. Era el símbolo. La cogió de los pies calzados de medias de punto y zapatitos de hule y la estrelló contra la pared.

Benita puso el grito en el cielo.

— ¡*Buto*. No rompas la nena!

Enrique siguió registrando. Buscaba papeles y los encontró; pero eran cartas suyas, cuentas de la modista, papeletas de invitación á fiestas, tarjetas postales, todas con niños; niños desnudos, con tonelete, vestidos de soldados, de pastores, de jesuitas con lentes, de ángeles y diablillos. Pateó todo aquello. ¿No había más que chiquillos en el mundo? Comprendía el furor de Herodes y entretanto Benita había cogido una pandereta pintada, que se había salvado de la catástrofe, y la golpeaba cadenciosamente, mientras, cubierta por su gigantesco sombrero, se abandonaba á una danza rítmica...

Sentóse al cabo fatigado el celoso y limpióse el sudor que brotaba de todos los poros de su cabeza, mientras contemplaba todo aquel destrozo, sobre el cual Benita danzaba, como una *Korrigana* en las ruinas de un viejo castillo señorial.

Nada encontraba y hubiera querido encontrar algo. La certeza es siempre preferible á la duda. Por eso Mefistófeles, que es la duda, es mucho más odioso que Satán, que es la negación. Nada encontraba y comenzaba á avergonzarse de sus ciegos arrebatos. Comprendía que iba acaso á quedar en ridículo ante los ojos de Octavia, cuando viera á qué extremos le habían llevado los celos. Su amor propio sufría de esta manera un nuevo golpe.

Quiso recoger todo aquello y comprendió al instante que era imposible. Vaciló y tornó á sentarse sudoroso, mientras que Benita palmoteaba teniendo en cada mano una bota de tafilete.

Se sentía burlado; el mismo palmoteo grotesco de la niña se le antojaba una burla sangrienta de su torpeza y de sus ridículos arrebatos.

Un ruido de picaportes le estremeció. Abrióse la puerta y apareció Octavia.

Lanzó una ojeada sobre el desorden de muebles y ropas y palideció ligeramente.

Después, con un tono que lo mismo podría ser de afecto cariñoso que de resignada mansedumbre,

— Vuelve á tu habitación — le dijo. — Te has agitado y necesitas reposo y tranquilidad.

XI

LOS VENCIDOS

Daba de lleno sobre la plaza un sol africano. Aunque entrado el otoño, no corría un soplo de viento y era el día tan ardoroso como en plena canícula. Pese á lo cual, se había congregado allí todo el pueblo, aguantando á pie firme la solana y caldeándose en la atmósfera bochornosa de un rezagado estío. El mismo dueño de la abacería, el hombre más impasible de Torreparda, el tío *Todo,* había cerrado su tendezuela y apartado consigo la llave y la muda, hecho inusitado, que mostraba bien á las claras que algo ocurría allí de extraordinario y anormal.

En un extremo de la plaza, Diego el albéitar y el sacristán parecían departir ó más bien disputar á tente bonete; en otro, Juanillo, con su mujer y toda la nidada de mocosos, charlaba y reía con la jovialidad del espíritu sano. Y, por fin, el señor

Alcalde, daba vueltas, iba y venía, formulando órdenes, haciendo advertencias, amonestando á la gentualla y dispersando á la chiquillería, que le contemplaba embobada, ir y venir como lanzadera en telar, todo endomingado, con su traje negro de vicuña y en la diestra el bastón indiano con cilindrón de plata.

La *Geta* y Nicasio iban á ser trasladados, desde los calabozos de la pretenciosamente llamada casa consistorial, á la cárcel de partido de Hontanera, por ***tránsitos*** de la Guardia civil. Tal era el motivo de aquella agitación. Desde que se corrieron las últimas ***vaquillas,*** no se había visto parecida animación en la plaza, convertida en tan memorable ocasión en coso y hogaño en zoco.

Paróse el señor Damián ante la portalada de una vivienda enana, de aspecto destartalado y ancho ingreso y, mirando á su balcón único, en que se embobaban una vieja lugareña y un chico de unos seis años, de flácidas carnes y aspecto enfermizo, que no era sino el retoño, gritó en voz alta:

— Dolores: ¡á ver si pones pronto una gorra al chico, que va á coger una insolación!

Maldito si Dolores ni el chico hicieron de la admonición caso alguno; ella ensimismada en ver al cabo de la Guardia civil que se acercaba en aquel momento al Alcalde, en traje de marcha y actitud de recibir instrucciones, y el pequeño obs-

tinado en meter su cabeza de cretino por entre los hierros del balconaje para ver mejor no sé qué. ¡Cualquiera adivina lo que miran los chicos cuando su cabeza está mal conformada y el sol les calienta los cascos!

Notóse de pronto en la muchedumbre un movimiento de concentración hacia la puerta de la casa consistorial y, en su dintel, aparecieron entre dos guardias, de enfundados tricornios, polainas abotonadas y fusiles en bandolera, los infelices presos. Iban atados uno á otro fuertemente con un cordel que se enroscaba á uno de sus brazos. El hombre, joven, fuerte, vigoroso, mostrábase avergonzado y triste. Sus mejillas estaban encendidas y en sus ojos temblaba una lágrima. La mujer, débil, casi decrépita, miraba á todas partes con impudicicia y descaro, como si aquel episodio de vergüenza fuera, en su vida maleante, uno de tantos que no merecieran ni atención ni menos pesadumbre.

Y ¡fenómeno extraño que debiera anotarse como dato para estudiar la psicología de las muchedumbres! Casi todos los espectadores de aquel lamentable desfile, digno del pincel de López Mezquita, prorrumpieron en denuestos é injurias... ¿contra la vieja abominable, la vil instigadora, la autora material del crimen? No, sino contra Nicasio, el ofuscado cómplice, el delincuente sugestionado y luego arrepentido, Nicasio en fin, que con un pequeño petate á la espalda, bajaba la cabeza

y cerraba los ojos para no ver el camino de su propio calvario.

— ¡Pillo, granuja, sinvergüenza! — increpábanle los más piadosos.

Á la *Geta* nadie quiso insultarla. Con ella se ausentaba la sabrosa chismografía, la burla sangrienta, la sátira mordaz. Ó ¿quién sabe? quizás la muchedumbre sentía ese mudo respeto que la mujer inspira hasta cuando rueda en el lodo. Hay que esperarlo así por honor de la especie. Ante el espectáculo de una mujer que ha bajado hasta el polvo de las penitenciarías, que pasea sus canas y sus andrajos por las carreteras polvorientas, entre guardias duros de corazón y malhechores sin entrañas, surge siempre algo así como un remordimiento colectivo. ¿Qué hubiera sido aquella mujer, si la sociedad le hubiera dignificado y proporcionado pan y cultura, si un hombre generoso le hubiera cogido á tiempo de la mano para encaminarla por la senda del amor y de la virtud?

Miró la vieja á todos con desprecio insolente y echó á andar con sus pies descalzos, mal velados por su saya andrajosa. No faltó quien le dijo al pasar con cierto afecto:

— Adiós, señora Sebastiana.

Por primera vez dejaba para el pueblo de ser la tía *Geta*. Ella ni siquiera hizo caso de aquel honor tardío.

En cambio el paso de Nicasio fué saludado con

gritos y silbidos. Entre tantos enemigos y curiosos, sólo uno adelantóse hasta el infeliz con paso firme. Era el pequeño Nicanor. Depositó una moneda en la mano que el preso llevaba libre y dándole una palmada afectuosa en el hombro, le dijo muy bajito:

— ¡Animo, Nicasio: aun puedes ser hombre de bien!

Entonces Nicasio lloró y la gente cesó en los insultos, como si comprendiera todo el alcance de la lección de humanidad que recibía del valeroso y compasivo muchacho. El mismo cabo de la Guardia civil tuvo una inspiración feliz. Desató la cuerda del brazo de Nicasio y la unió al otro brazo de la *Geta*.

Dobló el grupo la esquina en que estaba la tienda del tío *Todo*, y ya se disponía á seguirle el Alcalde, cuando un grito que partió del balcón de su casa le hizo primero volver la cabeza y después emprender hacia la casa una carrera rapidísima.

Todo el pueblo miraba al balcón. Dolores había lanzado el grito al ver al chiquillo del señor Damián llevarse de pronto las manos á la cabeza y caer en el interior de la habitación desplomado.

XII

EN QUE SE DEMUESTRA QUE TAMBIÉN ES HOMBRE UN ALCALDE

Hubo que cerrar las puertas á piedra y lodo para evitar que se precipitara el pueblo entero en casa del señor Damián. Consiguieron entrar sin embargo Juanillo, su mujer, que había dejado los niños al cuidado de Nicanor y Diego el albéitar, en tanto que un mozo del pueblo iba á buscar al médico que debía estar en casa de don Enrique.

Entre todos llevaron al niño congestionado á su cuna. El señor Damián golpeábase las sienes con furia. Aunque incapaz de grandes afectos, había concentrado en el niño todos aquellos que podía sentir. Paseaba de un lado á otro, rugiendo de dolor é impaciencia. Diego salióle al paso en una de aquellas vueltas de hiena y le dijo con su cachaza habitual:

— Señor Damián: ¿tiene usted sinapismos?

— ¡Animal, bruto! — bramó el Alcalde. — ¿Vas á meterte tú á recetar á mi hijo? ¿Crees acaso que es alguna caballería?

— Yo no sé — contestó el así interpelado, — sino que, por no cogerla á tiempo se anega la parva y que do no hay cabeza fresca los pies demandan yesca.

— Pues yo te repito — saltó el señor Damián — que no te metas en lo que no te incumbe y que te vayas á herrar á la fragua.

— Bueno — contestó Diego sin alterarse. — Si el chico se muere por no atenderle á tiempo, de usted será la culpa.

Quedóse indeciso un momento el Alcalde y, por fin, entregando una llave al albéitar, le dijo:

— Toma: en aquella alacena los tienes; y así el diablo te lleve á ti y á tus refranes.

Catalina se había instalado desde el primer momento junto á la cabecera del enfermito. Comenzó por empapar trapos en agua fresca y colocarlos sobre la frente del niño aletargado, cuidando de renovarlos con mucha frecuencia. Luego, mientras llegaban los revulsivos que ella colocó cuidadosamente, friccionó fuertemente las piernecitas delgadas del hijo del señor Damián.

Todos sus instintos maternales habían despertado ante aquella desgracia imprevista. Su cara resplandecía con esa expresión dulce y amorosa que parece como que las cunas reflejan en los ros-

tros de las mujeres fecundas. Después, arropando al enfermo y arrojando sobre sus pies cuanta ropa halló á mano, volvióse al Alcalde, diciéndole en tono imperativo:

— Que traigan enseguida un cubo de agua del pozo más fresco. Y todos ustedes á quitarse de enmedio y á abrir la ventana para que corra el aire.

Todos obedecieron inmediatamente y sin réplica. En el peligro no hay jerarquías. Es decir, sí las hay, pero es la naturaleza quien las discierne. Por eso, los grandes caudillos han surgido en las supremas crisis históricas.

Abrió la ventana el señor Damián. Miraba á Catalina, no ya con pasión ni deseo, sino con un respeto mezclado de gratitud. Al verla tan tierna, tan misericordiosa, tan santa, olvidando enojos y agravios, sentía subir en oleadas hasta su frente el calor de una gran vergüenza. Tal vez el instinto le decía que, entre él, agobiado de culpas que quizá habrían acarreado por herencia la enfermedad del niño, y aquella mujer ofendida, que lo olvidaba todo para salvarle, quien menos valía y quien menos autoridad podía invocar era él.

— No estaría de más — saltó Diego — que pusiéramos al chiquillo junto á las plantas de los pies, dos botellas de agua bien caliente.

— Si supiéramos que eso iba á aprovecharle...— interrumpió Juanillo.

— Tú déjame á mí — repuso el albéitar; — que

golpe de madre y agua caliente, no mata gente, y bien conoce el real el chamarilero.

— También se ha dicho — replicó el de la fragua bromeando, — que zapatero á tus zapatos.

— Eso era allá en tiempo de la bruja Grindona y camino de Algete — interrumpió el albéitar, que no cejaba en punto á inventar modismos, — pero yo bien sé que, donde hay cierzo, carrasca falta y que no se perderá el hato por una esquila.

Entró en esto el médico de Hontanera. Era un buen señor de fisonomía tranquila é inteligente, como hecha á nublarse sobre el libro ó sobre la desgracia, los dos grandes educadores. Pasó á la alcoba y comenzó á reconocer al enfermo.

Al cabo de un rato empleado en un examen minucioso, volvióse al señor Damián que le miraba con ansiedad y pronunció con frase reposada:

— Ha sido un principio de meningitis, provocada por los rayos del sol sobre la cabeza descubierta. Hay que tener mucho cuidado con este niño. Está muy débil y ha heredado gérmenes que conviene extirpar.

El Alcalde bajó la cabeza como avergonzado.

— Voy á recetar un laxante. Sigan ustedes colocando paños empapados en agua fría sobre la frente y nuca. Si se presenta recargo, habrá que aplicarle nuevos revulsivos y sanguijuelas detrás de las orejas. Luego ya dispondré lo que sea oportuno.

Después, mirando á Diego, le interrogó:

— ¿Quién ha dispuesto que se hiciera lo que se ha hecho?

Diego, temeroso, apenas si supo balbucir estas palabras, señalando á Catalina:

— La señora y yo.

— ¿Cómo han sabido ustedes de qué se trataba? — siguió el doctor rural.

— Señor — contestó Catalina: — tengo muchos hijos.

— Y yo muchos refranes — agregó el aspirante á veterinario.

Sorprendió la contestación al médico. Después de unos instantes de reflexión, pronunció entre dientes:

— No está mal contestado. Siempre habrá que volver á la observación ó al instinto.

— Juanillo — dijo la herrera, una vez que el médico hubo salido. — Vete, que yo me quedo á cuidar al chico.

Poco después quedaban solos ella y el Alcalde. Catalina, silenciosa en la alcoba, á la cabecera del enfermito que había roto en sudor copioso: el Alcalde en la habitación inmediata, paseándose agitadamente, como si en su cerebro germinara una idea vaga que no acertaba á condensarse.

Varias veces pasó por la puerta del dormitorio sin atreverse á entrar. Catalina mudaba los paños al niño, cuidaba de que los pies estuviesen calientes, velaba por que no le ofendiese la luz.

El señor Damián la miraba hacer desde la puerta y luego volvía á sus paseos lleno de agitación.

Por fin, no pudo contenerse y entró.

La herrera depositaba en aquel momento un tierno beso en las pálidas manecitas del niño.

— Catalina — balbució el Alcalde aturdido: — tú eres muy buena.

— Soy — dijo ella con seria dignidad — como son todas las mujeres.

El señor Damián estaba verdaderamente conmovido. Enjugó con el pañuelo en sus ojos dos lágrimas y dijo á la mujer honrada y piadosa:

— Catalina... ¿quieres perdonarme?

Y ella con voz dulce, exenta de rencor y dureza, le contestó en seguida:

— Está usted perdonado, señor Damián.

IIIIIIIIIIIIIIII

XIII

LA TORMENTA VIENE

Parecía dormir Enrique. Sin embargo, bastó que entreabriera la puerta Octavia para que levantara al punto los párpados. Ella entonces se adelantó hasta el lecho y con inflexión cariñosa le dijo:

— ¿No te encuentras mejor?

— No lo sé — contestó el enfermo. — La herida apenas si me molesta; pero siento un malestar indecible.

— ¿Quieres que entorne las maderas para intentar conciliar otra vez el sueño?

— No. Tengo que hablarte.

Octavia palideció. Temía desde hacía dos meses aquella conferencia. No lo demostró, sin embargo. Con humildad serena acercó á la cama un sillón y reclinóse en él.

— Querida — comenzó Enrique, incorporándose

para apoyar su mano en la barba: — Durante varios años he vivido en cierto aislamiento egoísta que me impedía ver claramente lo que pasaba en ti. Era feliz y juzgaba que tú debías serlo asimismo. Hoy, después de haber pasado muchas noches en vela, durante las cuales he podido reflexionar acerca de muchas cosas en las cuales antes no paraba mientes, tengo que hacerte una pregunta.

— Veamos — dijo Octavia sonriente, pero con inquietud notoria.

— ¿Estás satisfecha de mí? — preguntó el herido.— ¿No echas algo á mi lado de menos?

Octavia vaciló antes de responder. Su situación era comprometida y su perspicacia no podía dejar de notarlo.

— Nada — dijo. — Estoy agradecida á tu afecto.

— ¿Agradecida nada más?

— Y contenta. Nada echo á tu lado de menos.

— ¿De veras?

— De veras.

Calló Enrique por unos instantes. Debía tener algún plan meditado. Mas no sabía que con ciertas mujeres no sirven planes.

— Pues bien — siguió; — yo quiero suponer que te equivocas.

— No. Estoy segura de lo que digo — afirmó Octavia resueltamente.

— Pues bien, te engañas — dijo Enrique con frialdad.— Yo mismo he creído, durante mucho tiempo, que una mujer rodeada de cariño, de comodidades, de bienestar, al lado de un hombre que le hubiera dado un nombre y una posición, nada podía desear. Pero nuestra ambición es insaciable. Esa mujer feliz, envidiada por todos, aun puede echar de menos...

— ¿Qué? — preguntó Octavia afectando indiferencia.

— Un hijo.

Sintió Octavia una violenta sacudida. Fué cuestión de segundos. Sonrojóse y después sonrió mientras brillaba en sus ojos un fuego extraño. También ella tenía su plan.

— ¿Un hijo?

— Sí, un hijo á quien acariciar, por quien sacrificarse; un hijo á quien dejar nombre y fortuna, que nos consuele en las adversidades y que nos impida caer cuando á nuestros pies encontramos una pendiente.

— No, Enrique. No le echo de menos.

— ¿Por qué? — dijo Enrique desorientado.

— Porque...— tartamudeó Octavia sin acabar de decidirse, — porque... va á venir.

— ¿Va á venir? — prorrumpió el millonario sentándose de repente en el lecho.— ¿Tú sabes lo que dices?

— Sí — contestó ella con serenidad pasmosa.— ¿Qué tiene eso de particular?

Un torbellino de ideas pasó por la imaginación de Enrique. Sintió impulsos de ahogarla. Pero ¿no sería una aberración monstruosa arrebatarse por una sola y leve sospecha? ¿Tenía él derecho á indignarse por lo que á todo el mundo causa complacencia? Y, por otra parte, si aquella mujer le engañaba, si llevaba su disimulo y maldad hasta ofrecerle como consuelo lo que constituía su propia infamia, ¿no merecía desde luego una y cien muertes?

La miró fijamente; pero nada pudo leer en su rostro impasible. Entonces empezó á fingirse la consoladora ilusión de que no era imposible que su ventura fuera cierta, de que bien podía trocarse su destino. Entre el horror y la vergüenza de ser ultrajado y el imponderable placer de mirar perpetuado su nombre, ¿no era más grato, más venturoso aceptar á ojos cerrados la dicha, á reserva de indagar luego si era real ó aparente?

— Octavia — dijo luego que hubo meditado lo que decir se proponía. — No tengo motivo alguno para dudar de tu fidelidad. Así, quiero creer que la ventura que me anuncias es cierta y que ha de servir para estrechar los lazos que nos unen. Quisiera, sin embargo, hacerte una pregunta que deseo no tomes á ofensa. Vas á ser madre. Si, como creo, puesto que tú lo afirmas, ese hijo es mío, seremos tan felices que todo el mundo habrá de envidiarnos. Pero, si por acaso me engañaras,

que no lo creo ni por asomo, si ese niño no fuera mío, si hubieras aprovechado mi breve ausencia para cometer una infame traición, ¿sabes á lo que te expondrías?

— Sí; á la muerte — contestó fríamente Octavia.

— Te equivocas — replicó su marido. — Yo no te mataría, me bastaría con repudiarte, con arrojarte en medio del arroyo como á una mujer sin pudor. Pero haría algo más cruel. Martirizaría hasta causar impunemente la muerte al miserable fruto de tus entrañas.

Una palidez mortal se extendió por el rostro de la culpable.

— Ya te digo — siguió Enrique implacable — que no tengo ningún motivo de duda, que no hay en mis palabras para ti la menor ofensa. Hablo en una desagradable hipótesis, sólo para saborear luego la verdadera, la contraria, nuestra felicidad con el mayor deleite. Sí; si llegara una triste ocasión en que yo adquiriera el convencimiento ó aun la sospecha muy fundada de que había sido objeto de burla, de que tu hijo era fruto del crimen, él pagaría las culpas de todos. Separado de ti, solo con él, porque la ley habría de dejarle bajo mi potestad, sabiendo que todo daño que á él infiriera habrías de sentirlo, que cada golpe sobre él descargado había de sonar en tu corazón, ¡con qué placer, con qué imponderable deleite me compla-

cería en atormentarle! Cada lágrima que él derramara habría de parecerme una satisfacción á mi agravio; cada sollozo suyo, sería un desahogo para mi corazón oprimido; cada lamento un grito de triunfo. Y, en mi poder, sin defensa, encarnando en su miseria y desdicha todos los humanos dolores, se arrastraría á mis pies como una res herida á implorar una compasión que sólo habría de encontrar con la muerte.

Por la frente de Octavia corría el sudor. Quiso hablar y no pudo.

— Pues ¡qué! — siguió el malvado, — ¿puede una mujer miserable, y esto no va contigo, que eres fiel, amante y honrada, arrojar el nombre de un caballero por la ventana, como se arroja un trapo inútil y luego decir á su víctima que es dueño de matarla ó no? Si la mata, él irá bonitamente á presidio, mientras disfruta de la herencia el hijo de su rival, quien acaso halle medio de administrar sus bienes. Si la perdona, acabará por abandonarla, seguramente después de haberle robado ó permanecerá viendo como su marido columpia, como en ciertos cromos ingleses, al hijo del vecino que sonríe en la sombra. No, hijita, no. Todo eso sería demasiado ridículo.

— ¡Enrique...! — balbució la infeliz.

— Pero todo eso no va contigo, querida mía. Así tranquilízate y descansa. Has sufrido hoy demasiadas emociones. Mañana probablemente

abandonaré definitivamente el lecho. Pronto regresaremos á Madrid, y allí ya verás qué felices somos con nuestro hijito. ¡Cómo le vamos á querer! Yo no voy á cansarme de tenerle sobre mis rodillas, oyendo como me llama papá. Va á ser delicioso.

Temblaba la voz de Enrique de mal disimulada rabia. En sus ojos fulgía algo satánico.

Octavia, lívida, levantóse del asiento maquinalmente y dirigióse hacia la puerta.

— Vé, hijita, vé — siguió diciendo el millonario.— Me has hecho muy feliz con tu nueva. Y ahora, cúidate mucho, como lo requiere tu estado.

Octavia salió.

Y Enrique volvió á echarse en el lecho, murmurando con odio y maldad:

— El niño no es mío. Pero sabré deshacerme de él, mejor que del otro.

XIV

DE FRANCESCA Á PAOLO

«Esta noche á las once te espero en la puerta que da á la alameda. Necesito hablarte por última vez.

Ven. Va en ello mi vida y la tuya. ¡Maldito seas si no vienes!»

O.

XV

MARCHA HEROICA

Con un deletreo infantil, lleno de dulzura y de ingenuidad, leía Nila las sílabas, separadas por negros guiones que Nicanor le iba señalando con el dedo. Leía en aquellas cuartillas escritas por él mismo, en las cuales había imitado, para mejor comprensión de su discípula, la letra de imprenta del cuerpo seis.

— So-lo el á-gui-la su-be á las nu-bes.

Prestaba á la lectura una atención profundísima. Nicanor, por su parte, no separaba la vista de su educanda, queriendo sorprender en ella, sin duda, la menor señal de fatiga.

— Na-da pue-de ha-ber co-mo el a-mor de la ma-dre.

— ¡Esto sí que es verdad! — dijo Nila alzando la cabeza y mirando á su tierno pedagogo con infi-

nita ternura. — No hay amor como el de una madre; y, sino, aquí estoy yo para demostrarlo.

Había en su voz, á más de la ternura, la seguridad, el aplomo de quien es dueño de su razón. Nadie hubiera reconocido en aquella mujer limpia, aderezada, que se expresaba con tanta claridad y firmeza, á la loca que, dos meses antes, acertaba apenas á balbucir frases incoherentes y gritos inarticulados.

— Sí, Nila, sí — contestó Nicanor, después de suspirar fuertemente. — Y yo también estoy á tu lado para mostrar que tu cariño será siempre recompensado con creces.

— Llámame madre — interrumpió Nila acariciando la hermosa cabeza del rapaz. — ¿Es que no te gusta?

— ¡Sí, madre, sí! — repuso Nicanor con precipitación. — ¡Madre te llamaré una y mil veces!

En su mirada se leía el dolor y el sacrificio. Verdaderamente el silabario decía bien: sólo el águila sube á las nubes.

Estaban en una habitación reducida, pero blanca y aseada en extremo. Por la ventana abierta entraba el aire fresco y vivificador de una espléndida mañana de otoño y, con él, una luz radiante, clarísima, que se reflejaba en el rostro de Nila, resplandeciente ya de felicidad.

Vivían pues juntos. Y no era esto solo. Pasado que fuesen algunos días, debían partir para Barce-

lona, en donde recibirían regularmente una pensión que les permitiría vivir con modestia y sufragar los gastos de la carrera de Nicanor, quien había elegido la de ingeniero.

¿Quién había realizado aquel milagro? Enrique, quien, al saber que Nila había encontrado á su hijo, sintió avivarse sus remordimientos y temió ser descubierto si no la alejaba de allí cuanto antes. Para que no se supiera que él mediaba en aquel asunto, encargó á don Federico, médico de Hontanera, persona de su entera confianza, el cual le asistía en su enfermedad, que depositara una cantidad en la sucursal del Banco, en el primer viaje que hiciera á la capital de la provincia, á nombre del niño, autorizando á Petronila para cobrar los intereses.

Al obrar así no procedía Enrique sino muy cuerdamente. Nada temía por parte de Nila, porque era seguro que, cuando, después de tanto tiempo de permanencia en el pueblo, no le había denunciado ni había referido lo ocurrido á persona alguna, este solo hecho demostraba que había olvidado en su locura cuanto á aquel suceso hacía referencia. En cambio lo temía todo del chico, del cual sabía que, estando en el pueblo, no dejaría de interrogar á todos acerca de su origen. ¿Quién le aseguraba además que el cura no quebrantaría un día el secreto de la confesión? Decidió, pues, alejar á la madre y al hijo para siempre. También,

en cuanto á la pensión, le determinó á fijarla el horror de sí mismo y la idea de que no debía dejar morir de hambre al hijo de su hermano, sin ser doblemente criminal.

Supo Nicanor todo lo que pasaba por boca del médico, quien se reservó el nombre del generoso donante, limitándose á decir al muchacho que había recibido varias cantidades en fideicomiso para invertirlas en obras benéficas, de un moribundo que le encargó el mayor secreto. Le exigió asimismo que, por su parte, no hiciera gestión alguna para averiguar de quién procedía tan espléndido donativo.

Algo dura pareció á Nicanor la condición; pero, como era única y nada se le exigía censurable, aceptó, principalmente por dos razones: por poder atender y cuidar á Nila y por realizar su sueño dorado de estudiar y llegar á ser hombre de provecho.

Sospechó que Enrique fuera su bienhechor; pero se guardó muy bien de decirlo á Nila. En primer lugar, sabía que él no era hijo de Nila ni de Enrique y que éste había figurado como actor en el drama que había privado de la razón á su madre adoptiva, á juzgar por la impresión que en ésta había producido la presencia de aquél y por las frases incoherentes que había pronunciado al oir su nombre. Recordaba haberla oído decir claramente, refiriéndose á Enrique *¡Asesino!;* pero si lo

era del verdadero hijo, existía una razón de más para aceptar el socorro y callar. Aquel dinero serviría, al par que de indemnización á la víctima, de expiación y arrepentimiento al verdugo.

Hubiera contestado ó no Nila á sus preguntas respecto á Enrique, ¿á qué comprometer una curación tan radical y completa? Nila jamás hablaba de su pasado; parecía aun haber olvidado todos sus detalles. No sería él quien provocase una crisis que podía terminar lo mismo en la curación total, que en la recaída, que en la muerte.

Decidióse, pues, Nicanor á guardar la reserva que se le imponía. Entretanto, prodigaba á la desdichada los mismos cuidados y consuelos que la hubiera prodigado á ser su madre. Y le enseñaba á leer; le parecía que así podría crear entre ambos un lazo de verdadera y santa maternidad.

— To-do lo que pa-sa es bue-no, si lo sa-bemos a-pro-ve-char.

— Basta, madre; basta por hoy. Estoy muy contento de ti. Si te aplicas como hasta ahora, dentro de un mes leerás lo mismo que yo.

— Y podré leer tus cartas, cuando tengas que separarte de mí. ¿No las podré leer? — dijo Nila abriendo sus ojos en que aún se adivinaba cierto estupor.

— ¡Ya lo creo! — contestó el herrerillo, — y, Dios mediante, podrás también escribirme.

— Pero tú no te separarás de mí nunca. ¿Ver-

dad que no? — preguntó la pobre mujer con angustia.

Acarició Nicanor sus cabellos y dijo con dulzura:

— No, madre. No te abandonaré.

¿Estaba verdaderamente curada Nila? No era fácil adivinarlo. Razonaba, comprendía, se explicaba con claridad completa. Pero no había manera de interrogarla acerca de su pasado sin que renaciera al punto su extravío. Mas, aun suponiendo que su locura hubiera cambiado solamente de forma, este cambio era tan beneficioso que equivalía á una curación. En vez de la alienación total, no se veía ya sino cierta vaguedad de ideas; en lugar de la desesperación y el continuo sobresalto, se hallaba un contento suave, un bienestar tranquilo. Si Nicanor no había devuelto á su protegida la razón, le había dado algo más codiciado: la felicidad.

— Yo no sé cómo ha sido esto — decía — de no saber lo que me ha pasado en mucho tiempo. Creía que todo el mundo me perseguía para matarme. ¡Y sí: me perseguían!

— Tranquilízate y deja recuerdos desagradables.

— Sí; me perseguían. Todo el mundo quería hacerme daño; y por la noche, andaban tras de mí unas sombras muy grandes, muy grandes, que me querían ahogar con unos brazos muy largos. Mu-

chas veces me ponían la mano encima de la garganta y me apretaban mucho y yo creía que me iba á morir.

El niño miraba á la loca con profunda misericordia.

— Luego mi hijo... ¿Quién es mi hijo? — siguió la loca en cuyo cerebro las ideas se trastrocaban y confundían.

— ¡Yo! — contestó enseguida el aprendiz.

— Pues bien, tú, llorabas siempre en el barranco y yo no sabía... ni sé... qué hacías allí. Pero te cogía en mis brazos y te dormías luego, mientras yo te mecía. Hasta que cantaba el autillo y despertabas otra vez. Y el pájaro quería también llevarte sin ver que eras mi hijo. Porque tú eres mi hijo ¿no es eso? Y no te llamas Nicanor. Te llamas... espérate que me acuerde...

— Olvídalo todo — interrumpió el muchacho. — Ya sabes que el señor cura me ha recomendado que no hagamos averiguaciones acerca de lo pasado; y sólo con esta condición nos ha ofrecido la pensión don Ricardo el médico. ¿Qué importa que nadie sepa que eres mi madre si tú y yo lo sabemos?

— ¡Sí, lo sabemos!... — afirmó Nila, repitiendo casi maquinalmente las palabras del niño.

¡Ah, qué piadoso engaño y qué difícil de sostener! Y al menor descuido toda aquella obra hermosa podía desmoronarse y Nila volvería al dolor,

á la desesperación, á la locura impulsiva. Había que evitarlo, y el único medio de conseguirlo era rehuir toda conversación que recayera sobre el pasado. Esto era hacedero, porque la misma enferma parecía complacerse en olvidar su propia historia. Pero, en el pueblo, todos querrían saber por qué Nila llamaba hijo al herrerillo. Era, pues, conveniente partir cuanto antes y evitar así toda peligrosa contingencia.

— Pasado mañana saldremos del pueblo — dijo el muchacho. — Y dentro de cuatro días podremos estar en Barcelona.

Lo dijo con acento pausado y triste. Pensaba que perdía para siempre la esperanza de encontrar á su verdadera madre. Además sentía profundo dolor al separarse del señor Juan y de la buena señora Catalina, á quienes había llamado padres siempre. Recordaba que al notificarle su partida, ambos habían llorado, y los niños, abrazándose á sus rodillas, le habían dicho con inflexiones de ternura y cariño: *¡No te marches, Tanor!*

Pero él partiría. Lo exigía así su porvenir ahora asegurado; iba en ello la salud, la vida quizá de aquella infeliz alienada. Pero sabía que había de recordar con melancólica pena todos los sitios en que su infancia se había deslizado. La misma fragua, tan alegre los días de labor con su martilleo que engendraba ramilletes de chispas y el canto de Juanillo; tan triste los días de

asueto, con sus rincones negros y solitarios en que tantas veces había llorado su orfandad é infortunio. Todo lo había de echar de menos. Hay en los lugares que vieron nuestra infancia algo que nos los hace inolvidables. Les hemos visto con *otros ojos;* con aquellos ojos que aun no sabían mirar con recelo, que no estaban hundidos de tanto llorar ni apagados de tanto contemplar horrores y miserias. En ellos aun parecen vagar las sombras de los seres que hemos perdido y de los proyectos que han brotado de nuestro cerebro infantil. Bastaría escuchar á veces un solo acorde, aspirar un leve y delicado perfume, para representárnoslos con esa melancolía intensa de las cosas ya lejanas, ya muertas, ya imposibles, pero que han palpitado con nosotros y han sido alumbradas por una luz que ya nunca volveremos á encontrar encendida.

Nila habíase quedado callada y suspensa. Nicanor meditaba también, evocando todas sus alegrías de niño, todas sus nostalgias de adolescente.

En aquel momento la puerta se abrió.

Se abrió y entraron en tropel, Pepe, Luis, Felipe, Benita, toda la patulea de Catalina. Y detrás ella misma enjugando sus ojos con un pañuelo. Y más allá, Juanillo, que disimulaba con una forzada sonrisa su inquietud violenta.

— *¡Tanor!*

— ¡Hola, *Tanor!*

Saltaban los niños alrededor del joven, como

los afluentes del Nilo en torno del coloso, en la célebre escultura del Louvre..

— Venimos por vosotros para almorzar juntos — dijo Juan en tono cariñoso. — Conque ¡ea! ¡Coged vuestros bártulos y andando!

Se cruzaron besos, sonrisas y apretones de manos. Luego salió la chiquillería; detrás Juan y Catalina, y cerrando la marcha Nila y Nicanor. La sierva del dolor redimida, se apoyaba en los hombros del muchacho con toda la pasión, toda la radiante alegría de una madre feliz y satisfecha. Él caminaba con los ojos bajos, pensativo, pero llevando en el semblante la grandeza del sacrificio generoso y consciente y la placidez y dulzura de quien, amando, cumple con el propio deber.

XVI

FRENTE Á FRENTE

Estaba solitario el camino y oscuro, á pesar de resplandecer en el cielo la luna llena. Pero la gigantesca copa de los álamos, apenas si dejaba penetrar por entre sus ramajes un mariposeo de luz. A un lado, más allá de la fila de árboles y á todo lo largo de la alameda, se alzaba una cerca de ladrillo, sobre cuyas bardas rebosaban el verdor lujuriante de las acacias y la frondosidad de los plátanos. Era una soledad augusta, un silencio embalsamado de caléndulas, nardos y myosotis. De pronto vibraron en el aire los débiles ecos de un reloj lejano de torre. A sus graves notas parecieron despertar esos ruidos casi imperceptibles del campo, que forman una grata armonía en que los acordes son débiles susurros de hojarasca y las cadencias vibrar de coseletes de insectos y los arpegios apagadísimos ecos lejanos que no se sabe

si son gnomos que cantan ó coros angélicos que rezan.

Cuando aún se desvanecía en los aires el eco de la postrera campanada, primero como una vibración intensa y sonora, luego como la nota prolongada de una garganta varonil y, por fin, como un débil bordoneo, abrióse una puerta medio oculta en la cerca y una silueta femenina apareció en su estrecho dintel.

Miró á ambos lados del camino y permaneció inmóvil durante unos segundos. Después desapareció en la sombra.

Una figura surgió al final de la alameda y se fué acercando, acercando, recatándose al par junto al muro. Proyectaba en el suelo una larga sombra. Por fin internóse en la de los álamos, y la puerta, medio oculta en la cerca, se abrió.

Se abrió silenciosa, mansamente, como se abren todas las puertas que conducen á la caída. Se abrió y una figura de mujer mostróse un punto, para asir de la mano al recién llegado y arrastrarle tras sí á la penumbra del jardín.

Parecía éste más frondoso, más sombrío, más grande que nunca en aquella embalsamada noche nupcial. Silencioso el visitante, se dejó llevar hasta un banco de piedra, cubierto de pétalos. Allí se despojó de su sombrero flexible y se enjugó con un pañuelo el sudor de su frente, ancha, morena, ornada de negros cabellos, terriblemente

hermosa. Aquel hombre con su traje sencillo y negro, lo mismo parecía un cazador que un viajero, un artista que un misionero fanático.

Ella oprimió nuevamente su mano y murmuró apasionadamente á su oído:

— ¡César!

No contestó sino con un estremecimiento nervioso. Parecía tener en su garganta el dogal del ajusticiado ó del mártir.

— ¡César! — repitió Octavia aun más dulcemente.

Entonces el penitente habló.

— Me has llamado con dolor y angustia y he conocido que podía servir mi presencia para salvar un alma. Pero es esta la última entrevista que he de tener contigo. ¿Lo has entendido bien? ¡La última! Ahora, en el nombre de Dios, dí lo que quieres.

Suspiró Octavia, y luego, con resolución y firmeza, habló de esta suerte:

— Presiento que no vas á entenderme, porque habla en ti la reflexión y en mí grita el instinto. Pero necesito llamar por última vez á tu corazón. ¡César, yo te amo; pero te amo con tal frenesí que no hay ley ni divina ni humana que pueda detenerme en el abismo á que yo misma me precipito! Tú me quieres también...

— No. No te quiero — interrumpió fríamente el sacerdote. — Yo sólo amo á Jesús mi Salvador.

— No sabes con qué afán, con qué suprema angustia — siguió la enamorada como si no le hubiera oído — te estaba esperando. Pero había algo en mi interior que me gritaba que vendrías. Además era tu deber. Llamado por una mujer á la cual has amado y amas aún, aunque tú mismo quieras engañarte, tenías que venir, para rodar con ella al abismo, para perdonarla, para maldecirla, para venir á escuchar de sus labios el último acento de desesperación y la última súplica.

— He hecho mal en venir — contestó el penitente. — Tu voz suena en mi oído como algo infernal; es el grito desgarrador de lo humano, luchando desesperadamente contra lo eterno. Y yo, Octavia, me he consagrado ya á lo que jamás hace traición, á lo que nunca muere. Pero no he podido, lo confieso, renunciar á escuchar tu peregrino acento por última vez; á mirar en tus ojos todo un pasado que me estremece, y á sentir en tu aliento cálido el viento abrasador de las ardientes selvas que en mi vida he tenido que atravesar. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que aun te quiero? ¡Desdichado de mí! Sí: te quiero aún. Siento que no puedo arrancarte de mis entrañas, que llevan el sello de tu grandeza como lleva el esclavo el nombre del amo grabado en la argolla. Comprendo que para olvidarte del todo, será necesaria la misma muerte; pero sé también que he renunciado al mundo, á la felicidad. ¿Por qué rendirnos

así, ciega, brutal, inexorablemente, á la ley del amor?

— ¿Por qué? — dijo Octavia exaltándose. — Porque todo se rinde. Mira esas plantas y verás cómo se reproducen; escudriña los surcos y verás cómo hacen eclosión las semillas; registra los ramajes y sentirás la palpitación de los nidos; alza la cabeza al tachón de la noche serena y verás cómo ruedan para asociarse los mundos. No eres tú, no soy yo. ¡Es todo quien ama!

— ¡Calla!

— La vida sin el amor humano sería un egoísmo brutal. La misma eternidad infecunda sería miserable y odiosa, porque lo es siempre el placer sin desvelo y la dicha sin sacrificio. Porque, ante ese templo de la Naturaleza que es vida — y señalaba el bosque; — bajo esa cúpula gigantesca — y mostraba el espacio centelleante, — ante ese universo que nos rodea y en cuyo seno somos, no es lícito defender el aislamiento estéril y la castidad inhumana.

— ¡Desgraciada! — dijo César con dolor verdadero. — ¡Has caído en la impiedad después de despeñarte en la culpa!

— No lo sé — contestó la desdichada, — aunque bien presumo que no; porque no me guía el odio, ni la maldad, sino el amor. Sí, César, el amor, el amor tuyo, sin el cual no puedo vivir.

César se levantó.

— No puedo escucharte — dijo. — Es más, después de oirte, no es ya amor lo que experimento por ti. Es horror invencible y fatal. No sólo te hundes, sino que pretendes arrastrarme al abismo.

Octavia le asió fuertemente de un brazo.

— ¡No; no puedes marcharte así! César: yo sé que me has amado con locura, que por mí hubieras sido capaz de todo, hasta del crimen. No es creíble que pase el amor por el corazón de los hombres, como el agua por las fuentes de mármol, sin dejar huella. Estás sosteniendo una lucha en la que, al fin, serás vencido. Yo estoy arrostrando á diario el deshonor y la misma muerte. Tú no puedes querer que por ti pierda, con la felicidad y el descanso, la vida. Huyamos juntos. Á las cuatro sale el tren de Hontanera. Tengo preparado un caballo y en el seno letras por valor de veinte mil duros. Podemos huir al extranjero, á donde las leyes civiles no hagan santo el matrimonio infecundo, ni se condene á las mujeres á la esterilidad; á donde la fe no execre el amor y á donde los hombres, para ser santos, no tengan primero que ser fieras.

Era un delirio incomparable el de Octavia. Su cabello negro se había desprendido sobre su espalda en ondas lujuriosas; su pecho se alzaba á impulsos de un aliento fatigado por la emoción; sus ojos brillaban como dos carbunclos; sus labios

se entreabrían como los pétalos de un clavel de fuego.

César no se rindió.

— Si eso hiciera — la dijo, rechazándola blandamente, — merecería yo la execración de Dios y de los hombres. ¡Ciega! ¿Por qué quieres analizar los mandatos de Quien todo lo sabe, de Aquel que te ha creado y puede anonadarte? ¿Qué sabes tú de leyes divinas y humanas? Lo que tomas por culto á la Naturaleza, no es sino una muerta ficción pagana, soterrada ya bajo el polvo que ha regado después la sangre del Justo y de infinitos mártires. Lo que tú juzgas voz divina, no es sino el grito de la carne, la odiosa lascivia que te precipita al abismo. Humíllate; pide perdón á Dios. Reflexiona que hay en mi corazón brasas aun no apagadas, rescoldos aun calientes, cenizas que todavía humean y que tu voz es la tentación que me abrasa, que hace revivir todos esos fuegos inextinguidos. ¡Piensa cuánto eres culpable cuando comprometes mi salvación y me expones á perder en una hora lo que tal vez hubiera conseguido alcanzar después de tantos meses de sacrificios!

Hubiera podido escucharse rumor de ramajes. César y Octavia no oían sino la voz interior que les excitaba al combate. Porque aquel era un combate sin tregua, y en el ambiente mismo parecía vibrar un fragor de lucha.

— César — dijo sollozando la infeliz, — ¿te

acuerdas? ¿Cuántas noches no me has repetido en las sombras que me amarías siempre? ¿Cuántas veces no me has jurado que por mí serías capaz de olvidar á tu madre misma, de faltar á tus compromisos más solemnes, de renunciar á tu felicidad en esta vida y á tu perpetua salvación en la otra? Cuando volviste, temí que, al hallarme casada, me dieses la muerte. Hoy la deseo de tus manos. ¡Mátame, pero no me desprecies! Al ser herida por ti, me parecería que el amor era quien te llevaba á sacrificarme y te bendeciría al morir, porque no puedo verte frío sino apasionado, despreciativo sino lleno de amor ó de celos. Vuelve á ser lo que fuiste. ¡Mira que yo me pierdo, que conozco que voy á descubrirme, que soy capaz de matarme yo misma y que habrás de sentir entonces cómo mi sangre cae sobre tu cabeza!

— ¡Ah, déjame por Dios! — gimió el desdichado. — Yo rezaré por ti.

— ¡No! — gritó fuera de sí Octavia. — ¡Yo no quiero tus rezos! ¡Yo quiero que despiertes de tu locura y vuelvas á esa ley del amor que viene de allá arriba!

Con su mano temblorosa señaló al cielo. La luna se había ocultado tras una nube y en el azul esmalte fulguraban con deslumbrante esplendor los astros.

El aliento de ambos era sofocado, como el de los combatientes enardecidos, á quienes la fatiga

sorprende y ahoga. Sin embargo, la lucha no había terminado, ni era posible en aquella desesperada contienda decidir quién habría de quedar vencedor.

||||||||||||||||

XVII

LA DICTADORA

Avanzaba la noche. Un aura impregnada de fría humedad oreaba la sudorosa frente de César. Miraba á aquella mujer á quien tanto había adorado, y que se le ofrecía como nunca radiante y como nunca espléndida, y sentía flaquear su energía y debilitarse sus firmes propósitos. Sentía el deseo invencible, el ardiente afán de coger con sus manos aquella cabeza ornada de bucles, de acercarla á sus labios ardientes y evaporar con ellos las lágrimas que asomaban á las hondas y brillantes pupilas; de estrechar aquella figura tan deseada contra su corazón y retenerla allí para siempre, para defenderla de todos y contra todos y desafiar, si fuere preciso, dueño ya de su felicidad terrenal, á hombres y á dioses.

Pero luego elevaba la vista al cielo, y ante la majestad soberana de lo infinito, ante la reposada

marcha de los astros, le parecía todo mezquino, su debilidad más odiosa, su defección más aborrecible. Sólo una cosa era digna de amor: lo Eterno; sólo merecía adoración un concepto incorpóreo, una idea abstracta, inmaterial, pero que parecía encarnar en las constelaciones y flotar en el espacio insondable: lo Absoluto.

Quiso levantarse y Octavia le retuvo. Sostenía una lucha desesperada. Todavía quería decirle algo que no acertaba á formular. Aun había en su mente una idea que no acertaba á tomar cuerpo. Se adivinaba que era invencible y que su tenacidad no podría ser dominada sino con la bárbara destrucción y el aniquilamiento completo.

— Oye — le dijo estrechando nerviosamente su mano: — los hombres no podéis comprender jamás el corazón femenino. Porque, en vosotros, la reflexión domina, mientras que en nosotras el instinto se impone. ¿Crees que puede ser por vicio, ni aun por amor siquiera, por lo que te ruego con tanta insistencia? No. No soy yo; es la naturaleza entera quien te llama. Siento que, como tú, sería capaz del sacrificio; pero hay algo que está sobre mi voluntad, conozco que en este momento no soy libre, que soy esclava, como la piedra que cae en el abismo, como la corriente eléctrica que circula por los alambres. ¿Tan débil y miserable me juzgas que mi orgullo y vanidad de mujer no se subleva ante tu insensata repulsa? No, César, no.

Es que hay algo más poderoso que mi voluntad que me obliga á arrastrarme á tus plantas. Y ya lo ves — dijo cayendo de rodillas ante César casi desvanecido: — aquí estoy, á tus pies, despreciada, humillada, cubierta de sudor y de polvo, esperando que me rechaces como á un objeto inútil ó que me aplastes como á un gusano. Porque siento algo como un llamamiento, como un imperioso mandato, que no me es dado desoir y que no encuentro medio de rechazar.

Un espectador frío hubiera podido ver una sombra adelantarse por entre un macizo de geráneos y evónimus y abrirse paso entre los ramajes. César y Octavia estaban demasiado abstraídos, sobrado ciegos para observar estos detalles.

— ¡César, César! — sollozó Octavia. — ¡Ten compasión de mí!

César vaciló é hizo un esfuerzo supremo. Separó á Octavia y quiso alejarse.

— ¡No me dejes! — sollozó la culpable abrazándose á sus rodillas. — ¡Maldito una y mil veces tú si me dejas!

Súbitamente quedaron ambos sobrecogidos. Ante ellos, pálida, amenazadora, medio desnuda, empuñando un arma en la diestra, se elevaba como un espectro la rígida figura de Enrique.

Había en su expresión algo implacable. César abrió los brazos y colocóse en cruz para recibir el disparo.

— No: á usted no — dijo seca y fríamente el marido ultrajado; — ¡á ella!

Huyó Octavia guareciéndose tras los troncos y su esposo la persiguió, inalterable, sin piedad, frío, como un cazador persigue á un cervato.

La infeliz huía, asustada, convulsa. Sabía que Enrique era implacable; que sería vano implorarle perdón.

Era un terrible ojeo á la luz de la luna. César, horrorizado, lleno de estupor, había quedado inmóvil como atacado de parálisis.

Por fin Octavia, huyendo del vengador, llegó á guarecerse de nuevo hasta los brazos de su amante.

— ¡Sálvame! — murmuró á su oído, con un acento de infinita angustia. — ¡Soy madre! ¡Llevo un hijo tuyo en mis entrañas!

Ante aquella revelación, experimentó César una sacudida impensada, terrible. Como respondiendo á un brusco llamamiento, sintió en aquel instante el mandato imperioso de la Naturaleza, la imposición suprema de la Dictadora. En el momento de presentarse de nuevo Enrique, se interpuso entre él y la víctima.

— ¡Atrás! — dijo con acento imperioso.

— ¡Miserable bandido! — gritó Enrique. — ¡La defiendes por fin! ¡Reconoces tu culpa!

— ¡Atrás he dicho! — repitió César, sujetando á Enrique por un brazo, como pudiera sujetarle un círculo de hierro.

— ¡Pues bien; á ti! — rugió el esposo ultrajado, levantando con la otra mano el arma á la altura de la frente del sacerdote.

Antes de que pudiera disparar, un vigoroso puñetazo le hizo rodar hasta una distancia de diez pasos.

Levantóse la fiera. Al punto disparó y la bala pasó sobre la cabeza de César á incrustarse en un olmo que elevaba el rugoso tronco á su espalda.

Volvió á acercarse César, y un nuevo puñetazo en la frente hizo caer á Enrique, con estrépito, tronchando con su cuerpo un macizo de pequeños arbustos.

— ¡Me has muerto! ¡Socorro, compasión! — murmuró el vencido después de un momento de silencio y con voz desfallecida y ronca.

César tuvo piedad y acercóse sin temor al herido.

Pero éste no lo estaba gravemente, y, antes de que su víctima pudiera evitarlo, dando un salto felino, se puso en pie y sepultó hasta el mango en su corazón la hoja tersa de un agudo puñal.

Esta vez quien cayó fué César. Cayó como un gigante que se desploma y quedó en tierra sereno, tranquilo, sonriente al recibir sobre sus labios los labios de fuego de la mujer amada; como si al dar su vida por la especie, al obedecer á la Dictadora, hubiera satisfecho sus ansias y cumplido su más alto y glorioso destino.

Enrique corrió hasta la cerca, abrió la puerta que daba á la alameda y huyó despavorido á través de los prados verdegueantes, de los trigales cubiertos de apretadas espigas, de los senderos bordeados de plantas lujuriosas, que alumbraba débilmente, ya en su ocaso, la luna.

FIN DE LA NOVELA

EPÍLOGO

EPÍLOGO

Cuando he terminado la lectura del manuscrito he experimentado el deseo invencible de hablar con su autora. Así, pues, he esperado con impaciencia la hora en que acostumbro á visitarla. Al sonar las nueve, he salido de casa atropelladamente y me he encaminado á la elegante vivienda de mi ilustrada y hermosa amiga.

Estaba sola, cerca del fuego, reclinada en la misma butaca de borlones en que la ví la última vez. Saludóme con un gracioso y cortés ademán y, una vez sentado á su lado, la entregué el manuscrito.

— ¿Qué le parece á usted mi novela? — me preguntó con aire que afectaba ser distraído.

— La novela... ¿Pero es que eso es una novela? Lo que en ella se cuenta ¿no ha sido real y verdadero? ¿Los personajes que en ella intervienen ¿no han vivido, sentido y palpitado?

— No, amigo mío — replicó la dama apoyando su mano aristocrática sobre el aterciopelado brazo del asiento.— Mi novela es novela, y como tal tiene usted que juzgarla.

— ¿He de decir entonces las cosas como las siento?

— ¿Quién lo duda?

— Pues bien — he dicho un si es no es turbado.— Como historia, me habría inspirado interés. Como novela... no me agrada.

— Veo que es usted del todo sincero y por ello he de felicitarle. No extrañará usted, sin embargo, que le pida que amplíe su juicio — ha pronunciado Octavia dejando vagar su mirada por las molduras y los cortinajes.

— En primer lugar — me he atrevido á decir, — su novela de usted es una narración de corte antiguo. Hoy la novela es, ante todo, psicológica.

— Fisiológica, querrá usted decir — ha interrumpido la autora del manuscrito.

— Todo á un tiempo. Ya sabe usted que hemos convenido en que los dualismos se han acabado, en que ya todo es psico-físico, en que...

— ¿Y nada de eso hay en mi novela?

— Faltaba para ello — he seguido — dibujar con más precisión los caracteres. Su tocaya de usted no me disgusta, pero hay en su carácter contradicciones evidentes. ¿Quería ó no quería á César?

— ¿Pero es que eso puede ponerse en duda?

— A veces sí. No se comprende que después de morir por ella, le haya olvidado.

— ¿Y usted sabe que le ha olvidado? Amigo mío, eso que usted dice no está en la novela.

— Se dice allí que sentía por su esposo verdadero afecto y, sin embargo, se la encuentra fría, poco impresionada cuando le ve herido gravemente.

— Veo que parte usted del principio de que los actores de un drama deben ser *de una pieza,* inflexibles, lógicos siempre, constantes en sus opiniones y afectos. ¡Lástima que en la vida no sean las gentes así! Combatidos por mil ideas distintas, solicitados por cien pasiones diferentes, desmentimos hoy lo que hicimos ayer. Basta á veces un malestar ligero para que el cambio que en nosotros se verifica asombre á cuantos nos rodean. Así, no hemos de pedir á los héroes de la ficción una firmeza de carácter que no hallamos en los personajes de la realidad.

— César es — he seguido — un ser grotesco y, por eso, su carácter carece en absoluto de consistencia. Unas veces es un hombre de carne y hueso, que vive y alienta, sufre y ama con pasión y, si se quiere, con furor satánico. Otras es un asceta que desprecia todas las cosas del mundo y no se conmueve ante los más enajenados transportes de la mujer amada.

— Es como han sido todos los místicos y, singularmente, todos los místicos españoles. Ellos han proyectado siempre sobre el empíreo las siluetas de los seres vivos á quienes han amado. Porque cielo es siempre para nosotros lo que queremos. Lea usted las obras de los más renombrados místicos; sustituya usted en ellos el nombre de lo que en ellas es ensalzado por otro de hombre ó de mujer, según sea el sexo de quien escribe, y tendrá usted la expresión de una pasión, honda, sin límites, gigantesca, pero siempre terrena.

— ¿De modo — he preguntado — que usted afirma que el misticismo puro, desligado de todo humano afecto, no ha podido jamás existir?

Octavia no ha vacilado al contestar.

— No. Jamás ha podido existir; porque no somos inteligencias servidas por órganos, porque no tenemos sólo espíritu, porque no somos ángeles. Vea usted el *Infierno* dantesco y no hallará usted en él sino los dolores y sufrimientos que el autor ha visto en el mundo. Lea usted en cambio su *Paraíso* y encontrará usted todo vago, todo indeciso, como algo que no se comprende y en que sólo hay una cosa real y corpórea: la figura de Beatriz. ¿Qué culpa tengo yo de que los hombres no puedan contemplar lo Absoluto sino á través de lo limitado ni entrever un cielo que deje de parecerse á la tierra?

— Es esa cuestión muy espinosa, Octavia — he

afirmado, deseando cortar la polémica. — Así lo mejor es dejarla de lado y señalar en la obra nuevos defectos. No ocultaré á usted que uno de ellos está en el lenguaje de Nila, de Catalina, de la tía Geta, de Nicanor, Juanillo, Diego y Nicasio. Todos se expresan *demasiado bien.*

— Lo contrario sería harto más sensible — ha contestado al punto mi amiga. — Es mucho más fácil al lector estropear el lenguaje que pulirle. Así puede cambiarle á su gusto sin más esfuerzo que el que supone echar las cosas á perder. Además, no soy de la opinión de quienes piden al novelista que use el lenguaje de los presidios, de los talleres ó de las tabernas. Lo que hay que reflejar es el estilo propio de cada personaje, no las faltas que cometer pueda al hablar, ni menos las interjecciones con que pretenden sazonar la conversación las personas mal educadas.

— Hay en la novela — he dicho algo picado al ver la rapidez con que Octavia salía al paso de todas mis objeciones y críticas — situaciones sobrado violentas. Citaré una sola: la confesión. El penitente sólo se acusa allí de un pecado, pero lo refiere con tantos detalles que el propósito de horrorizar al lector aparece patente. Es notable además la rapidez con que el delito pasa en el cerebro de Enrique de pensado á consumado, sin la elaboración que requiere tal género de ideas. Enrique nada tiene de enfermo ni desequilibrado, y todo criminal...

— Alto ahí — me ha interrumpido la hermosa autora del manuscrito. — Eso de que todo criminal es un desequilibrado es una verdad como un templo. En condiciones normales, con organización y funcionamiento normal y en un medio normal, sólo lo normal hace el hombre. El delito es siempre anormalidad y la anormalidad supone desequilibrio. Pero no vaya usted á creer por ello á todos los delincuentes locos rematados que salen hablando disparates; porque eso, ni el monomaníaco Lombroso se ha atrevido á decirlo.

¿Cómo quería usted que fuera la confesión? ¿Una relación detallada de todas las faltas y pecados menudos? Así serán ciertamente las de los niños y las mujeres; las de los moribundos jamás son tales. El detalle que no afecta á lo grave de su contrición les escapa. Su obsesión es descargar la conciencia del delito que les abruma; no de las pequeñeces que necesitan en el recuerdo ser buscadas con microscopio. Y refieren su culpa más grave con lujo de detalles, eso sí, porque es la futura sanción de tal culpa lo que les llena de terror. Pero dan los detalles de lo externo, jamás del propio proceso criminal que en ellos se verificó y el cual ignoran.

Hemos permanecido en silencio ambos durante unos cuantos minutos. Yo miraba con atención á aquella mujer misteriosa, mientras ella apagaba y encendía alternativamente, sin más que oprimir el

botón de nácar y cortar ó establecer la corriente, el fuego de la estufa.

— Hay una cosa que me disgusta sobre todas en la novela — he comenzado nuevamente. — El lector queda sin saber lo que ha sido de los personajes, y esto le produce gran confusión. ¿Qué fué de Nila, de Nicanor, de cuantos en la novela intervienen? ¿Es justo dejar á las gentes sin saber cómo termina un drama cuyos incidentes siguió paso á paso?

— Aceptado el criterio de usted — ha replicado sonriente Octavia, — ninguna novela debiera terminar hasta dejar á todos los personajes muertos y sepultados. Bien sé que lo tradicional es esto ó decir que vivieron felices. ¿Usted cree de buena fe que se puede vivir feliz sin que esa felicidad se turbe ni aun para despedirse del mundo? Pues bien, excepto el protagonista y Enrique, ninguno de mis actores ha muerto. Ponga usted que son muy felices y habrá usted salido de dudas.

— ¿De modo que Nila...?

— Feliz en su inconsciencia.

— ¿Nicanor...?

— Feliz en Barcelona, en donde este año terminará con gran brillantez su carrera de ingeniero industrial.

— ¿Juanillo y su mujer...?

— Felices con su patulea.

— ¿Diego...?

— Feliz con sus refranes.

— Pues bien — he interrumpido levantándome del asiento. — Hay en la novela un personaje que no puede ni debe ser feliz, y ese es Octavia. ¡Y, si lo fuera, el autor nos habría engañado miserablemente al pintárnosla buena y generosa, porque su contento demostraría que era mil veces peor, más infame y odiosa, que el más empedernido criminal!

* * *

Me he arrepentido al punto de mis palabras imprudentes. Octavia ha llorado. Ha llorado en silencio, durante largo rato, escondiendo la cara en su fino pañuelo de batista, sintiéndose presa de violentas sacudidas y sin poder dominar sus continuos y tiernos sollozos. Yo he permanecido de pie, con respeto, con conmiseración, dolido de mi propia imprudencia. Después de todo, ¿de qué tenía yo que acusar á aquella mujer? ¿No vivía sola con Cesarina, retirada del mundo, sin recibir á nadie excepto al Barón, hombre de cierta edad que no podía dar motivo á injustas sospechas? ¿Era su amabilidad para conmigo, su cortesía y la distinción de que me hacía objeto lo que le echaba groseramente en cara? Hubo un momento en que esperé verla alzarse del sillón y señalarme la

puerta con un gesto de reina ofendida. Y me vi saliendo, cabizbajo, avergonzado de mi acción inicua, de no haber acertado á ver bajo una máscara de digna frivolidad un remordimiento sin límites y un dolor sin consuelo.

Pero luego, llevado de esa crueldad brutal de que son casi siempre objeto las mujeres por parte de los hombres, me dije que mo merecía compasión ni respeto. Hay trances en la vida tras los cuales no hay derecho á vivir sino á trueque de encanallarse. Después de ciertas amarguras y, sobre todo, de ciertas culpas, no es lícito vivir un momento más. Por inocentes, por puros que seamos, por ajenos que nos juzguemos á las causas que provocaron la catástrofe, nos siguen las sombras y, entonces, hay que saber morir como Bruto, antes que vivir como Casio.

Octavia ha debido comprender cuanto yo pensaba; porque se ha enjugado los ojos enrojecidos por el llanto, se ha levantado del asiento y, cogiéndome la mano con la suya nerviosa, helada, que temblaba cual la de un epiléptico, me ha llevado hasta la puerta de la habitación inmediata y ha alzado el cortinaje.

Cesarina dormía en su cuna de raso. Dormía, y sus pestañas negras realzaban la blancura de sus mejillas de nieve y rosa. Sobre sus sienes caían en bucles las rubias guedejas como cascadas áureas sobre una superficie de mármol pentélico.

Ha contemplado á la niña con arrobamiento, con infinito amor, con indescriptible dulzura. Vivía... porque la *Dictadora* la mandaba vivir. Aparentaba felicidad, porque la inflexible Naturaleza le imponía la dura necesidad de aparentarla.

* * *

— Entonces — he dicho turbado, una vez sentado de nuevo junto al fuego, — esa niña...

— Esa niña debe ignorarlo todo, excepto que quien la dió su nombre murió en América, á donde fué antes de ella nacer, á gestionar asuntos particulares. Si ella conociera mi culpa me despreciaría tal vez, y entonces yo moriría dejándola en el más horrible y triste abandono.

— En aquella noche terrible ¿qué fué lo que ocurrió, después que Enrique salió huyendo á través de los campos?

— Acudió el pueblo entero al ruido de las detonaciones. Yo perdí el sentido y caí gravemente enferma sin que hubiese medio humano de hacerme hablar hasta pasados que fueron más de quince días. Entretanto, Enrique, puesto ya en salvo y en camino de América, escribió una carta al juez diciendo que él era el autor de la muerte de César, por una imprevisión que le hizo que le

acometiera puñal en mano fuera de la cerca confundiéndole con un malhechor; que, después y queriendo remediar en lo posible su crimen, le había entrado en brazos dentro de la finca, pero que, al ver que todo socorro era tardío, había emprendido la fuga resuelto á refugiarse en América para huir de la pena que el tribunal habría de imponerle.

Yo fuí objeto de reiterados interrogatorios, á todos los cuales respondí que no sabía sino que, al escuchar disparos, había salido al jardín en donde había encontrado el cadáver de César, perdiendo después el conocimiento. Abrevióse el proceso, merced á las declaraciones de Enrique y á las influencias de sus amigos, y pude, al cabo de algún tiempo, volver á Barcelona hasta recibir noticias suyas.

Yo quería vivir; vivir para el ser que llevaba en mis entrañas. En él se compendiaban todos mis amores, todas mis venturas. Dos años estuve sin tener noticias de mi marido, hasta que fuí llamada á Veracruz para hacerme cargo de su considerable herencia. Enrique había muerto en un duelo por defender la legalidad de una jugada de Boston. Desde entonces vivo cómodamente, no por mí, sino por Cesarina, casi aislada, observando una conducta ejemplar. Ahora usted, en su conciencia, puede condenarme ó absolverme. Yo sólo confío en la misericordia de Dios.

— No puedo juzgar á usted — he contestado inmediatamente.— Pero ese manuscrito...

— Ese manuscrito desaparecerá. Nunca debí escribirlo y una debilidad inexplicable le ha puesto en las manos de usted. Pero usted es un caballero y, sobre todo, es un hombre honrado y no sacará á luz mi verdadero nombre, si alguna vez hiciera de él una novela.

— Puede usted estar segura de ello — he contestado prontamente.

— Y ahora, amigo mío — ha dicho levantándose Octavia, — déjeme usted. No debemos volver á vernos. Ha penetrado usted en mi existencia demasiado.

— Pero...

— Lo exige el reposo y la felicidad de esa niña — ha insistido señalando á los cortinajes, tras los cuales descansaba la hija de César.

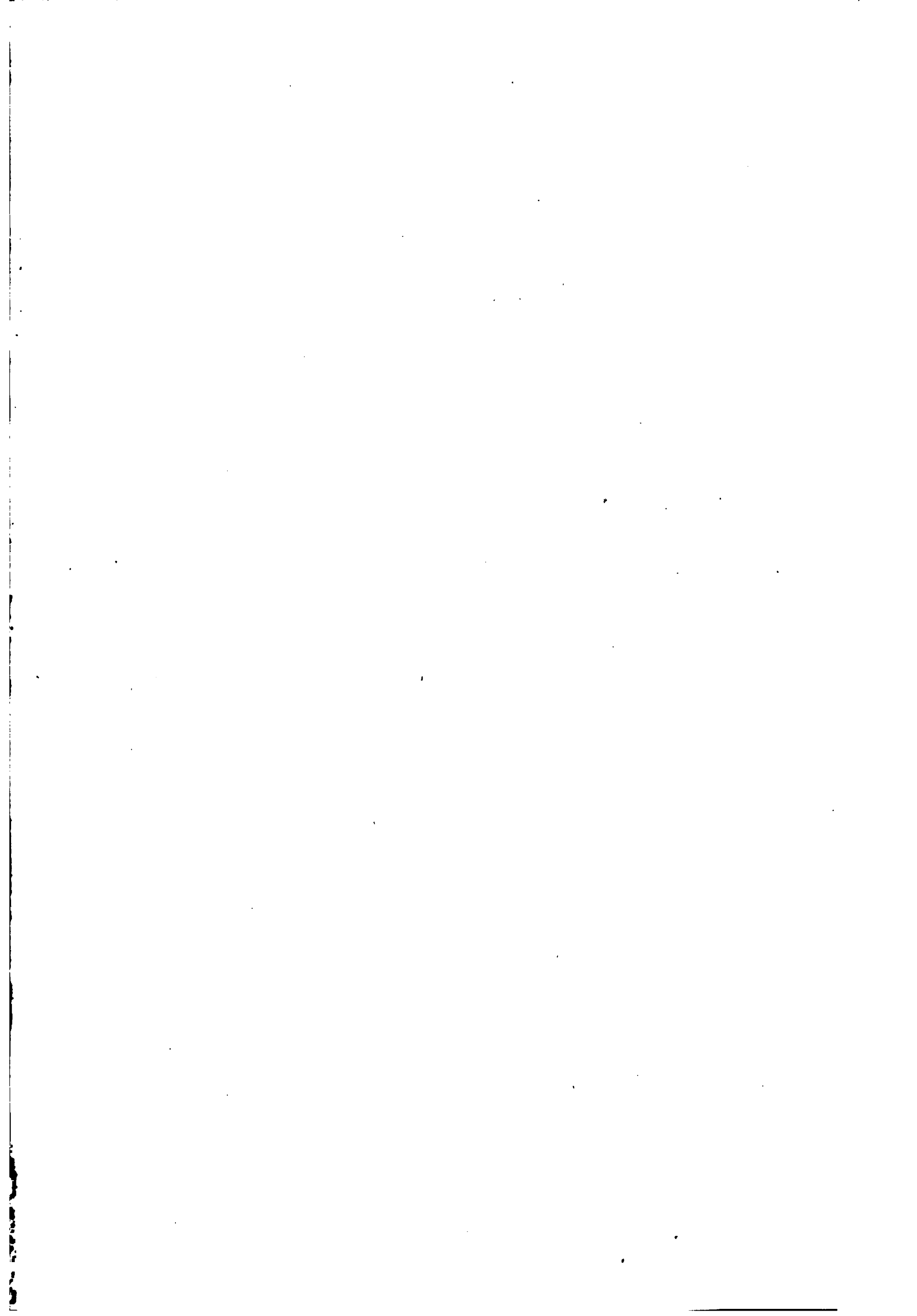
He estrechado la mano de Octavia y he salido, lleno de turbación, de pesar, de congoja, como si al abandonar aquel perfumado recinto, en que mi estancia había sido tan breve, experimentara un dolor verdadero y sintiera desvanecerse una bella y consoladora esperanza.

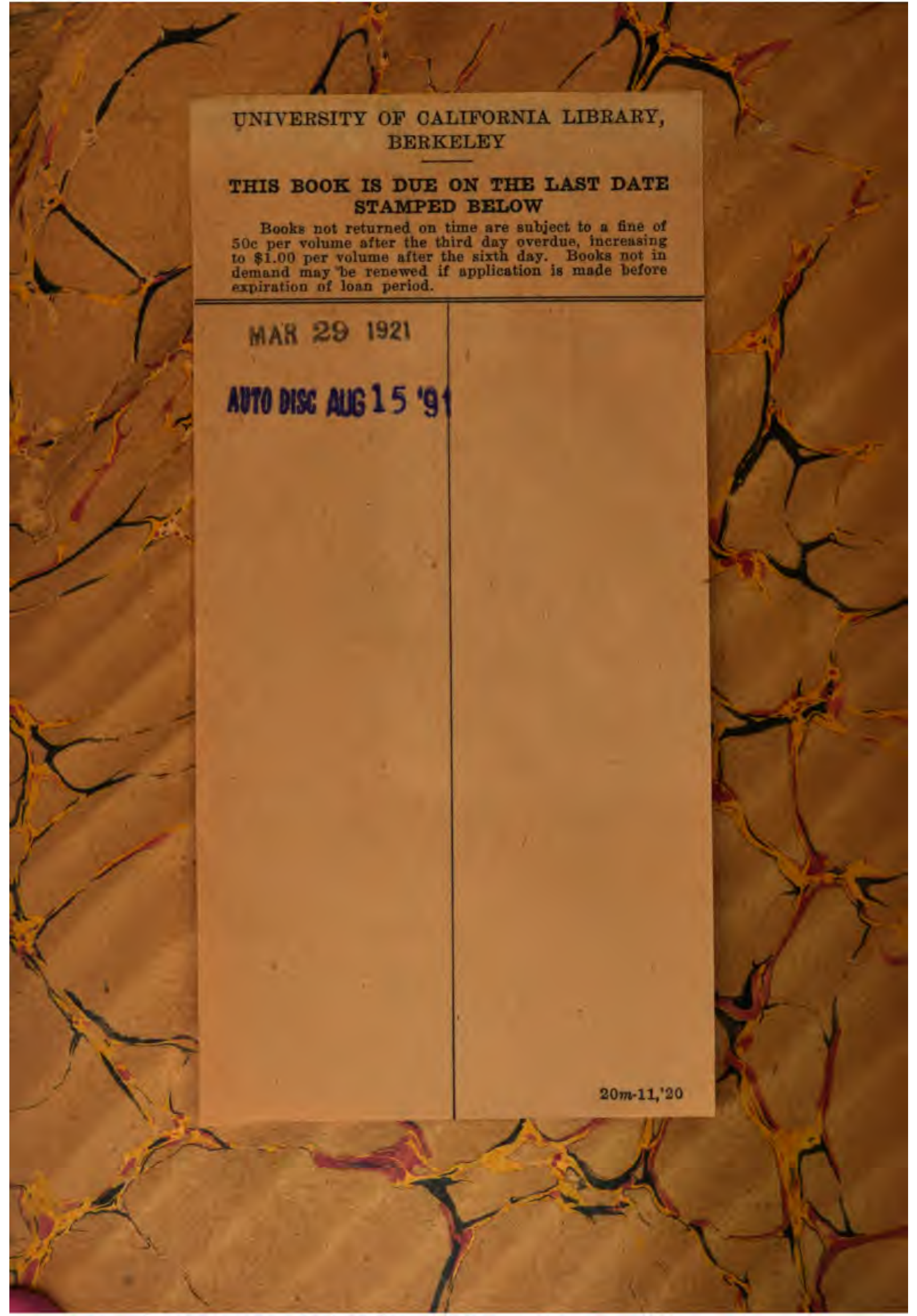
ÍNDICE

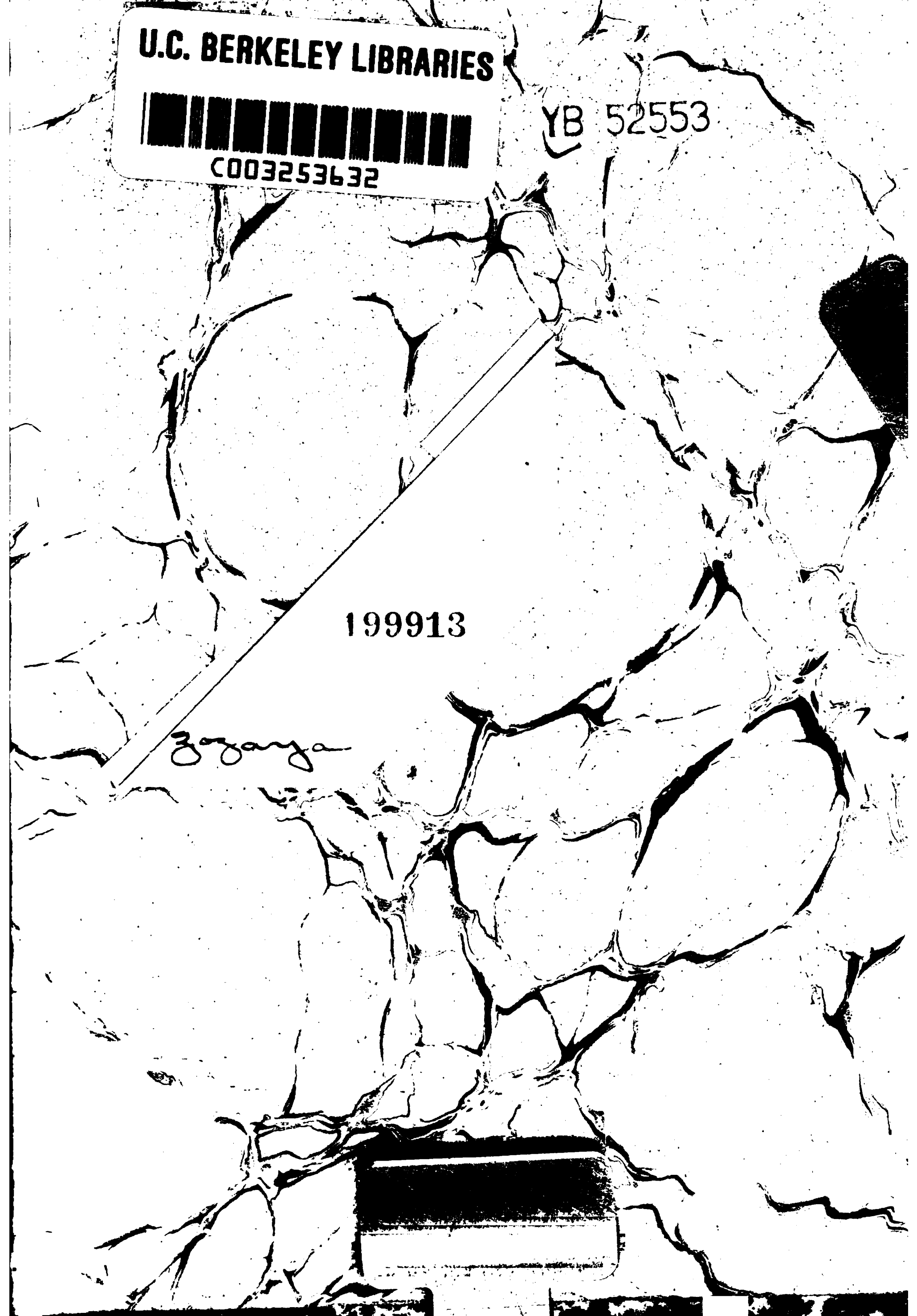
PÁGS.

SEGUNDA PARTE








U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003253632
YB 52553
199913
Zozaya

